

LIBRO
LIBRE



La Finca de un Naturalista

ALEXANDER F. SKUTCH – Ilustraciones de Dana Gardner – Traducción de Raúl Elvir





La Finca de un Naturalista

ALEXANDER F. SKUTCH

Traducción de Raúl Elvir — Ilustraciones por Dana Gardner

San José, Costa Rica 1985



591

s629 f

Skutch, Alexander F

La Finca de un naturalista

Alexander F. Skutch; tr. Raúl Elvir; il. Dana Gardner.

— San José: Asociación Libro Libre, 1985.

p.: il.

ISBN 9977-901-20-1

1. Zoología — Costa Rica. 2. Animales.

I. Título.

© Libro Libre

Apartado 391, San Pedro de Montes de Oca

San José, Costa Rica. C.A.

Reservados todos los derechos

Índice

	Pág.
Introducción	9
Prefacio	19
Reconocimientos	23
1. La Finca	25
2. Un año tropical	37
3. Mi primera cosecha	87
4. El cobertizo de paja	103
5. Pequeños mamíferos	113
6. El amistoso pájaro hormiguero bicolor	133
7. El plantío de banano	147
8. La pasionaria escarlata y los colibríes ermitaños	171
9. Tangaras moteadas	181
10. Socios cuadrúpedos	193
11. Gallinas con personalidad	213

12. Una evaluación	233
13. Vida familiar del carpintero nuquidorado	241
14. ¿A cuál debo proteger?	257
15. Cooperación con hormigas	283
16. El cauce rocoso	273
17. El chirincoco cantor	303
18. La llama del bosque	317
19. Visitantes casuales	329
20. Los pacientes pájaros bucos	347
21. Flores, abejas, frutas y pájaros	367
22. Excursiones a Guanacaste	387
23. Fotosíntesis y depredación	421
Apéndice (nombres botánicos y zoológicos vernaculares de Centro América)	441
Índice Analítico	447

Introducción

Con casi una veintena de libros y más de doscientos artículos sobre la Naturaleza de América Central, en particular los pájaros, dentro de un período comprendido desde 1926 a 1984, Alexander F. Skutch constituye probablemente una de las mayores autoridades, si no la mayor, en la materia. “Skutch es hoy día único en ornitología” —ha dicho Eugenio Eisenmann del Museo Americano de Historia Natural—. “Es una regresión o tal vez una continuación lógica de los naturalistas pioneros. Sabe de historia natural y de biología general sobre los pájaros tropicales americanos, más que ninguno”. (1)

A pesar de su abundante labor escrita sobre flora y fauna tropicales, producto de observaciones e investigaciones en Jamaica, Panamá, Honduras, Guatemala, Venezuela, Ecuador y Costa Rica, que comenzó a divulgarse desde 1926 en publicaciones especializadas de Historia Natural, (revistas o boletines sobre botánica, ornitología y reino animal) y posteriormente en libros patrocinados por instituciones, como “Cooper Ornithological Society” y “Nuttall Ornithological Club”, Skutch es prácticamente desconocido para el lector centroamericano. Excepto algunos artículos aparecidos en revistas

(1) Frank Graham Jr. “Alexander Skutch and the appreciative mind”, Audubon 81/2 (1979), 82—96.

costarricenses vinculadas a la Universidad de Costa Rica —principalmente sobre temas filosóficos— y la publicación por entregas del capítulo “Un Año Tropical” del presente libro, en el semanario “La Prensa Literaria” de Managua, así como el libro AVES DE COSTA RICA que se editó con patrocinio de Doña Marjorie Elliot de Oduber, en aquella época la Primera Dama de Costa Rica, no sé de otra publicación suya en español entre nosotros.

Tal limitación se debe a que sus obras, escritas en inglés y editada en Estados Unidos la mayor parte, han quedado restringidas para el consumo de cierto público norteamericano, de los especialistas, y eventualmente de algún aficionado a la Naturaleza, como es mi caso. Se comprende que dada la pobreza editorial en nuestro medio, parezca difícil la publicación de escritos como los de Skutch aunque no deja de causar cierto asombro penoso el hecho de que tantos libros que se refieren a nuestro medio natural, sobre cosas que nos rodean, con las cuales convivimos a diario, escritos en un lenguaje ameno, que abordan incluso temas de filosofía aplicable a nuestra vida diaria, permanezcan separados del pueblo, en parte por la barrera del idioma y en parte por pobreza editorial.

El hecho cobra mayor importancia si nos damos cuenta además de quien es el autor de que estamos hablando. Porque Skutch es no sólo un naturalista de valía, buen escritor, filósofo, sino también una personalidad muy interesante. Nacido en Baltimore, estado de Maryland, Estados Unidos, en 1904, en una casa no muy apropiada para quien gusta de la naturaleza silvestre —según dice en sus recuerdos de infancia—,⁽²⁾ el sitio tenía la ventaja de su proximidad a una de las regiones más agradables del mundo: el suavemente ondulado piamonte de Maryland. Más tarde, la familia se trasladó a una finca que el padre compró. Para el niño, ya de tres años, aquello fue su paraíso. Una vieja y blanca casona sobre una colina en medio del

(2) Alexander F. Skutch, “*The Imperative Call*” University Presses of Florida, (1979): Esta cita y las siguientes sobre su infancia y juventud fueron tomadas de los Capítulos 1 y 2, Pág. 1—21.

césped sombreado de tilos, arces y otros árboles. Más allá un huerto, campos cultivados, potreros y bosques. En la casona había muchos cuartos, muchos cuadros en las paredes, y filas y filas de libros en anaqueles protegidos con vidrio, pues a su padre le gustaban las buenas ediciones. La finca se destinaba a labores agrícolas, con cierta industrialización naciente. La trilladora, que llegaba de temporada a trillar el trigo después de su recolección, era todo un emocionante espectáculo para la chiquillada. Por otra parte, no faltaba un caballo ni ciertas aves domésticas que el padre, “más generoso que prudente”, solía llevar de cuando en cuando, en calidad de mascotas: un gallito y dos gallinitas de raza enana Bantam, una pareja de faisanes verdes, una gallina de Guinea. La muerte de una de las gallinitas Bantam, provocó la primera efusión poética del pequeño Alexander: una sentida elegía. Ya desde entonces “tenía un corazón compasivo hacia toda cosa viviente”, según declara él mismo.

Al padre le encantaba el campo y hacía excursiones con sus hijos —el mayor era Alexander—, por la finca y sus alrededores, donde entonces casi no circulaban vehículos motorizados. Regresaban a casa trayendo flores silvestres, tortugas que luego soltaban en el jardín, y en el otoño, ramas cargadas de hojas doradas.

Por ese entonces hizo sus primeras letras en una academia del Condado, con buen suceso, al parecer porque le agradaba su profesora que sabía leer tan vívidamente viejas historias sentimentales que humedecían los ojos, y que además decoraba con estrellas doradas los cuadernos de quienes se destacaban por su excelencia, Skutch guarda de ella un grato recuerdo. Cuenta que después del segundo grado, en que ella fue también su profesora, él pasó a otra escuela para seguir sus estudios. Un día, hallándose en clase en esta segunda escuela, lo llamaron para que saliera al vestíbulo; allí se encontró con su antigua profesora, quien le preguntó algunas cosas y antes de partir se inclinó para darle un beso. Nunca más la volvió a ver. Ya adulto, Skutch

recordaba felizmente este hecho como significando que él debió ser esa clase de niño que agradaba a la gente mayor, y esa clase de alumno que hacen la enseñanza algo placentero en vez de una ocupación tediosa.

Teniendo ya doce años, una tarde, el regresar del colegio se encontró con un hecho desolador: a su padre le iba mal en los negocios, y sin que sus hijos lo supieran, se había declarado en quiebra. Por la mañana, mientras el adolescente Skutch se hallaba en la escuela, la finca con todo y enseres había sido subastada. “Cuando supe lo ocurrido, lloré; y para consolarme, mi padre me dio un reloj de oro que había sido suyo. Así aprendí desde temprano las duras consecuencias de la insolvencia, una lección que nunca olvidé, prefiriendo privarme de todo, excepto de las cosas más indispensables, antes que incurrir en deudas”.

Después de este suceso, la familia pasó a vivir en una casa nueva, que el padre, “cuyos gustos eran mejores que su habilidad para los negocios”, se hizo construir en los alrededores de Baltimore. Aquí pasó Skutch el resto de su adolescencia y su juventud. El lugar tenía la ventaja de estar cerca de un bosque donde escurría una quebrada de aguas cristalinas. A este bosque venía, y se sentaba sobre unas rocas salientes a leer Homero, Keats, Wordsworth, o intentaba “resolver algunas de las perplejidades de un joven que adoptó el principio socrático de que una vida sin análisis no es digna de vivirse, y que consecuentemente no aceptaba todas las ideas de sus mayores. Entre otras cosas, después de leer la poesía y los ensayos de Shelley, no podía continuar comiendo la carne de animales sacrificados, actitud que me hizo entrar en conflicto con mi padre y el médico de la familia, mi tío, quien predijo, falsamente, que mi salud sufriría a causa de una dieta insuficiente”.

A los 17 años el joven Skutch ingresó a la Universidad John Hopkins, donde su vocación por la Biología y en particular la Botánica, se orientó felizmente hasta graduarse en 1925. Durante el verano del año siguiente fue a

Jamaica para efectuar estudios sobre el banano. Posteriormente, en 1928, recibió su doctorado en Botánica. En Noviembre de ese año se embarcó en Nueva York con destino a Panamá, gozando de una beca para profundizar sus estudios sobre el banano en la estación experimental de Changuinola. Tales fueron sus primeros contactos con la Naturaleza tropical, que por el resto de su vida, habría de absorberlo enteramente.

Luego, en 1930 pasa una temporada en el centro experimental de Lancetilla, Honduras. Realiza cuatro viajes a Guatemala, a comienzos de los años treinta. En 1935 se traslada a Costa Rica, donde, con ausencias cortas, ha residido en los años posteriores. Entre 1940 y 1941 viaja a la América del Sur para levantar una especie de censo sobre las reservas del árbol de hule, por encargo del Departamento de Agricultura de los Estados Unidos. Después de ese viaje compra una finca en Costa Rica, en 1941, y se establece allí de por vida. Todos estos años de vagabundeo por los trópicos le permiten hacer gran acopio de observaciones que darán material para artículos y libros. Después de establecerse en Costa Rica en su finca, se dedica a labores propias de la misma en pequeña escala, a observar y estudiar los seres vivos que le rodean, y a escribir sobre montañas, ríos, árboles y flores, insectos de muchas clases, reptiles y mamíferos, faenas agrícolas primitivas en tierras rústicas, y algo sobre la gente entre quien ha vivido, aunque su tema principal son los pájaros.

¿Cómo definir la obra de Skutch? ¿Se trata de un naturalista, de un escritor, de un filósofo, de un poeta, de un hombre de ciencia, de un viajero? Probablemente sea todo eso y algo más. Muchos textos suyos, constituyen minuciosas descripciones sobre la vida de diversos pájaros, con el ojo de un observador a quien no se le escapa detalle. No es exagerado decir que un dibujante podría sin mucha dificultad, reproducir los ejemplares descritos, como si los estuviera viendo. Los recuentos de actividades de un pájaro que construye su nido, o de una pareja alimentando a sus pichones, es como

ver una película en cámara lenta. Skutch aplica todos sus sentidos para percibir todas las sensaciones que puede comunicarnos un ser vivo. Puede pasar muchas horas encerrado en su escondite de tela a escasos metros de un nido, o permanecer inmóvil el tiempo suficiente para dejar que un colibrí se acerque hasta casi tocarlo. No hay hora del día o de la noche en que falte a una cita para observar el nacimiento de un pichón, o el cambio de guardia cuando ambos padres empollan a sus crías. Tampoco la lluvia, el frío, el calor, o las molestias de los insectos son obstáculo para quien pasa horas y horas a la expectativa de algún acontecimiento que le permita conocer los hábitos de anidación, empollamiento, crianza de los pichones, aseo del nido, cooperativismo entre ciertas especies. Tal esfuerzo ha sido generosamente compensado —no sólo por el conocimiento en sí, sino también con la vivencia de ciertos hechos singulares que le permiten añadir a sus descripciones y relatos, cierto sabor anecdótico, algunas reflexiones filosóficas y no pocos momentos de humor y poesía. Esa parte de su obra, vinculada a las ciencias naturales, constituye una importantísima contribución en el campo de su especialidad, y es la que ha recibido mayor reconocimiento, dando oportunidad a la publicación de sus libros con el patrocinio de sociedades y universidades norteamericanas interesadas en la Naturaleza, así como el apoyo mediante becas de la Fundación Guggenheim y del Museo Americano de Historia Natural, y al otorgamiento de honores, como la medalla Burroughs que se le concedió por el presente libro, en el año 1983.

Otros textos de Skutch abordan temas meramente filosóficos, si bien, encuadrados dentro de sus experiencias personales sobre la vida animal y vegetal. El modelo de vida que ha escogido y sus relaciones con el mundo viviente que le circunda, dan pie para numerosas y agudas disquisiciones filosóficas. Son estos escritos los que han despertado mayor interés en Costa Rica, según infiero por las traducciones y publicaciones que se han hecho de algunos de ellos, así como por la inclusión de su nombre en el libro del profesor Constantino Láscaris “Desarrollo de las Ideas Filosóficas en Costa

Rica" (3). Dentro de esta misma línea cabría incluir dos libros sobre religión, en uno de los cuales —"The Golden Core of Religion"— (4) que tuve la oportunidad de leer, analiza el origen de las religiones dentro de una perspectiva antropológica.

Los vagabundeos de Skutch por las regiones tropicales americanas, han dado origen a escritos de viajes, en los que nunca falta su ojo de naturalista y su mente observadora, anotando cuanto puede ser de interés para el geógrafo, el geólogo, el botánico, el ornitólogo.

Contribución no menos importante que su obra escrita de naturalista y filósofo, para el centroamericano y en general para cuantos amen la Naturaleza, ha sido la propia vida de Skutch, verdadera encarnación de sus ideales, parte de la cual se narra en este libro. No estimo necesario añadir más sobre la misma, dejando que el lector juzgue por su cuenta, pero haré un breve paralelo. Cuando se conoce un poco de ella, es difícil sustraerse al recuerdo de ese otro gran naturalista y filósofo norteamericano, Henry David Thoreau, quien abandonó la ciudad de Concord para irse a vivir en una cabaña que construyó con sus manos, en un bosque a la orilla de la laguna de Walden, donde estuvo residiendo por dos años enteramente solo, cultivando su propio plantío de frijoles para alimentarse, excursionando por los alrededores —posiblemente con todos sus sentidos aguzados y desarrollados como los de los mismos animales cuyas huellas observaba o como los de los antiguos indios, de cuya desaparición y exterminio se lamentaba. Aquí escribió muchas páginas de diario —que luego pasarían a sus libros—, en las que anotaba cuanto veía en los bosques: los movimientos de una ardilla, los

-
- (3) Constantino Láscaris, *"Desarrollo de las Ideas Filosóficas en Costa Rica"*, Universidad Autónoma de Centro América, Editorial Studium, (1983): 301—308.
- (4) Alexander F. Skutch, *"The Golden Core of Religion"*, London, George Allen and Unwin Ltd., (1970), Aberdeen University Press.

ruidos que hacía la nieve al romperse entre los pinos, un incendio forestal con todo su terrible fulgor, la descomposición del cadáver de un animal dando lugar a nuevas formas de vida, y también sus mordaces críticas sobre economía y política, opiniones sobre religión, la amistad, la educación. A Thoreau le han llamado El Solitario de Concord. No fumaba, no bebía alcohol, nunca comió carne, vivió célibe toda su vida. Leyendo a Skutch, se evoca a Thoreau no sólo por sus similitudes sino también por sus diferencias cuando se refieren a los mismos asuntos. Thoreau era un solitario confeso, rehuía la compañía humana, no le interesaba la vida familiar y se complacía en exaltar la vida salvaje, justificando en ésta, a veces con regocijo, sus mayores crudezas. Skutch en cambio, no es un solitario, vive apartado pero en un hogar y se mantiene relacionado con mucha gente mediante correspondencia y algunos contactos personales, tiene un alto concepto de la vida familiar, y es un ser compasivo, que se condeue de las brutalidades y horrores de la Naturaleza, al grado de emitir juicios condenatorios sobre la misma. Para Thoreau, la Naturaleza era inmoral. Léase este párrafo suyo: “Me gusta comprobar que la Naturaleza es tan rica en vida que puede sacrificar miríadas de seres y puede sufrir que los unos devoren a los otros; que los organismos delicados pueden ser aplastados tan serenamente como la pulpa; que las garzotas se engullen a los renacuajos, y las tortugas y los sapos pueden ser aplastados en el camino. Debemos darnos cuenta de la poca importancia que debe concederse a ese riesgo de accidentes. La impresión que produce a un hombre prudente es la de la inocencia universal. El veneno no es venenoso en fin de cuentas, ni hay herida fatal alguna. La compasión es un fundamento completamente insostenible.” (5)

Semejante filosofía, trazada con los rasgos broncos que caracterizan a Thoreau, no puede ser nunca la de alguien como Skutch, espíritu bondadoso

(5) Theodore Dreiser, *“El Pensamiento Vivo de Thoreau”*, Editorial Losada, Buenos Aires, (1944): 37-38.

y compasivo con toda criatura viviente, a quien tal vez Thoreau le hubiera reprochado su conmiseración, si bien no dudamos que Gandhi o San Francisco de Asís lo considerarían entre sus discípulos. En el capítulo final de este libro, “Fotosíntesis y Depredación”, se resumen con amplitud y claridad las reflexiones de Skutch sobre el drama que se da en la Naturaleza entre sus criaturas, en su lucha por sobrevivir. La lucidez con que aborda el tema, así como la expresión sencilla y amena que caracterizan al autor, nos permiten calar toda la profundidad de su pensamiento y ponernos en contacto con su alma sensitiva. El contraste entre ambos escritores, no puede quedar mejor resaltado después de la lectura del capítulo final.

En estos tiempos, en que los gobernantes de las grandes potencias se plantean la supervivencia de nuestro planeta a base de construir bombas terribles, misiles, misiles anti-misiles y escudos de defensa con propósitos disuasivos y defensivos frente a una posible “guerra de las galaxias”, no deja de ser oportuno y esperanzador que aquí en nuestra pequeña América Central, un naturalista y filósofo que dejó su frío país del Norte para venirse a convivir con nosotros en los trópicos cálidos y húmedos, concluya este libro proponiendo frente al drama planteado, una salida que si bien, parece cosa de ángeles, no por eso deja de ser realizable; un reto —si se le puede llamar así— en el que las armas sean la moderación y la libertad, para que la raza humana, libre de excesos de toda clase, pueda seguir “medrando por un largo período sobre un planeta que se mantendría fecundo y bello.” ¡Qué bueno si los gobernantes creyeran más en la prudencia de sus sabios que en la audacia de sus generales!

Concluyo, refiriéndome brevemente al trabajo de traducción desde dos aspectos —uno global y otro particular. El texto preliminar en su totalidad fue revisado por el autor, poniendo énfasis en aquellos detalles de carácter técnico y de interpretación propiamente dichos. Agradezco su ayuda y paciencia, que me han sido de gran valor, así como su autorización de traducir

la obra, que constituye para mí un honor. Ello no me exime por supuesto de la responsabilidad por cualquier error de traducción, que asumo enteramente. El otro aspecto, se refiere a los nombres de pájaros utilizados en la traducción. Con excepción de cuatro especies señaladas en el Índice, éstos corresponden a la LISTA DE PAJAROS DE COSTA RICA SEGUN LOCALIDAD elaborada por F. Gary Stiles y T. James Lewis en 1980, que constituye quizás el primer intento serio de proveer una nomenclatura estándar para las aves del neotrópico. A ellos también mi reconocimiento por el permiso concedido. Con el propósito de ayudar al lector centroamericano en la tarea de identificar ciertas especies que tienen distintos nombres vulgares en cada país, se anotan al final del libro, en el Índice, aquéllos de uso más popular y que ha sido posible obtener, al lado de su nombre científico y del utilizado por el traductor. Los nombres vernáculos, son obra del pueblo. Muchos de ellos constituyen verdadera poesía condensada. Son los brotes con que un idioma se renueva. No creo que la adopción de una lista oficial elaborada con propósitos de comunicación universal, los hará desaparecer. Ojalá así sea.

Para terminar, considero de justicia referirme a los escritores nicaragüenses Jorge Eduardo Arellano y Juan Aburto Díaz por su ayuda en la obtención de ciertas fichas bibliográficas, Jaime Incer Barquero —quien me inició en el conocimiento de Skutch desde 1960— por su asistencia en numerosas consultas científicas y lingüísticas, y Octavio Robleto, primer lector de este libro en su versión preliminar, cuyo conocimiento del campo y de su lenguaje hizo posible la utilización de términos rurales más felices que los escogidos originalmente, así como por el animoso entusiasmo con que acogió la idea de esta traducción y con que fue leyendo los manuscritos a medida en que éstos se producían. A todos ellos, mi agradecimiento.

Raúl Elvir,
(Traductor)

Prefacio

Tanto el naturalista como el finquero mantienen relaciones con la naturaleza, pero con intereses, ocupaciones y propósitos que son muy diferentes, y a menudo contrarios. El naturalista desea observar y comprender a la naturaleza; el finquero hacerla producir cosechas que puedan venderse con provecho. Al naturalista le conciernen principalmente la flora y fauna nativas; al finquero, las plantas de cultivo y los animales domésticos que son casi siempre de origen foráneo. Al desmontar la tierra para sus siembros y sus hatos, el finquero destruye lo silvestre que el naturalista está ansioso de preservar; para evitar las depredaciones de las criaturas salvajes, el finquero combate animales que el naturalista protege. El naturalista a menudo se esfuerza por obtener recompensas inmateriales de experiencia y conocimiento, tan vigorosamente como lo hace el finquero por recompensas materiales de alimento y dinero.

A causa de tales contrastes, se comprenderá que el naturalista dedicado a labores de finca, o el finquero que llega a interesarse profundamente por la naturaleza silvestre, de repente se encuentren en situaciones de perplejidad y encaren decisiones difíciles. Ello es especialmente cierto si cultiva su finca en medio o al lado del bosque tropical lluvioso, con su vasta diversidad de plantas y animales, algunos de los cuales pueden dañar sus cosechas. En

compensación de tales dilemas a menudo dolorosos, su finca muy probablemente incluirá áreas silvestres además de las cultivadas, pudiendo así mantener una variedad de cosas vivientes mayor de las que ya sea el bosque o la plantación por sí solos podrían abrigar. Si vive en actitud perceptiva, sus experiencias le darán profundidad a su comprensión de los problemas que confrontan los conservacionistas en un mundo superpoblado, y hasta quizás se dé más cuenta exacta de la gloria y tragedia de la vida en un planeta excepcionalmente favorecido, que tenazmente persiste en producir más criaturas vivientes de las que puede sostener.

En un libro anterior, "*Un Naturalista en Costa Rica*",⁽¹⁾ relaté cómo vine a Los Cusingos, la finca tropical donde he residido por cuarenta años aproximadamente, y establecí mi hogar. Para beneficio de los lectores que no están familiarizados con aquel libro, comenzaré éste repitiendo, en el primer capítulo, algunas de las cosas escritas entonces, incluyendo una breve descripción de la finca, así como de la casa que con ayuda de unos carpinteros construí en ella. El resto de este libro contiene material enteramente nuevo, o tratamiento más amplio de temas que, por falta de espacio, recibieron sólo mención de pasada en el anterior. El segundo capítulo sigue, mes a mes, los cambios estacionales de un año tropical y su influencia sobre la vida vegetal y animal y sobre las actividades de la finca misma. Luego refiero ciertas experiencias memorables que no he contado en otra parte —historias de los pájaros más simpáticos con que he llegado a intimar, de ciertos cuadrúpedos que viven cerca de mí, de árboles, flores e insectos, de animales domésticos, de peces que nadan en las pozas rocosas de la finca. Otros capítulos se relacionan con ciertos problemas que presenta la vida en los trópicos prolíficos, y cómo he tratado de resolverlos.

(1) Alexander F. Skutch, "*A Naturalist in Costa Rica*" (Gainesville: University of Florida Press, 1971). Una traducción de este libro al español con el título "EN LAS SELVAS DE COSTA RICA", está en preparación y se espera que salga a luz pública en el presente año (1985).

En el penúltimo capítulo, llevo al lector fuera de la finca hacia una parte de Costa Rica que si bien no demasiado lejos, tiene un clima muy diferente, conteniendo una flora y fauna distintas, y menciono los enormes cambios de que he sido testigo allí. Sin entrar en fatigosos detalles, he intentado presentar un perfil transversal de la vida maravillosamente variada que me rodea. En el capítulo final hablo de mi actitud hacia la vida, en su aspecto más amplio, que en primer lugar me trajo aquí, y al paso de los años, se ha ido modificando y refinando según mis pensamientos y experiencias.

Reconocimientos

Tres de los capítulos de este libro aparecieron primeramente en *Animal Kingdom*, publicado por la New York Zoological Society: el capítulo seis salió a luz pública en el volumen 60, páginas 75—79, en 1957; el capítulo nueve en el volumen 68, páginas 168—72, en 1965; y el capítulo trece en el volumen 70, páginas 106—111, en 1967. El capítulo ocho se publicó en el *Nature Magazine*, ha tiempo desaparecido, volumen 45, páginas 523—25 y 550, en 1952. El capítulo catorce apareció originalmente en el *Aryan Path* (Bombay), volumen 23, páginas 382—86, en 1952. El *Audubon Magazine* publicó el capítulo diecisiete en el volumen 61, páginas 20—21, y 76—77, en 1959. Todos estos artículos fueron cuidadosamente revisados, muchos de ellos ampliados con nueva transformación, y los títulos de algunos se cambiaron. Estoy en deuda con los editores o publicadores de estas cuatro revistas por permitirme usar en este libro material aparecido de primero en sus páginas. También agradezco a Frank Almeda y William Burger la denominación de especímenes botánicos, y a William A. Bussing la identificación de los peces en el capítulo dieciséis. El artista se une a mí rindiendo las gracias a la Western Foundation of Vertebrate Zoology de Los Angeles, por suplir espacio y material de trabajo mientras dibujaba las ilustraciones.

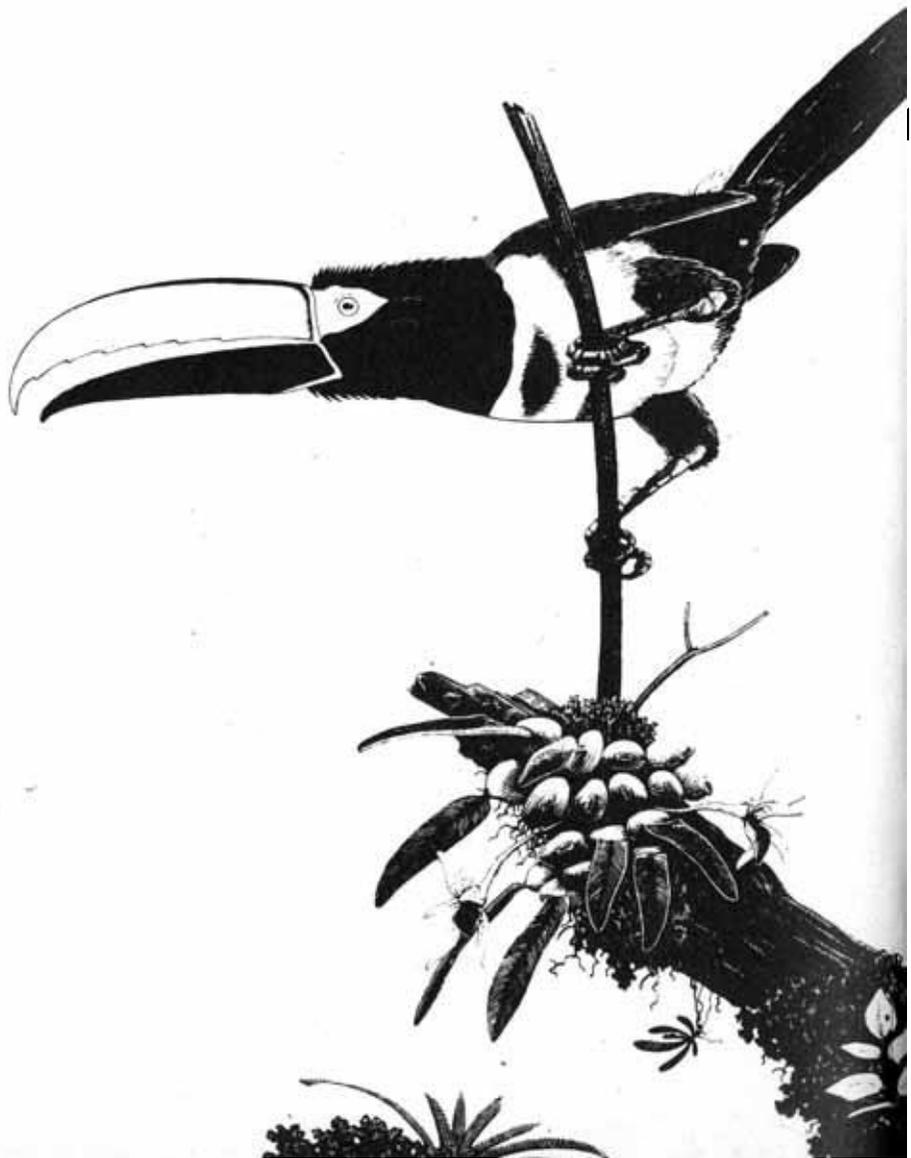
Alexander J. Skutch

1. *La Finca*



Quería yo estudiar las cosas vivientes, en especial los pájaros, residir entre ellas, y vivir en armonía con ellas. Aunque no absurdo, este triple propósito dista mucho de ser común. Los biólogos profesionales sólo excepcionalmente hacen sus casas cerca de la naturaleza silvestre; ellos llevan los organismos que estudian a laboratorios bien equipados, donde los someten, con demasiada frecuencia, a experimentos dolorosos. O trabajan en museos situados en grandes ciudades, describiendo y clasificando especímenes que fueron en su mayoría colectados por otros. Sus ocasionales excursiones al campo son a menudo viajes de recolección, en que muchas cosas vivientes mueren para convertirse en especímenes.

Contrastando con esa gente, dispuesta a sacrificar casi todo en aras del conocimiento, cuyo mayor triunfo puede ser expresar sus descubrimientos en una fórmula matemática o en una escueta “ley”, están aquéllos que viven cerca de la naturaleza por cuanto ésta les ofrece de paz, belleza y alivio. Sus contactos con las cosas vivientes que les rodean, satisfactorios en alto grado para ellos, pocas veces contribuyen a la suma de los conocimientos científicos. Raramente hacen sostenidas y cuidadosas observaciones ni conservan detallados registros de las mismas que puedan aumentar nuestro entendimiento.



Yo quería vivir con simplicidad en un asentamiento natural aún no expoliado, estudiando mientras tanto la naturaleza como científico, todo sin dañar los objetos de mi estudio o las cosas vivientes alrededor mío. Esta combinación poco usual de propósitos no era fácil de realizar. Durante una década, anduve errante en la América tropical, viviendo por meses, y hasta por más de un año a veces sin discontinuidad, en chozas alquiladas o prestadas, fincas hospitalarias, ocasionalmente una estación experimental, mientras intensamente observaba pájaros y colectaba especímenes botánicos para sostenerme. Cuando pasaron los años y mi creciente volumen de registros vino a ser muy engorroso de transportar, siempre con algún riesgo de perderlo, sentí cada vez más la necesidad de una casa permanente donde pudiera reunir mis libros y notas alrededor mío, preparar mis observaciones para su publicación, y continuar estudiando la naturaleza en mi propia heredad.

Al llegar este momento, pensé en el Valle de El General, donde nace el Río Térraba sobre la vertiente del Pacífico al Sur de Costa Rica, y en donde yo había pasado con anterioridad dos años y medio fructíferos, estudiando pájaros y colectando plantas por varias localidades. En aquellos días, antes de que la Carretera Interamericana cortara a través la longitud del valle, ésta era una región aislada, rodeada de bosques escasamente despalados y accesible con facilidad sólo por aire. Únicamente un largo sendero escabroso, atravesando el bosque y pasando sobre las altas y peladas cimas de la Cordillera de Talamanca, la conectaba con el centro del país. San Isidro de El General, ahora una ciudad episcopal, y bullicioso centro comercial, era entonces apenas una pequeña villa con unos pocos almacenes que vendían ropa barata y artículos hogareños a clientes que andaban por lo común con los pies descalzos. De aquí salían en todas direcciones caminos de tierra entre parches del bosque original y fincas tan recientemente descombradas que los troncos chamuscados y los tocones se aglomeraban en desorden sobre los campos. Ningún vehículo motorizado levantaba polvo en estas tierras rústi-

Tucancillo Piquianaranjado

cas, todavía. El aeroplano traía el correo y las mercancías, y una estación de radio proporcionaba la comunicación más rápida con la capital, San José.

Sobre mi caballo bayo, Bayón, cabalgué por varios días alrededor de la región, visitando fincas que pudieran ofrecerse a un extranjero recién venido con un pequeño capital a este valle donde el dinero era escaso y de mucho valor. Finalmente, en Marzo de 1941, encontré la finca que prometía colmar mis sueños. A una altitud de aproximadamente setecientos sesenta metros, se extendía a lo largo de la margen occidental del Río Peñas Blancas, un ancho torrente de montaña que se precipitaba clamorosamente sobre un lecho sembrado de grandes piedras, trayendo agua cristalina y fresca desde las elevadas y boscosas laderas de la Cordillera de Talamanca situada al Norte. Una loma escarpada, aún arbolada la mayor parte, recorría casi la longitud total de la finca. Entre la loma y el río se recostaban, casi a nivel, terrazas que entre altos y escarpados riscos caían hacia los bancos de tierra negra, excesivamente pedregosos pero fértiles, donde el río había corrido en épocas pasadas. Tres cursos de agua permanentes atravesaban la finca, dos cerca de su extremo norte, el tercero por el lado occidental. En la estación lluviosa otros dos riachuelos fluían también a través de la propiedad.

Esta finca pertenecía a Francisco Mora, conocido como Don Chico, un incansable pionero que alternaba entre buscar tesoros en los entierros de los antiguos indios y convertir la montaña en fincas, que pronto las vendía para moverse a una nueva tierra. Contenía cerca de veinte áreas de café en plena producción, una pequeña porción de banano, pastos extensos, algunos árboles frutales y alrededor de ochenta áreas de caña de azúcar, con un trapiche movido por bueyes, debajo de un gran cobertizo de paja, que convertía el jugo de caña en redondos ladrillos de azúcar morena.

Mi mayor interés era el bosque. Me entristecía ver que varias hectáreas de éste habían sido tumbadas y quemadas, tan recientemente que algunos

troncos postrados humeaban todavía. El potrero sobre la empinada ladera al lado de la terraza donde construiría mi casa, estaba cubierto en desorden con grandes troncos en decadencia. No obstante un trecho grande de bosque permanecía sin expoliar, con árboles ascendiendo hasta cuarenta y cinco metros, multitudes de palmeras con esbeltos y encumbrados troncos, orquídeas y muchas otras epifitas sobre los árboles, y debajo, bastantes palmeras de poca altura, arbustos florecidos, y hierbas de grandes hojas. En este bosque vivían tinamúes, pavas, codornices, trogones, colibríes, tucanes, carpinteros, trepadores, pájaros hormigueros, saltarines, cotingas, mosqueros, mieleros, tangaras y fringílidos, junto con Monos Cara Blanca, Pizotes, Guatusas, Venados Selváticos ⁽¹⁾ y otros mamíferos. El bosque contenía casi todo lo que un bosque lluvioso debe tener en esta región, excepto animales grandes tales como Jaguares, Pumas, Manigordos, Dantas y jabalíes, que el sitio demasiado pequeño no podría sostener, y a mí no me hacían falta. Descubrir los nidos y seguir el ciclo de vida de todos los pájaros me mantendría ocupado por años —hay varias especies de las que no he logrado aún encontrar un solo nido, después de casi cuarenta años.

Nadie que esperara hacerse rico como finquero debería haberse comprado semejante tierra rocosa y quebrada, tan alejada como estaba entonces de ferrocarril, carretera o agua navegable. Pero los detalles que a veces harían desesperar de ésta al finquero, la hicieron atractiva para el naturalista. Su diversidad de habitats aseguraba una diversidad de organismos. Las corrientes de agua que ocasionaban problemas de transporte, y necesitaban puentes que se pudrían o eran arrastrados, atraían martines pescadores, alegres Mosqueritos Guardarríos, Cormoranes Neotropicales, fantásticos Gallegos Grises o Garrobos y otras criaturas que encarecían el conjunto. Cuando me encontré con que Don Chico vendería su tierra a un precio dentro de mis escasos

(1) Cuando el nombre común de una especie de animal o planta está con mayúscula, su nombre científico se señala en el Índice General.

recursos, la compré, tomando cariñosamente bajo mi protección toda esta vasta diversidad de riqueza natural. Al fin, ahora podría habitar dentro de un marco natural no expoliado, estudiar la naturaleza en mi propia heredad e intentar vivir en armonía con la vida fecunda que me rodeaba.

Don Chico vivía con su concubina, el pequeño y rubio hijo de ambos, y varios chanchos grandes, en un rancho de paja, de poca altura, sin piso situado al borde de un alto risco boscoso cerca de una quebrada, sitio que permitía la conveniente disposición de la basura con sólo tirarla por la puerta de atrás. El contrato de venta le daba el derecho de permanecer allí, sin los cerdos, hasta que terminara de edificar una casa nueva en la tierra que había adquirido al otro lado del Río Peñas Blancas —período que se extendió sobre un año.

Decidí construir mi casa sobre una elevada terraza que daba de cara al sol naciente, las montañas, y el río, cuya voz suavemente murmurante en la estación seca, tonante en el lluvioso octubre, revelaba sus fases cambiantes. El río, o la quebrada que desembocaba en éste, casi enfrente del sitio de la casa, me supliría agua cuando no pudiera captar la suficiente del techo para las necesidades hogareñas, lo que raras veces sucedió excepto en la estación seca. (Pasaron años antes de que pudiera tener agua de cañería). Este lugar cerca del agua y sin embargo por encima del río lo bastante para no estar en peligro durante las inundaciones más altas, había sido favorecido evidentemente por mis predecesores de antaño. Cavando en el jardín, he encontrado tiestos de cerámica indígena y una volante de rueda de arcilla. Piedras que usaron probablemente para moler maíz yacían alrededor. La cima de la empinada colina detrás de la casa era su cementerio. Y la gran roca de cara superior suavemente inclinada que se erguía en la vecindad de la quebrada, estaba grabada con curiosas espirales, de misteriosa significación, que los aborígenes habían esculpido. Este enorme bloque de andesita vino a resultar muy útil para secar al sol los frijoles y el maíz recién cosechados.

La casa de cinco habitaciones que planifiqué sería hecha casi totalmente con materiales locales disponibles. Sólo la cerrajería y una bolsa de cemento vinieron de fuera del valle, necesariamente por aire. Las piedras tan abundantes en los bajíos y los lechos de las corrientes sirvieron como bases para levantar la construcción, apartándola del suelo húmedo, los comejenes, y las culebras. Un hombre experto en el manejo de la hachuela, labró en el bosque las soleras más pesadas de madera fuerte y duradera. Las piezas más livianas y las tablas, fueron traídas en carreta de bueyes, desde un pequeño aserradero a través del valle en San Isidro, distante trece o catorce kilómetros, por caminos sinuosos. Puesto que el aserradero no tenía máquina cepilladora, muchas tablas se alisaron con cepillo de mano. Las tejas para el techo fueron suplidas por un finquero de La Hermosa, a seis kilómetros y medio. No siendo un tejero experto, las tejas resultaron de inferior calidad pero las mejores que pude conseguir. Por cienes se quebraron cuando la carreta que las traía, daba tumbos sobre escabrosos caminos contra piedras y raíces. Sin embargo, entre ocasionales reemplazos y remiendos, las sobrevivientes de esta travesía han conservado la casa seca por casi cuarenta años.

Proyecté mi casa para ser económica y durable más que elegante. Para las paredes escogí el bahareque, tipo de construcción antiguamente muy difundida en Costa Rica, como en otras partes de Latinoamérica, pero ahora poco usada, pues consume mucho tiempo, requiere mano de obra cara, y para ser segura, necesita de madera pesada que ha venido a ser costosa. Sobre ambas caras de los fuertes cuartones verticales o gigantones, se clavaron horizontalmente, a intervalos de unos cuantos centímetros, tallos de caña brava que crece a lo largo de los ríos. El espacio de diez centímetros entre las dos series de cañas se embutió con arcilla extraída de la colina detrás de la casa. La arcilla había sido amasada con agua en un pozo seco, por caballos que la pisoteaban hasta que se ponía bien pegajosa. Al secarse en las paredes la arcilla se rajó dejando anchas fisuras que fueron resanadas con más arcilla. Cuando se hubo llenado sólidamente el espacio entre las cañas, éstas se

recubrieron con arcilla, requiriéndose varias aplicaciones para que desaparecieran todas las grietas. Enseguida, las paredes se embadurnaron finamente con excremento fresco de vaca, un magnífico cementante. Este emitía al comienzo un hedor horrible, pero pronto se secó dejando una superficie gris tenue, inodora, que fue admirada por ciertos visitantes sin conocer su origen. Finalmente, las paredes interiores se encalaron, y las exteriores se revistieron con lechada de cemento, de la bolsa que vino por avión.

El trabajo de las paredes se hizo despacio, durante los intervalos en que aminoraban algo las tareas de la finca. No fue sino dos años después de poner las fundaciones, cuando la casa se concluyó. En el interín, fabriqué muebles sencillos, incluyendo mesas, taburetes, gabinetes y estantes abiertos para libros. También compré una finca más grande, con mucho bosque y poco cultivo, que colindaba con la mía al sur. Después de vender parte de esta tierra, me quedaron alrededor de cien hectáreas, cerca de la mitad en bosque primitivo y mucho del resto en bosque de segundo crecimiento. Decidí preservar todo el bosque y plantar únicamente sobre la tierra que ya había sido desmontada.

Después de larga reflexión, llamé a mi finca “Los Cusingos”, nombre local de los Tucancillos Piquianaranjados; que se encuentran solamente en la vertiente del Pacífico al sur de Costa Rica y al otro lado de la frontera con Panamá. No estaba totalmente satisfecho con esta escogencia, pero opté por ella debido a que otros pájaros que yo admiraba más, carecían de nombres que mis vecinos conocieran y pudieran pronunciar. Ahora estoy convencido de lo acertado de mi escogencia; estos ágiles y pintados tucanes han persistido aquí, mientras otros pájaros menos cautos desaparecieron.

Excepto por raras visitas, viví solo durante nueve años. Pero ¿cómo podría estar solo con tanta vida distinta vibrando alrededor mío? ¿Cómo aburrirme con tanto que ver y aprender y hacer? . Cuando los nidos de los

pájaros residentes se ponían escasos, casi era ya tiempo de observar a los migratorios regresando del norte. La más de las veces siempre había, viviendo cerca de mí, cierta familia que me suplía con algún jornalero y alguna muchacha soltera, que venía en la mañana a cocinar y a limpiar la casa. Tenía vacas para leche, gallinas para huevos, caballos para cabalgar, y todo ese contingente necesitaba mucha atención. Me parecía nunca tener suficiente tiempo para todos los trabajos suplementarios que continuamente reaparecían; recolectar frutas, componer cercos y puertas, reparar goteras del techo, curar animales enfermos, extraer tórsalos de la piel del ganado. Lejos de encontrar depresivas las tardes, con frecuencia largas y lluviosas, me resultaban bienvenidas pues era tiempo para leer, escribir, o hacer trabajos de carpintería.

Después de nueve años de celibato, me casé con Pámela, la hija menor de Charles Herbert Lankester, un cafetalero y naturalista autodidacta de amplios intereses. Voluntariamente, ella abandonó la comodidad para vivir con simplicidad en una finca donde faltaban muchas cosas que la gente urbana considera indispensables. Años más tarde adoptamos a Edwin, un tranquilo y prometedor muchacho ya en su adolescencia, quien había crecido en la finca (su padre había trabajado para mí, con intermitencia, por varios años) y se vio sin protección al desintegrarse su hogar. Entonces, ya con más familia y con una biblioteca creciente para la que nunca parecía haber suficientes estantes, añadimos un ala a la casa, originalmente en forma de L.

Nada nos impide construir castillos en el aire exactamente según nuestras especificaciones. Tal vez por esto será que no ponemos fundaciones debajo. Sin embargo, a menos que nos propongamos traerlos a tierra, incorporándolos al frío mundo de la realidad lo mejor que podamos, nunca llegan a ser productivos. Y si bien son capaces de proporcionarnos alegrías y pre-

ciosas experiencias, pueden también — ¡ay, con mucha frecuencia! — traernos decepciones y tristezas.

Así ha resultado con Los Cusingos. Animales que amaba, enfermaron y murieron. Nidos que encontré después de mucha búsqueda y que deseaba profundamente estudiar, fueron destruidos por depredadores — algo que ocurre con frecuencia en todas partes, pero sobre todo en bosques tropicales. El río, por lo común una presencia amigable, se ha comportado mal a veces, dañando la finca. Relaciones laborales, y disputas con vecinos han sido también causa de problemas. Pocos años después de haber venido aquí, un vecino preparó un escrito acusándome de haber cerrado un camino público que atravesaba la finca de extremo a extremo y persuadió a otros vecinos para que apoyaran su queja. Con la ayuda de residentes más antiguos y de mayor probidad, demostré que tal camino, que habría arruinado la finca, nunca existió. Pero al fin, ya que se extendieron más viviendas alrededor nuestro hube de consentir que se abriera un camino a través de un trecho del bosque en la parte trasera de la finca que deseaba preservar intacto. Desde este polvoriento camino y fincas aledañas, el fuego ha chamuscado las orillas del bosque, por fortuna no en mayor distancia todavía, puesto que, aun en la estación seca, el bosque lluvioso no permite el fuego alto, y el fuego bajo se extiende despacio.

Más doloroso ha sido el caso de mi impotencia para proteger el bosque de los transgresores y sus perros. Centenares de Palmitos, —palmeras elevadas y esbeltas con graciosas coronas de plumadas frondas— que adornaban la arboleda cuando vine, han sido robadas a causa de las escasas libras de suave tejido comestible que hay en sus puntos de crecimiento. A los hijos de estas palmeras hurtadas, cuando crecen, los machetean siendo aún tan jóvenes y delgados que apenas dan para un bocado, destruyendo así la posibilidad de su reproducción. Desaparecidos los Palmitos, estos merodeadores han empezado a atacar las Chontas, más altas, e igualmente abundantes al principio,

que siendo un poco amargas se estiman menos como alimento. Descubrir a quienes perpetran tal depredación clandestina, es difícil; intentar la obtención de un juicio legal contra ellos, cuando sean identificados, una pérdida de tiempo.

Los cazadores furtivos exterminaron algunos de los pájaros y mamíferos más grandes y espectaculares. Años han pasado desde que vi por última vez un Tucán Pico Bicolor, una Pava Crestada, un Caracara Avispero, un Jacamar Rabirrufo, un Venado Selvático, o un Pizote, todos los cuales estaban al comienzo aquí, algunos en abundancia. Otras especies han devenido más raras. Cuando un pájaro sedentario típico de arboleda, desaparece de un trecho de bosque aislado, puede considerarse perdido para siempre, puesto que no es de esperarse, de los pájaros que evitan el campo abierto, que vengan a repoblar el trecho desde bosques distantes. Un reciente estudio de santuarios naturales de tamaño pequeño o moderado sugiere que uno de doble tamaño con respecto a otro puede contener el cuádruple de especies.

Aunque mucho se ha perdido, mucho también se ha salvado, en un valle donde por cuatro décadas, dolorosamente he observado la destrucción de casi todo el espléndido bosque lluvioso que una vez lo cubrió, seguida por la desaparición de la mayor parte de su vida animal. Nuestra modesta porción de bosque antiguo permanece, sin mayor alteración, en medio de potreros, cañaverales, cafetales y maizales, como una pequeña muestra de la vegetación natural de este valle bien irrigado, y un refugio para los habitantes selváticos que se han vuelto raros o están ausentes en la región circundante. Cuatro clases de trogones repiten aún sus llamados en las copas de los árboles de nuestro bosque. Cuando el crepúsculo descende sobre la floresta, las notas melífluas de la Tinamú Grande proclaman su continuada selvaticidad. El Gallito Hormiguero Carinegro aún lanza su triple silbido mientras, con pasos delicados, camina sobre el suelo sombroso del bosque. Una manada de tímidos Monos Cara Blanca, todavía trepan y brincan entre los árboles. La

finca aún contiene mucho que disfrutar, observar y ponderar. Si años más tarde se permite a este valle recuperar el saludable balance entre tierra de cultivos y tierra de bosques que encontré aquí, Los Cusingos podría servir como una reservación desde la cual repoblar con árboles forestales y seres vivos asociados a ellos, la tierra que antaño les perteneció.

Si bien, esperar que se realicen nuestros sueños en todos sus detalles es una desatinada y extravagante ilusión, no hacer ningún esfuerzo por colmarlos, es abandonar preciosas oportunidades de enriquecer nuestras vidas. En los capítulos que siguen, muy poco añadiré sobre las tribulaciones que acontecen a quien se esfuerza por preservar la naturaleza entre vecinos resueltos a saquearla; en su lugar relataré ciertas recompensas que este esfuerzo me ha traído.

2. *Un año tropical*



En tierras tropicales donde la helada no se conoce, las actividades de las cosas vivientes se regulan sobre todo por las fluctuaciones mensuales de las lluvias, de igual manera que en latitudes más altas se determinan principalmente por los cambios de temperatura de las estaciones. Todos aquellos sucesos recurrentes como el renuevo de la vegetación, los nidos de los pájaros, la siembra de los campos por el hombre, que en zonas templadas esperan el regreso de tiempo primaveral benigno, dependen en los trópicos particularmente del inicio de la estación lluviosa. En aquellas pocas regiones tropicales donde la lluvia se distribuye casi de manera uniforme a través del año, encontramos una correspondiente monotonía en el curso de las actividades vitales; pero en la mayor parte de los trópicos, las lluvias fuertes alternan con intervalos secos, y la marcha de los acontecimientos en los reinos animal y vegetal se regula por tales cambios.

Aunque en regiones más cercanas al Ecuador el año puede contener dos períodos de lluvia abundante, separados de dos períodos secos, América Central tiene solamente una estación seca bien marcada y una estación húmeda prácticamente continua. La estación seca se llama *verano*, la estación húmeda, *invierno*. Estas designaciones las darían naturalmente inmigrantes de algunas regiones de España donde prevalece un clima Medite-



ráneo de veranos secos e inviernos lluviosos. Habrían pronto olvidado que las estaciones que ahora llaman “verano” coinciden con los meses más fríos del invierno del norte, mientras que el húmedo “invierno” incluye los más calurosos meses del verano en el Hemisferio Norte, dentro del cual cae toda la América Central.

Para un viajero recién llegado de un país septentrional, parece absurdo designar como “invierno” la estación en que por las lluvias copiosas, la tierra está brillantemente verde, los pájaros cantan y anidan, las cosechas crecen en los campos. Pero para el nativo, la asociación de los nombres “invierno” y “verano” con humedad y sequedad, está tan firmemente establecida que cuando ocurre un día brillante y sin lluvia en medio del “invierno” o estación húmeda, dicen “Que lindo verano tenemos hoy”, mientras que si un intervalo lluvioso interrumpe el “verano” o estación seca, harán comentarios sobre el intempestivo “invierno”.

Aunque la cuenca del Pacífico de América Central es en general mucho más seca que la cuenca del Caribe expuesta al viento, en las estribaciones de la cordillera al Sur de Costa Rica la precipitación pluvial es más fuerte y se extiende por más meses que en otras partes de la costa occidental. Esto se refleja en los magníficos bosques pluviales de la región, difícilmente inferiores en estatura y riqueza de vegetación a los mejores de las costas caribeñas. El punto más cercano del cual tenemos datos meteorológicos es San Isidro, a ocho kilómetros de Los Cusingos en línea recta, y en donde durante la década de 1960 a 1969 la precipitación anual promedió 295 centímetros, con extremos de 211 y 338. Registros conservados por mi amigo Isaías Retana durante siete años desde 1937 a 1943, en el pueblo vecino de Pedregoso, muestran un promedio anual de 305 centímetros de precipitación, con extremos de 234 y 424. San Isidro, abrigado de las lluvias por la cordillera costeña, es más seco que Los Cusingos, que es más alto y expuesto. Durante nuestra larga y muy lluviosa estación húmeda —que se extiende desde fines

Barbudo Cabecirroja, hembra

de Marzo o Abril hasta Diciembre— la mayoría de las lluvias del año caen principalmente en forma de fuertes aguaceros por la tarde, y a menudo acompañados de relámpagos y truenos. De cuando en cuando tenemos oscuras o grises mañanas, o una sucesión de ellas cuando las tormentas cubren todo el país; pero aun en plena estación húmeda, disfrutamos de mañanas con brillante luz solar; y el año trae pocas que puedan considerarse demasiado húmedas como para impedir a los finqueros hacer su trabajo en el exterior de sus casas.

Aun aquí donde el ambiente se presenta razonablemente estable, dos años no son iguales. Muchas de las diferencias se relacionan con variaciones en la estación seca, que puede comenzar más temprano o más tarde, ser más o menos severa o prolongada. Los árboles pueden florecer en diferentes meses por años consecutivos; o bien, después de dar frutos abundantes durante un año, al siguiente, abrir pocas flores o ninguna. Algunos pájaros cantan y anidan más temprano, cuando las lluvias vienen anticipadamente. No obstante, las variaciones en el curso de los eventos naturales de este ambiente tropical son menores, y su regularidad impresiona más que sus fluctuaciones. En las páginas siguientes trato de describir con amplios contornos, la marcha de la vida en Los Cusingos a través de doce meses de un año “típico”.

ENERO

Si bien, sobre gran parte de la cuenca del Pacífico de América Central, la estación seca arranca a fines de Octubre o en Noviembre, aquí en las estribaciones meridionales de la Cordillera de Talamanca, con frecuencia, es hasta en Enero cuando se establece en forma. Casi siempre este mes nos trae el tiempo más agradable. Por las noches las estrellas brillan intensamente. El aire frío que baja de las altas cimas, donde la helada blanquea los espacios

abiertos y los carámbanos crecen largos sobre goteantes farallones y cortes de tierra en las carreteras, nos obliga a poner una pesada colcha en la cama, hacia el final de la noche.

Pleno de luz el sol flota sobre la serranía arbolada más allá del río. El paisaje, aún intensamente verde después de largos meses de lluvia, se inunda de pronto con un brillo solar tan intenso que parece sustancia palpable. Durante mis primeros años aquí, cuando pocas casas lanzaban humo de sus fogones y ningún automóvil polucionaba el aire con gases de escape ni polvo, la atmósfera en tales mañanas era perfectamente clara y transparente hasta las cimas más distantes; la tierra brillaba como una preciosa gema. Tal claridad visual matiza el espíritu con una sensación de limpidez y pureza que lo hace a uno sentir que este viejo planeta todavía está prístino e impoluto. La inundación de luz a menudo me pone extrañamente inquieto. Quisiera vagar más allá del horizonte, que parece tan cercano en el aire traslúcido, aunque no puedo dar ninguna buena razón para desear estar en otro sitio distinto de donde estoy, pues me encuentro tan profundamente sumergido en la gloria de este hemisferio inundado de luz, como podría suceder en cualquier otro diferente.

Si bien la luz solar es cálida, a la sombra, las móviles brisas mañaneras son frías y vigorizantes, recordándome con suaves caricias cuán bueno es estar vivo. En nuestros mejores días, aun al mediodía el aire no pierde su frescura. Después del mediodía, las nubes que se han acumulado lentamente contra las altas montañas al norte, pueden desplazarse sobre el cielo. Algunas veces, descargan su humedad en ligeras lluvias por la tarde. A menudo, después de un comienzo seco, el mes termina con ciertos días lluviosos.

La gente del pueblo de Costa Rica tiene la curiosa noción, no fácilmente disipada, de que el tiempo del año se prevé por los doce primeros días de Enero, que llaman pintas, porque “pintan” el carácter de los meses

futuros. Así, si el 2 de Enero es seco, Febrero será seco; y si el 3 de Enero es lluvioso, Marzo será húmedo. Si ello fuera cierto, el presente año de 1977, que comenzó con un Enero excepcionalmente seco, sería de una sequía sin tregua, aunque realmente ha llovido mucho desde Abril en adelante.

Los arbustos y las plantas herbáceas que comenzaron a florecer cuando la precipitación pluvial disminuyó y la exposición solar aumentó en Diciembre, siguen a través de los brillantes días de Enero, adornando los bordes de los caminos, campos de maleza y bosquecillos en tierras de barbecho. Ninguno de nuestros más espectaculares árboles del bosque, florece tan temprano del año. A lo largo del río, los nudosos Sotacaballos suelen vestir sus ramas con manojos apretados de estambres rosados, que especialmente por las tardes sin brisas, llenan el aire con un pesado olor a polen casi fragante. El árbol que más adorna nuestro paisaje en Enero es el alto *Heliocarpus* de rápido crecimiento, el “árbol de fruta-de-sol”, localmente llamado Burío, cuya madera es tan suave como la de Balsa, más ampliamente conocida. Después de un despliegue muy modesto de pálidas flores amarillas en Diciembre, se pone más bonito cuando sus pequeños y achatados aquenios, rodeados por un anillo de suaves espinas o cerdas que sugieren rayos solares, se tiñen con rojo pálido. Pasando a través de las plumosas proyecciones, la luz forma un halo coloreado alrededor de cada fruta, cubriendo la densa masa total de ellos con una radiación cálida y suave que resulta muy bella al mirarse contra un cielo azul claro. Mucho del color del bosque en esta época lo proporciona el follaje nuevo, especialmente de las hojas jóvenes rojo-brillantes del brezo epifítico *Satyria elongata*, que crece profusamente en árboles viejos.

Los pájaros están extrañamente mudos en estos días deliciosos, que parecen invitar a cantos profusos y construcción de nidos. De cuando en cuando un fringílido o un túrdido canta brevemente, pero los principales vocalistas son los colibríes machos, que se reúnen en desperdigados conjun-

Elanio Tijereta



tos en la punta de los árboles o bajo la sombra del bosque, e incansablemente repiten simples motivos con débiles voces que rara vez llegan a ser musicales. Algunos continúan así todo el largo día, compitiendo entre sí, por las hembras cuyos huevos en desarrollo necesitan fertilización. Aunque los nidos de colibríes no son tan numerosos como en Diciembre, las hembras continúan poniendo y atendiendo los huevos y los pichones sin ayuda de los machos, mientras la abundancia de flores prometa un liberal suministro de néctar, fácil de recoger. Otro cantor persistente pero inferior, es la Reinita Mielera, un chupador de miel y recolector de insectos como los colibríes, que levanta sus crías en la misma época que ellos. Pero la mayoría de los pájaros, como sabedores de que vienen días de escasez de comida, cantan poco y anidan menos en Enero. Sin embargo, el diminuto Saltarín Cuellianaranjado comienza a despejar sus “pistas de baile”, removiendo toda basura suelta para dejar un parche de suelo limpio, sobre el cual pronto danzará para atraer a las hembras verdosas.

En este mes una multitud de emigrantes de la templada Norte América, desde hace mucho instalados en su casa de invierno, comparten con pájaros residentes más numerosos la reserva de alimentos en disminución. Ahora se les juntan unas pocas especies que vienen a anidar aquí, después de pasar su época de no reproducción más al sur. Llegan los Elanios Tijeretas a planear graciosamente entre los cielos claros atrapando insectos con sus garras, y a construir sus nidos de palitos entre las altas cumbres de los árboles. El Mosquero Pirata proclama su arribo con animados silbidos, que repite con aparente insolencia, mientras espera que algún pájaro residente termine su nido, para “pirateárselo” y poner allí su cría. En ciertos años y a final del mes, el canto pertinaz del Vireo Cabecigrís, revela que ha regresado ya de la Amazonia, aunque es más frecuente oírlo a principios de Febrero. Ahora la Elainia Sabanera hace conocer su presencia por sus notas cortas y secas, viniendo yo no sé de donde. Un visitante menos viajado es el brillante y silencioso Barbudo Cabecirroja que baja volando de las altas montañas a

comer bananos en nuestro comedor de pájaros y a cazar insectos que se esconden en las hojas muertas encarrujadas en lo alto de los árboles del bosque.

Un buen aguacero después de un corto y seco intervalo, puede hacer florecer el cafeto muy temprano en el año. La cosecha del año anterior ha sido toda recogida; y éste es el tiempo de remover las ramas de los árboles de sombra para que pueda llegar más luz solar al café, de podar las viejas ramas y ramitas de los arbustos del cafeto, y de limpiar el suelo de las malezas que han crecido altas. Hacia el fin de mes, los frijoles sembrados al vuelo en Octubre están listos para ser arrancados y secados al sol, tal que las semillas puedan extraerse aporreando las vainas.

Mientras la estación seca avanza, las frutas frescas y los vegetales para nuestra mesa escasean, a menos que se traigan de otra parte. Sin embargo, nuestros naranjos usualmente nos dan abundantes frutas para todos los meses secos. El frijolar nos da vainas tiernas al comienzo de Enero, y el maíz plantado entremedio, nos suministra elotes hasta Febrero. En esta época variamos nuestra dieta recogiendo del suelo flores de Poró Rojo bajo los árboles que planté por estaca, que enraizaron y dieron frondosas ramas. (Cuando la estación húmeda se acercaba a su fin en Noviembre, las ramas espinosas perdieron sus hojas trifoliadas, y en Diciembre brotaron de las ramas desnudas, vívidos racimos de flores rojas, delgadas y largas, cada una con forma de machete o espada). Antes de que salga el sol en las mañanas de Enero, ruidosas bandadas de Periquitos Barbianaranjados posan en los árboles de Poró, arrancan flores una a una, y las llevan a su pico con el pie. Basta un picotazo para extraer el néctar; luego la flor cae. Los Bolseros Veraneros tienen un procedimiento diferente. Arrancando una flor, el brillante macho o la hembra opaca, la sostiene contra una rama bajo el pie, mientras su pico agudo raja la base, para hacer el néctar accesible a su lengua. Estas dos clases de pájaros dejan el suelo espesamente salpicado de brillantes flores rojas, que



nosotros debemos recoger con rapidez, antes que los caballos las coman, si queremos cocinarlas para el almuerzo o la cena. Por todo el día, colibríes de largo pico visitan las flores de Poró que periquitos y bolseros han dejado sin tocar. Más tarde, mientras maduran las largas vainas, se instalan en los árboles los Loros Coroniblancos para comer las semillas en pleno desarrollo, aún sin endurecer ni ponerse de color rojo brillante.

FEBRERO

El delicioso tiempo de Enero, a menudo se extiende hasta bastante entrado Febrero; y en nuestros mejores años, cuando algunas lluvias en las tardes interrumpen la sequía prevaleciente, casi hasta fin del mes. Comúnmente, sin embargo, para la última semana de Febrero, pierde la atmósfera su fina claridad cuando se levanta el humo de las quemas en las tierras de siembra, y los pastos comienzan a dorarse.

El despliegue floral en los campos y las orillas de los caminos, mengua cuando las malezas echan semillas y se secan. A pesar de ello, este mes por lo general seco no carece de flores. Ahora la orquídea Lluvia de Oro está en lo mejor; su grueso pseudobulbo resistente a la sequía, emite graciosamente arqueadas inflorescencias de uno a dos metros de largo, cubiertas con cienos de flores de color amarillo brillante. Sobre los árboles y rocas sombreadas, los tallos en manojos tupidos de la orquídea *Sobralia pleiantha* aún despliegan flores color crema, que comienzan a expandirse al amanecer, difundiendo su delicada fragancia a través de las brillantes horas matinales y se cierran al mediodía para no abrirse ya más. Sobre los nidos de tierra, grandes y globulares, construídos por pequeñas hormigas en lo alto de los árboles, los tallos agrupados y rígidamente erectos de otra orquídea, la *Epidendrum imatophyllum*, se coronan de racimos de pequeñas flores rosadas, visibles desde lejos. Sobre similares nidos de hormigas, la orquídea Flor de Cucharón,

Periquitos Barbianaranjados, flores de Poró Rojo (izquierda) y vainas con semillas (derecha)



encuentra de algún modo suficiente humedad, durante este mes seco, para llenar sus grandes labelos en forma de copa, con agua que juega un papel esencial en sus extrañas transacciones con los insectos polinizadores. En los altos bosques de segundo crecimiento, la Pasionaria Escarlata despliega grandes flores sobre vástagos casi desnudos de hojas, cerca del suelo, para ser polinizadas por los colibríes Ermitaños Colilargos que gustan de la sombra, mientras las hojosas enredaderas trepan hacia la luz del sol.

Un buen aguacero en la tarde durante este mes generalmente seco, hará que la plantación de café, entre en plena floración nueve o diez días después. Por un solo día los arbustos de hojas lustrosas se cubren profusamente de flores blanquísimas y fragantes que atraen a una multitud de pequeñas abejas y otros insectos. Al día siguiente las flores se decoloran. Como el cafeto, varias especies de *Miconia*, altos arbustos o esbeltos árboles de la familia melastomácea, suelen florecer simultáneamente en Febrero, cada especie a su propio tiempo. Por cierto día, todo árbol de la misma clase en la finca, está cubierto con pequeñas flores blancas rumorosas de abejas. Cuando los árboles de Poró Rojo que crecen alrededor de la casa dejan de florecer, los Periquitos Barbianaranjados vuelven su atención hacia los más altos árboles de Poró Anaranjado que yo planté por semilla, en una esquina del jardín. Pueden extraer el néctar de las flores más abiertas de este árbol Suramericano sin arrancarlas. Ellos comparten el banquete con los Bolseros Veraneros, varias clases de mieleros y brillantes colibríes que parecen descoloridos contra el cielo. Otro árbol plantado, el Carao, se adorna con panojas de flores color rosado intenso durante este mes en que nuestros árboles nativos de mayor colorido están aún sin florecer.

Cuando hace luna llena, en los meses secos los Cuyeos o Pocoyos repiten sus claros y quejumbrosos silbidos durante toda la noche. Colibríes Colidorados, Rabirrufos, Pechiazules y otros más, que se juntan en grupos de enamorados continúan cantando en Febrero; pero si la sequía arrecia y las

Orquídea (*Sobralia* sp.)

flores escasean hacia el fin de mes, caen en silencio hasta que las lluvias de Abril refrescan la vegetación. Otros pájaros entran a cantar progresivamente con anticipación a su época de anidar. Ahora en Febrero, los mosqueros, desde el gran Mosquerón Picudo hasta el pequeño Espatulilla Común, modulan en la madrugada animados o fantasiosos cantos que son raras veces oídos a plena luz del día. Túrdidos, fringílidos y tangaras repiten sus gorjeos en forma progresiva durante este mes, aunque difícilmente con total intensidad.

En Febrero continúa el trabajo de limpieza y poda de la plantación de café. Ahora sobre tierra fértil, bien descansada, demasiado rocosa para arar, rozamos los matorrales y árboles de rápido crecimiento, que se secan prontamente bajo la calurosa luz solar. Al fin del mes, quemamos para limpiar el terreno y plantar maíz. Si esperamos demasiado hasta entrar en Marzo, cuando la tierra y la vegetación en pie usualmente se secan, el fuego ardería con más violencia, causando mayor daño al suelo y aumentando el riesgo de propagarse incontrolablemente por toda la finca.

La asistencia creciente al comedor de los pájaros me recuerda que las frutas silvestres escasean a medida que la sequía continúa. Por fortuna, con una breve y ocasional interrupción, nuestra plantación de bananos aporta suficiente para los pájaros y el mantenimiento de la casa durante todo el año. Nuestro naranjal también da suficiente para comer y vender. Ahora el Itabo, una especie de *Yucca* con ramas gruesas y carnosas y hojas largas, estrechas y puntiagudas, desarrolla sus generosos panículos de grandes flores blancas que nunca producen semillas. Preparadas como legumbres o ensaladas, añaden variedad que es bienvenida para nuestra dieta. Los cultivos de raíces como Yuca Dulce y Tiquisque (un aroideo de hoja grande) pueden recolectarse en cualquier estación, y nuestro granero aún guarda maíz para hacer tortillas y alimentar las gallinas.

MARZO

Cuando vine por primera vez a El General, Febrero era por lo común nuestro mes más seco, pero ahora con más frecuencia es Marzo, un cambio probablemente debido a la vasta destrucción del bosque en las últimas cuatro décadas. A pesar de que el Gobierno, la radio y la prensa urgen a los finqueros no quemar en beneficio del suelo, las quemas anuales continúan en gran escala. Mucha de la tierra en el valle y los cerros circundantes—inclusive algo de nuestros mejores campos— es tan rocosa o inclinada que arar es muy difícil, y la quema, el único método económicamente factible de preparación para la siembra del maíz y otras cosechas que requieren área considerable. En adición a esta quema necesaria, ocurre mucho más cuando los finqueros descuidadamente permiten que sus fuegos se salgan de límite y corran sin control sobre los campos vecinos y los bosques. Otros incendios son provocados impensadamente o por capricho. El último año, un malicioso transgresor pegó fuego a varias áreas de matorral seco que nosotros habíamos cortado para hacer una milpa donde se sembraría maíz, pero que aún no había sido circundada por una ronda, para contener el fuego. Afortunadamente los matorrales colindantes estaban todavía húmedos y la conflagración no se propagó mucho.

A medida que Marzo avanza, la carga de humo en el aire aumenta, hasta desaparecer los picos distantes, el sol se levanta con un angustioso y deslumbrante resplandor rojo, el cielo ya no está azul durante el día y las estrellas no brillan en la noche. La atmósfera que era tan vigorizantemente clara y pura en Enero, ahora viene a ser oscura y opresiva. A mediodía, el termómetro sube a veces hasta treinta grados centígrados y en ocasiones arriba de treinta y dos. Por la tarde caen fragmentos chamuscados de vegetación sobre el patio de la casa, el corredor y aun sobre mis papeles de escribir. A los efectos del tórrido y enervante calor se añade el temor de que Los Cusingos se esté quemando; porque resulta difícil juzgar si una columna de humo que



se levanta sobre las copas de los árboles, viene de nuestra finca o de otra distante.

En la floresta, donde el sonido prevaleciente es el persistente “chirrilín” de las grandes chicharras, las hojas secas caen hasta cubrir espesamente el suelo. Si bien más ralo que en los meses lluviosos, el alto y hojoso dosel cubre gran parte del cielo, pocos árboles pierden todo su follaje y algunos todavía encuentran suficiente humedad en lo profundo del suelo para renovarlo en tiempo más árido. Los arbustos del bosque con raíces más superficiales la pasan peor que los árboles que les dan sombra; en años más secos sus hojas y verdes retoños se marchitan tristemente: una visión que deprime. El suelo tostado se agrieta. En bosques y campos, las flores aunque no desaparecen del todo, son raras. El zacate se torna dorado y los animales de pasto subsisten a base de yerba seca, a menos que se les proporcione alimento especial. Aquí en las estribaciones, recibimos más lluvia que en el fondo del valle y nuestros pastos pueden permanecer verdes mientras que los de abajo están resecos y de color pardo.

Como para alegrar el espíritu deprimido por el aire poluto y la visión de la vegetación marchita, algunos de nuestros árboles más espléndidos florecen en la culminación de la sequía. Ahora los elevados árboles de Jacaranda de Hoja Grande, aún en pleno follaje, cubren sus copas redondeadas con un glorioso espectáculo de flores de color azul lavanda. A lo largo de los cercos, los árboles de Madero Negro plantados como postes vivos, revisten sus ramas sin hojas con racimos de flores rosadas, apetecidas por bolseros y colibríes. Al borde del bosque, una trepadora de la familia de las polígales, *Securidaca sylvestris*, despliega flores parecidas a las del frijol, de un delicado color rosado. Hacia el fin del mes, los abundantes Árboles de Mayo, puede que adornen con oro sus cabezas.

La escasez de flores productoras de néctar, silencia a los colibríes quienes en este mes tienen menos nidos que en cualquier otro. La única especie

Colibrí Cabeciazul

que he encontrado anidando libremente en Marzo, es el colibrí Cabeciazul, que construye su nido en forma de copa velluda encima o al lado de las corrientes de agua, en lo profundo del bosque húmedo. Ahora, cuando las hierbas secas botan muchas semillas, las palomas y tortolitas que buscan su alimento en el suelo, están en la culminación de su época de reproducción. Los pájaros carpinteros también anidan temprano. Otros pájaros cantan progresivamente en Marzo y comienzan a construir nidos; muchos incluso ponen huevos anticipándose a un tiempo más favorable.

Comenzando a principios de Marzo y continuando hasta bastante entrado Abril, grandes bandadas de Gavilanes de Swainson, emigrando desde América del Sur hacia el Oeste de los Estados Unidos, atraviesan con frecuencia el cielo de horizonte a horizonte. Donde el aire caliente se eleva por encima de un declive asoleado, se detienen en su vuelo hacia adelante, para ascender en espiral y recuperar la altura perdida durante su deslizamiento de avance. Ingieren poco o ningún alimento en su jornada y son renuentes a gastar energía batiendo las alas. Con ellos viajan a menudo unos pocos Gavilanes Aludos, que además emigran hacia el Norte en bandadas propias mucho más pequeñas.

Aquí donde la estación seca es más corta que a lo largo de la vertiente del Pacífico en buena parte, Marzo es el mes para sembrar. Después de uno o dos aguaceros que anuncian el regreso de los días húmedos, sembramos maíz en el terreno despejado por la quema. Entre medio, plantamos ayotes y algunas veces frijoles que se enroscan en las matas del maíz. Si hay necesidad de aumentar la plantación de banano, éste es el mejor tiempo para hacerlo. Los cultivos de raíces —Yuca, Taro, Tiquisque— se siembran ahora, justamente antes de comenzar las lluvias. En fincas vecinas, donde grandes plantíos de caña de azúcar han reemplazado a las pequeñas manchas que se sembraban en años anteriores para hacer azúcar negra en trapiches de bueyes,

el corte de la caña continúa durante toda la estación seca. Los tractores arrastran trenes de *trailers* bien cargados, hacia un ingenio distante, que la convierte en toneladas de azúcar refinada.

En Marzo, la finca no aporta nada nuevo a nuestra mesa. Mientras sigue el tiempo seco, el Itabo produce grandes panículas de flores comestibles. Las naranjas y los bananos están aún en plenitud, del suelo reseco pueden extraerse las cosechas de raíces feculentas, y hay maíz del año pasado en el granero.

ABRIL

Cuando joven en Maryland, no esperaba más gozosamente los suaves días de primavera después de un duro invierno, como ahora las lluvias con que termina una severa estación seca. A veces vienen en Marzo, raramente más tarde que al principio de Abril. Cuando avanza la mañana, las nubes se reúnen oscuramente contra las altas montañas del noreste. Gradualmente se extienden hacia adelante, al mediodía cubren el cenit, mientras esperamos ansiosamente las aguas que cargan. Muchas veces se disuelven al avanzar la tarde, permitiendo que la luz solar, ya no más apetecida, nos golpee fieramente. Tal vez caigan algunas gotas antes de que las nubes se disuelvan a lo lejos, frustrando nuestro deseo de una lluvia refrescante. Pero arriba en los cerros, puede haberse desatado un diluvio, haciendo crecer el río que brama ruidosamente cuando pasa por la orilla de nuestra tierra reseca, cargado de cieno, hojas y ramas, acumulados en su cauce mientras la corriente estaba baja.

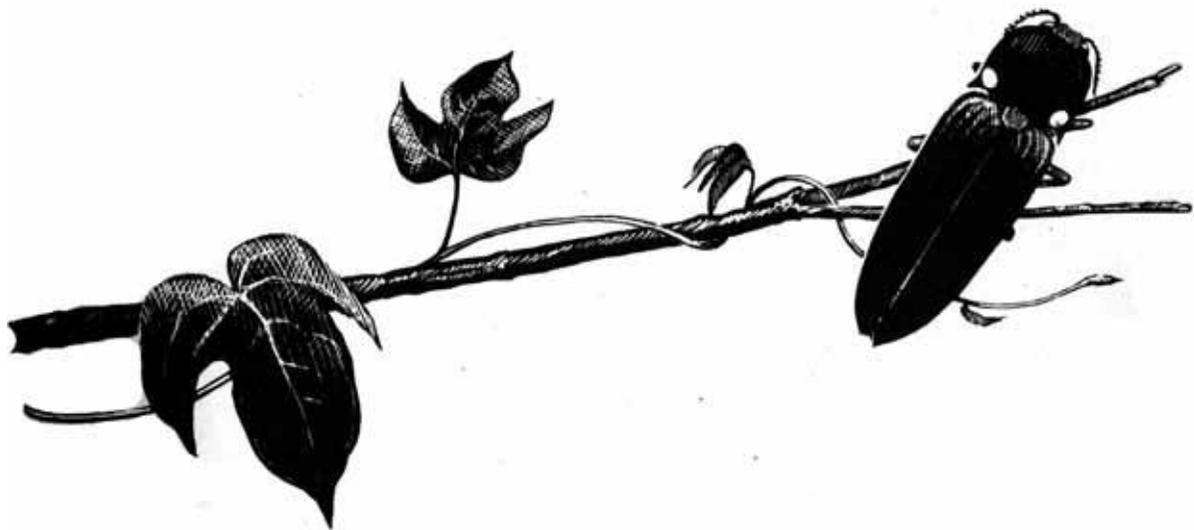
Después de nueve meses lluviosos, el advenimiento de la estación seca resulta placentero; pero se reciben con más delicia y gratitud las lluvias que dejan el aire limpio de humo y polvo, traen de regreso las estrellas brillantes

por la noche, refrescan el follaje mustio, estimulan los pájaros a cantar más alegremente y termina el peligro de incendio de los matorrales. Después de unos cuantos aguaceros, la tierra se transforma, fresca y verde de nuevo, como si las tensas semanas finales de la estación seca, no la hubiesen oprimido nunca. Más que los floridos días de Enero, ésta es nuestra verdadera primavera, cuando germinan las semillas, brotan nuevos retoños de los descansados bulbos y tubérculos, cantan y anidan los pájaros. A diferencia de la primavera de latitudes más altas, el comienzo de la estación húmeda es sobre todo tiempo de crecimiento vegetal, y no de floración, si bien las flores no faltan del todo.

En el crepúsculo grandes luciérnagas *Pyrophorus*, centellantes con dos luces verduzcas como ojos sobre la parte superior del tórax y otra roja más grande bajo el abdomen, tejen erráticos caminos entre los árboles y a veces se meten por las ventanas abiertas. Si alguna cae sobre su lomo, brinca en el aire con un chasquido, a manera de los escarabajos elatéridos.

A menudo los palos de Jacaranda continúan floreciendo en Abril; y por ciertos años, durante este mes están en lo mejor. Ahora los árboles que más color añaden a nuestro verde valle, las dos especies de Arboles de Mayo, deleitan el ojo con sus copas como cúpulas casi sólidamente cubiertas de brillantes flores amarillas, atractivas a las abejas y los Colibríes Ventri-blancos. Tales árboles, elevados y siempre verdes, siguen floreciendo aquí profusamente en Mayo, e inclusive durante Junio sobre laderas más altas, donde los vemos a lo lejos. Por ciertos días de Abril, espejeantes parches blancos llaman la atención hacia un árbol o arbusto abundante, de la familia de las melastomáceas, que florece con precisión bien concertada. Más dulcemente perfumados que las pequeñas flores melastomáceas, los azahares de los palos de naranja, durante una semana o más, difunden su fragancia a través de nuestro jardín y de las habitaciones abiertas.

Luciérnaga *Pyrophorus*



En Abril maduran las pequeñas bayas de los árboles melastomáceos que florecieron en Febrero, nutriendo a pájaros de muchas familias. Otros árboles y enredaderas abren sus vainas para dejar al descubierto las semillas envueltas en suaves arilos, ansiosamente buscados por los pájaros, quienes propagan la semilla no digerible a lo largo y a lo ancho. El aceite abundante de tales arilos puede ayudar a los pájaros migratorios a almacenar combustible para sus largos vuelos hacia el norte, porque éste es el mes cuando desaparece la mayoría de aquéllos que invernaron entre nosotros, quedando sólo unos pocos que partirán en Mayo. Las especies que han pasado los meses del invierno norteño en Sur América, parcial o totalmente, descansan de su larga travesía para compartir la bondad de nuestros árboles. Los Vireos Ojirrojos devienen abundantes, las Tangaras Escarlatas machos destellan entre el verdor; innumerables Zorzales de Swainson revolotean a través del bosque cantando mucho, lejos de sus residencias de verano. Ocasionalmente una bandada de Tiranos Norteños, aparece de pronto, se detiene un día o dos y luego sigue su camino. Igual que golondrinas y gavilanes, los tiranos emigran de día, en vez de noche como lo hace la mayoría de los pequeños paserinos. Con abundante suministro de frutillas e insectos, los pájaros residentes, entran ahora a su temporada más plena de canto y libre reproducción. En Abril he encontrado más nidos con huevos, de más especies, que en otro mes. Antes de finalizar Abril, muchos pichones han emplumado.

Si la siembra de maíz, arroz y otros cultivos no ha terminado, aún es tiempo de continuarla. Después que las lluvias se hacen frecuentes, debe plantarse la hortaliza. Mientras se espera que crezcan las cosas pueden limpiarse los pastos de maleza, reparar los cercos, podar los setos y hacer los trabajos suplementarios.

MAYO

Mayo es un mes de brillantes y soleadas mañanas durante las cuales las nubes se aglomeran contra la alta cordillera, para soltar su carga de agua en torrenciales aguaceros que hacen crecer y bramar el río en las tardes. Fue al principio de Mayo cuando una de esas avalanchas rompió un cauce lateral que el Río Peñas Blancas había abandonado hacía tiempo, lanzando la mitad de sus aguas a través de nuestra finca y dejándonos una isla de difícil acceso.

Con brillante luz solar y abundancia de agua, la vida animal y vegetal logra su marea de inundación. En ningún otro mes, es tan impresionante la riqueza y vitalidad de la naturaleza tropical. El aire mismo lavado por la lluvia parece estar cargado de fertilidad. Los procesos vitales son contagiosos; ver y sentir plantas y animales en torno mío viviendo más intensamente, intensifica mi propia vida. Oyendo cantar los pájaros, observándolos construir sus nidos y alimentar sus crías, contemplando el maíz que germina, despierta mi deseo de actividad. Aunque el aire ahora puede ser menos vigorizante que al inicio de la estación seca en Enero, encuentro el comienzo de la estación lluviosa más estimulante, intelectual y físicamente. En Enero los días secos y brillantes inspiran un inquieto deseo de vagabundear; en Mayo no tengo el menor deseo. Hay tanto que ver y aprender y disfrutar cerca de mí, que el solo pensamiento de dejar la finca me perturba.

Los Arboles de Mayo aún despliegan flores doradas encima de su follaje lustroso. Por este tiempo los altos y simétricos arbustos de *Palicourea guianensis*, que crecieron en nuestro jardín de semillas botadas por los pájaros, dan generosas panojas de flores color amarillo brillante y pecíolos anaranjados, encima de hermosas hojas prominentemente nervadas. A veces un Colibrí Rabirrufo, reclama alguno de estos arbustos y pretende excluir todo competidor, inclusive grandes abejas y mariposas. En ciertas noches de Mayo los

altos arbustos de *Cestrum*, otra planta silvestre que crece espontáneamente en el jardín, abre una multitud de pequeñas flores blanco-verdosas, que llenan el aire de fragancia. Aunque menos florido que Diciembre y Enero, el paisaje en Mayo aporta su cuota de atavíos florales.

Las melastomáceas leñosas, aún dan muchas bayas, mientras otros árboles y enredaderas atraen a los pájaros con semillas ariladas, ricas en aceite. La abundancia de frutas silvestres se atestigua por el hecho de que ahora, aunque alimenten a sus crías por todas partes, los pájaros consumen mucho menos banano de nuestro comedor. En Mayo se inician menos nidos que en Abril pero hay más pichones. Hasta los colibríes, cuyos nidos eran raros en Marzo y Abril, comienzan de nuevo a reproducirse más libremente. Las cuatro especies de colibríes ermitaños de color opaco en Los Cusingos —el Colilargo, el Enano, el Bronceado y el Barbudo— atan sus nidos con telaraña bajo puntas colgantes de frondas de palmera, o de una tira de hoja de banano, que forman un techo verde encima de ellos, pero aun las especies que ponen sus dos huevos en velludas capas abiertas, incuban y crían sus pichones bajo los aguaceros de Mayo. A mitad del mes, todos los emigrantes nos han dejado, a excepción de unos pocos extraviados que se rezagan. No dudo que muchos podrían procrear exitosamente aquí, donde pasan la mayor parte de sus vidas. ¿Por qué entonces se van tan lejos, con gran riesgo, para reproducirse?

Los nidos de pájaros en árboles y arbustos de nuestro patio atraen culebras, incluyendo Micas moteadas de amarillo y negro de hasta dos metros de largo y culebras arbóreas delgadas de color verde brillante, las cuales casi nunca miramos cuando termina la temporada de anidar. Afortunadamente, las de clase venenosa raras veces invaden nuestro patio. Las ardillas, también toman su porción de huevos y pichones. Donde quiera que aniden, los pájaros pierden una alta proporción de sus crías por causa de depredadores hambrientos.

Nido de Colibrí Ermitaño Bronceado





Este es el mes en que limpiamos la milpa y otros plantíos de malezas que crecen rápidamente. Casi siempre las yerbas indeseables se recortan por la bajo con un machete largo o se raspan con uno ancho, sin romper el suelo y exponerlo a la erosión de los aguaceros de Mayo.

JUNIO

Junio tiene menos lluvias que Mayo pero más mañanas nubladas. Después de los excitantes días de Mayo, hay un algo de anticlímax, con menor despliegue floral para romper la monotonía del follaje lozano que aumenta con rapidez. Aunque las flores revientan todavía, deben buscarse con más atención entre el verdor. En las plantaciones de café y banano y en los sitios rocosos del pastizal a la orilla del río, una hierba elegante de la familia de las generiáceas, *Tussacia Friedrichsthaliana*, abre ahora sus bonitas flores rojo-amarillas, que emergen de verdes cálices en forma de copa, llenos de agua. Nacen sobre carnosos tallos de hoja grande, de treinta a sesenta centímetros de altura, que en Abril brotan de gruesos tubérculos que habían permanecido dormidos en el rico suelo durante los meses secos —hábito de crecimiento bastante común en las tierras del Norte pero raro aquí en los trópicos húmedos. Un vigoroso arbusto epifítico de la familia de la papa, *Lycianthes synanthera*, despliega manojos de pequeñas flores azul lavanda, que atraen muchos abejorros recolectores de polen.

Con la disminución de las bayas que las leñosas melastomáceas proveen a los pájaros, éstos cantan y anidan menos, pero muchos, especialmente quienes perdieron su primera puesta, continúan incubando huevos o alimentando crías en Junio. Los diminutos espigueros, habiendo esperado hasta madurar las semillas del zacate que retoñó al regresar las lluvias, están ahora en la culminación de su época de reproducción, con posterioridad a la mayoría de nuestros pájaros. He encontrado más nidos de colibríes en Junio que

Espiguero Variable

en cualquier otro mes, pero sólo uno más que en Diciembre, cuando estuvieron representadas ocho especies. En Junio sólo siete.

El maíz despliega ahora polvorientas inflorescencias, a una altura del suelo, el doble de mi estatura. En ciertos años cuando las ocasionales lluvias que siguen a los intervalos secos, hacen florecer los cafetos repetidamente desde Enero a Marzo o Abril, sus frutos comienzan a madurar en Junio, y entonces se inicia el corte o cogida. Al tiempo de mermar las pequeñas bayas silvestres de rápida maduración, atractivas a los pájaros, empiezan a darse las frutas mayores que nosotros comemos. Pronto nuestra mesa, que durante Abril y Mayo tuvo poca variedad de alimentos cultivados en casa, se surte abundantemente con productos de nuestra tierra. Los palos de aguacate, florecidos al comenzar la estación seca, nos entregan ahora sus frutos. La compensación de una sequía prolongada es una buena cosecha de mangos. Su flor no soporta la humedad. El palo de mango al lado de mi estudio, que en una sucesión de años con ocasionales lluvias durante el primer trimestre, no da una sola fruta después de florecer profusamente, ofrecerá después de una verdadera estación seca, más mangos de los que podemos comer nosotros, el caballo y las guatusas, o desear nuestros vecinos.

Los frutos de la palma del Pejibaye maduran ahora sobre delgados troncos que crecen hasta quince metros de altura y se erizan con negras espinas como agujas. Apear los pesados racimos de estas frutas de semilla única, desde los árboles más elevados, es trabajo pesado; nosotros utilizamos una vara larga de bambú con un palo ganchudo atado al extremo. Las frutas de la palma deben cocerse, porque su carne sólida, nutritiva, de color anaranjado o amarillo, quema la boca si está cruda. La hortaliza produce ahora mostaza, repollo chino, rábanos, pepinos y oca, mientras la milpa nos da elotes y ayotes tiernos que se cocinan como el "squash". Todavía cuelgan de los palos, doradas naranjas de la floración pasada, y el platanar no falla. Junio y Julio traen la mayor abundancia a nuestra casa.

JULIO

Aunque el tiempo sigue húmedo, Julio es con frecuencia el mes de precipitación mínima entre Mayo y Noviembre, sugiriendo la segunda estación seca que a pocos grados más cerca del Ecuador, llega cada año. Si la lluvia se interrumpe por tres días o cuatro, raras veces más, al final de Junio o en Julio, la gente del pueblo habla del “Veranillo de San Juan”.

El crecimiento vegetal todavía tiene precedencia sobre la floración y la fructificación, aunque puede encontrarse una considerable cantidad de flores y frutas buscándolas diligentemente. Un alto arbusto o pequeño árbol de la familia de las verbenáceas, *Cornutia grandifolia*, levanta ahora generosas panículas de pequeñas flores color violeta sobre grandes hojas aterciopeladas. Si se permite a esta planta silvestre permanecer en un patio o pasto donde tenga plena oportunidad, viene a ser un ornamento tan hermoso como cualquier lila en tiempos de Mayo. En el bosque, un miembro arborescente de la familia del cafeto, *Cephaelis elata*, despliega sus manojos compactos de pequeñas flores blancas entre dos grandes brácteas rojas que atraen a la Ninfa del Bosque Coroniazul y otros colibríes. También en el bosque, una heliconia o plátano silvestre, desarrolla largas brácteas amarillas bordeadas de rojo, en un despliegue llamativo atrayendo colibríes hacia la esbeltas flores amarillas que estas brácteas abrazan. En lugares más abiertos, una alta heliconia llama la atención por sus grandes brácteas anaranjadas. *La Tussacia* sigue floreciendo con profusión en sitios rocosos ligeramente sombreados. El color más brillante de nuestro paisaje lo proporciona un árbol foráneo del Africa, la Llama del Bosque (o Tulipán) de flores rojas, que se ha propagado por sí mismo mediante semillas aladas y ahora se yergue flameando entre el verdor prevaleciente.

Los días ahora amanecen sin aquellos coros de múltiples voces que los alegraban desde Marzo a Junio. Los Yigüirros o Cenzontles —principales

coristas— han caído en silencio; y la mayoría de los otros pájaros, cantan cuando más, esporádicamente por las mañanas. Aunque he encontrado tantos nidos durante Julio como en Junio, pertenecían a menos especies. Los espigueros, que anidan tarde, proporcionan ahora una gran parte de los cantos y nidos. Hacia el fin del mes arriban los pibies, primeros emigrantes del norte en retornar. Si permanecen silenciosos, no sabría decir si estos pequeños mosqueros de color plano, pertenecen a la especie oriental u occidental.

Cuando maduran las frutillas verdes del alto Palo Lija al extremo del jardín, los Monos Cara Blanca vienen a comer el mucílago fino y dulcete que rodea su semilla única, dura y achatada. Mientras comen, una lluvia de semillas y cáscaras vacías cae ruidosamente, llamando la atención hacia esos tímidos primates, que al momento de sentirse observados, huyen dentro del bosque entre guturales protestas.

Julio es el tiempo para limpiar los potreros de malezas de rápido crecimiento, rozándolas con machetes largos antes que sombreen al zacate. Tal vez el policía traiga una orden para componer la ronda de la finca, o sea la faja de suelo matorraloso o lleno de malezas que bordea el camino público. Si no comenzó ya en Junio, ahora empieza la cogida o corte del café. Al fin de mes ha pasado la cosecha de mangos y aguacates, pero las palmas de Pejibaye continúan sufriendo sus racimos cargados de frutas y en el árbol Fruta de Pan, sazonan ya sus grandes globos sin semilla, verdes y lechosos.

AGOSTO

Agosto, el mes en que maduran los granos, trae ciertas mañanas transparentes, a menudo seguidas de aguaceros por la tarde, recordándonos que la estación lluviosa va llegando a su clímax. Detalle placentero de este valle,

Mono Cara Blanca



particularmente agradable a los observadores de pájaros, es la ausencia completa de vientos largamente continuados. Podemos pasar años con apenas ligeras brisas transitorias. Sin embargo, entre largos intervalos, sopla un viento de tornado después de una soleada mañana, en la estación lluviosa. Puede durar un cuarto de hora, y aunque no afecte gran extensión, es posible que se presente con tal violencia que arrase un plantío de maíz en maduración, quiebre las ramas de los árboles y corte una estrecha abra a través del bosque. Los más dañinos de estos ventarrones que recuerde, sucedieron en Agosto hace muchos años.

A pesar de las fuertes lluvias, los palos de Candelillo, desperdigados en potreros, se cubren con flores color amarillo brillante de una fragancia delicada. Su congénere, *Cassia bacillaris*, elevado arbusto que también crece espontáneamente en potreros, compite con ellos por el servicio de las abejas recolectoras de polen para fertilizar sus propias flores amarillas. En el bosque, ningún árbol se ve ahora tan colorido como el alto Cerillo, cargado de globulares flores rojas que, sostenidas arriba en las copas, pueden confundirse con racimos de frutas en forma de cerezas. Mientras duran sus flores, el Cerillo es constantemente visitado por dos clases de colibríes que raras veces vemos en otro tiempo, el Orejivioláceo Pardo de color parejo y el elegante Nuquíblanca. También ahora uno de nuestros arbustos nativos más finos, de hoja aterciopelada, frágil miembro de la familia de las acantáceas, *Poikilanthus macranthus*, se adorna con esbeltas flores azul lavanda, de unos ocho centímetros de largo, que inducen a los colibríes Rabirrufos y Ermitaños Enanos, hacia los bosques altos de segundo crecimiento donde medra entre suelo rico. Desde el árbol sobre el cual crece, la orquídea *Stanhopea* difunde un fuerte olor a especias, que atrae grandes abejas. Las dos proyecciones, curvadas como cuernos, de los labios de esta orquídea curiosamente conformada y moteada, le han valido el nombre de "torito".

Durante una mañana agradable, se puede oír gorjear a muchos pájaros, pero raras veces tantos como en Abril o Mayo. Los cantores principales son ahora los Piquigrosos Negro-azulados y los Semilleros Piquigrosos, ambos comedores de maíz y otras semillas de gramíneas y que anidan tardíamente. A veces de madrugada, un Cabezón Aliblanco, invisible entre el denso follaje de un árbol, repite sus dulces notas incansablemente. Desde el nivel superior del bosque vienen los agudos silbidos del Vireón Esmeraldino, en rápida sucesión de tres o cuatro; su llamado me recuerda que ni yo, ni ningún otro naturalista, hasta donde sé, ha encontrado nunca el nido de este pájaro abundante y ampliamente difundido, tan difícil de detectar entre el verdor con el cual se mezcla. En Agosto, he encontrado tantas clases de pájaros reproduciéndose como en Julio, pero tienen menos nidos. Las palomas que se alimentan en el suelo de los bosquesillos y plantaciones, ahora anidan por segunda vez, después de un intervalo en Mayo y Junio en que descansaron mientras la mayoría de los otros pájaros pequeños estaban criando.

Por este tiempo, después de haber levantado sus pichones, el último de los Elanios Tijeretas parte hacia su casa de invierno en América del Sur, dejando un vacío en nuestro cielo. Alrededor del primero de Agosto, aparecen los Andarríos Maculados a lo largo de los ríos. En las siguientes semanas llegan del norte otros emigrantes, pero el influjo principal sobre nuestro valle bordeado de montañas, viene más tarde.

Algunas veces en Agosto, multitud de mariposas *Urania fulgens* que a pesar de clasificarse entre las nocturnas, vuelan de día, pasan sobre nuestras cabezas en su ruta hacia Panamá y América del Sur, o se detienen para libar néctar de las flores blancas, que parecen brochas de empolver, del árbol de Guaba. Estas hermosas mariposas negras, adornadas con bandas y puntos de verde dorado, son de tamaño y forma de una mariposa cola de golondrina, con la cual se confunden fácilmente. Después de una migración hacia el Norte a principios del año, principalmente durante Abril y Mayo, regresan



hacia el Sur en mayor cantidad desde Julio a Septiembre. Por años recientes, no he visto vuelos espectaculares, como era común en décadas pasadas.

A mediados de Agosto, las pesadas mazorcas de maíz comienzan a doblarse sobre sus tallos secos. Entonces es tiempo de tapiscar, antes que la tusa decaiga. Si las mazorcas recogidas permanecen en el suelo por la noche, esperando la carreta de bueyes, se cubren cuidadosamente para protegerlas de una remojada, por la lluvia de la tarde, que las haría enmohecerse en el granero. Con el maíz se recogen grandes ayotes de dura corteza, de diferentes tamaños y formas, que almacenados en lugar seco, se mantendrán sanos y comestibles, bien entrado el siguiente año.

SEPTIEMBRE

Aunque Septiembre es usualmente más húmedo que Agosto, no faltan días soleados; algunas veces, una semana o más de tiempo moderadamente seco, interrumpe las lluvias. El Candelillo, el Cerillo, la Llama del Bosque, y el arbusto *Poikilacanthus*, a la sombra del bosque continúan floreciendo. Sobre las rocas del potrero a la orilla del río, una *Sobralia* abre sus corolas fragantes a intervalos durante el mes. Todas las plantas en la vecindad florecen el mismo día, luego pasan dos o tres semanas sin hacerlo, después de las cuales todas florecen simultáneamente de nuevo. Por un solo día de Agosto o Septiembre, la arbustiva o arborescente *Miconia Norteña*, se cubre con una vasta multitud de pequeñas flores blancas, cuyos pétalos diminutos caen en los siguientes días como copos de nieve.

Muchos pájaros trinan esporádicamente, pero pocos están en plenitud de su canto. Los vocalistas más abundantes son Reinitas Mieleras y colibríes Pechiescamados. Estos dos libadores de néctar, junto con las palomas que se alimentan en el suelo, contribuyen con una parte sustancial a los pocos nidos de ciertas especies que he encontrado durante este mes.

Urania fulgens



Septiembre, cuando el sol cruza el Ecuador para entrar en el Hemisferio Sur, es sobre todo el mes de las migraciones. Ahora el último de los Vireos Cabecigrises, y casi el último de los Mosqueros Piratas, siguen al Elanio Tijereta hacia el sur. Para compensar por la pérdida de estos residentes de verano, llega una hueste de residentes de invierno, principalmente hacia finales del mes. Entre ellos hay once especies de reinitas de los bosques, el Vireo Ojirrojo, la Tangara Veranera, el Sabanero Arrocero, el Bolsero Veranero, la Golondrina Tijereta, el Mosquerito Ventriamarillo y el Gavilán Aludo. No se les ve venir; por un día no se encuentra un solo individuo de cierta especie migratoria; al día siguiente ya están presentes, actuando como perfectamente familiarizados con la vegetación y alimentos de esta región tan diferente de aquélla en donde emplumaron a miles de kilómetros lejos —una maravilla de adaptación. De estos recién llegados, solamente las golondrinas emigran conspicuamente de día. Ellas continúan hacia el sur como el Vireo Ojirrojo y la Reinita Pechirrayada. Los otros permanecen aquí durante el invierno norteño, algunos, inclusive la Reinita de Costilla Castaña y el Bolsero Veranero, en tal número que se cuentan entre nuestros pájaros más abundantes.

En ciertos años, las mariposas *Urania* continúan pasando a lo largo de Septiembre, aumentando la migración de criaturas aladas hacia el sur. Pero los movimientos más conspicuos son más bien locales que de larga distancia, y ahora, desafortunadamente, cosa del pasado en buena parte. Comenzando a veces tan temprano como Julio pero alcanzando su mayor intensidad en Septiembre, grandes bandadas de Loros Frentirrojos y grupos menores aunque no menos llamativos de ruidosos Guacamayos Rojos, venían hacia la parte alta del valle desde las florestas donde anidaran. Tanto los loros como los guacamayos vuelan en parejas dentro de la bandada, conteniendo ésta también algunos solteros y tríos. Después de banquetearse con frutas maduras de los árboles del bosque, incluyendo semillas aladas de los Árboles de Mayo, regresaban hacia la parte baja del valle. Hoy, con la destrucción de los

Loros Frentirrojos

bosques, sólo bandadas de Loros Frentirrojos, tristemente disminuidos nos visitan; guacamayos nunca.

Ahora ya pasó aquella abundancia frutal de Julio en nuestra mesa. Las palmas de Pejibaye dan su última ristra. La principal cosecha de naranjas terminó, pero usualmente encontramos unas pocas provenientes de floración tardía. Algunos finqueros todavía recogen su maíz, pero la mayor actividad a través del valle entero, es la cogida o corte del café.

OCTUBRE

En Octubre la estación húmeda alcanza su clímax lluvioso, con una precipitación pluvial durante el mes, mayor que la obtenida por muchas regiones no desérticas durante todo el año. La lluvia viene principalmente en diluvios por la tarde, que pueden continuar hasta bien entrada la noche. El río crecido brama y retumba mientras arrastra grandes peñascos en su lecho y arroja contra ellos los troncos flotantes. Pero aún ahora hay muchas mañanas sin lluvia y algunas con sol. Ocasionalmente el mes trae un “temporal” —que puede continuar por un día o dos o, raramente, durante una lóbrega quincena— cuando la lluvia cae desde un alto cielo nublado, no solamente en la tarde y la noche, sino también en las mañanas, aunque no tan fuerte como los aguaceros de la tarde. Este es el mes cuando son arrasados los puentes, y las carreteras de montaña bloqueadas o cortadas por deslizamientos de tierra.

Tales excesos de agua pluvial no impiden el florecimiento. Durante un cierto Octubre, no menos de siete orquídeas nativas del género grande *Maxillaria*, florecieron sobre los árboles alrededor de nuestra casa. Ahora la curiosa orquídea epifítica *Elleanthus capitatus* empuja sus pequeñas flores

Café en fructificación



púrpuras, fuera de la cabezuela de jalea incolora y centelleante que envuelve los capullos cerrados y los frutos en desarrollo. Me recuerda un círculo de bocas de polluelos apiñados, mostrando su interior rosado oscuro, cuando se abren para pedir alimento. Durante ciertas noches, perfuman el aire, las flores pequeñas y apiñadas del arbusto *Cestrum*. En los bosques donde las flores azul-lavanda de *Poikilacanthus* han desaparecido, otro arbusto de la familia de las acantáceas, *Razisea spicata*, levanta espigas de brillantes flores rojas con largos y esbeltos tubos que invitan a polinizar a los picudos colibríes Ermitaños Colilargos. Los senderos del bosque están espolvoreados con anchas corolas blancas que caen de los altos palos de Campana.

Las bayas de abundantes arbustos y árboles de la familia melastomácea no son ahora tan copiosas como lo fueron al comienzo de la estación lluviosa, pero una especie de *Miconia* con bonitas inflorescencias azul-lavanda ofrece lustrosas y jugosas frutas negras de seis milímetros de diámetro. Un muérdago con llamativas flores anaranjadas, *Psittacanthus americanus*, recarga las copas de los Árboles de Mayo Colorado, adonde vienen las bellas Cotingas Turquesas a tragar de un golpe las grandes bayas negras del muérdago. Arriba sobre los árboles de Jacaranda de Grandes Hojas, sus vainas leñosas, chatas, color café están reventando en dos anchas valvas, para liberar aladas semillas que caen por todas partes, algunas flotando a través de las ventanas abiertas.

Los trinos de los pájaros y los nidos están en su más bajo nivel. Sin embargo, las parejas de Soterrés Carimoteados, constantemente apareados, proclaman su presencia cuando el macho y la hembra, forrajeando invisibles entre los matorrales de enredaderas, se responden entre sí con musicales versos. Los Zorzales Piquianaranjados continúan todavía repitiendo sus originales gorjeos entre los bosquecillos. Los colibríes ermitaños que cuelgan sus nidos bajo techos de verdes hojas, no los atienden ya; pero, sorprendentemente, al menos tres colibríes, el Rabirrufo, el Ventriblanco y el Pechiescamado, ponen sus huevos y crían sus pichones en copas vellosas y

abiertas, expuestas a los aguaceros de Octubre. En este tiempo inclemente, sus pichones pueden requerir para volar, varios días más que los necesarios durante épocas menos lluviosas. Por algunos años, los pequeños Semilleritos Cariamarillos cantan y anidan en Octubre, pero dentro de estructuras substancialmente cubiertas, con una puerta redonda lateral.

Los emigrantes del norte siguen llegando tardíamente a este valle, que, al menos en otoño, no es una ruta de vuelo principal. Ahora aparecen en nuestros árboles el Vireo Pechiamarillo, la Reinita Alidorada y el Piquigruoso Pechirrosado y se vislumbra entre las sombras boscosas a un ocasional Zorzal de Swainson probablemente viajando a Colombia. Arriba en la punta de los árboles los Piquigruosos muerden hábilmente los embriones de las semillas aladas del Jacaranda. Otros emigrantes se unen a los pájaros residentes en el comedor, donde consumen mucho más frutas que en Mayo, cuando tantos pájaros estaban ocupados alimentando sus pichones. Durante tormentas de larga duración, la mesa del comedor está ocupada con una multitud constantemente cambiante y colorida de tangaras, mieleros, fringílicos, túrdidos, Bolseros Veraneros y Reinitas Verdillas, que a menudo necesitan más banano del que podemos suplir.

Aunque la apetencia de los pájaros por nuestros bananos sugiere que es difícil para ellos encontrar suficientes bayas en los bosques y espesuras, al menos ahora hay una que madura con profusión: los arbustos de cafeto están cargados de brillantes frutas rojas, que en este tiempo húmedo, pronto se pudren y caen sino se les cosecha. En las fincas vecinas, todo hombre, mujer y niño fornido se levanta antes de romper el día, come un desayuno frugal y se apresura hacia la plantación de café con un canasto y su almuerzo, en un esfuerzo por salvar la cosecha. Casi ninguna muchacha hará trabajo en la casa, cuando puede ganar mucho más cogiendo café, entre compañeros parlanchines, reidores y a veces traviosos, quienes hacen que el tiempo pase rápidamente. Sin embargo, cuando la cosecha y las lluvias son excep-



cionalmente pesadas, puede perderse mucho café por falta de brazos para recogerlo. La recolecta entre el follaje goteante y el acarreo de la cosecha a la estación receptora sobre caminos lodosos, bajo aguaceros en la tarde, causan gripe en mucha gente, que no la considera tan importante como el dinero que procura el corte del café.

Hacia fin de mes, si el café deja días libres, se siembran frijoles al vuelo entre la vegetación de segundo crecimiento que está en pie, baja y lozana, la cual se chapoda y se pica para formar una capa protectora entre la cual las semillas pueden germinar. Si todo marcha bien, este plantío dará cosecha cuando regresen los días soleados del nuevo año.

NOVIEMBRE

A principios o mediados de Noviembre, pasó ya el clímax de la estación lluviosa. En cualquier otra parte del lado Pacífico de América Central, la estación seca ha comenzado ya; pero aquí por muchos días amanecerá oscuro y sombrío, y por muchas tardes los aguaceros harán crecer el río, antes de que se establezca el tiempo seco.

A despecho de la continua humedad, muchas plantas parecen anticiparse al advenimiento de los días soleados. Los árboles de Poró Rojo alrededor de la casa, que florecen cuando están sin hojas, comienzan a botar su follaje y aun pueden desplegar las primeras de sus vívidas flores. En algunos años, los robustos árboles de Sotacaballo que se alínean en las orillas pedregosas del río, cubren sus ramas menos gruesas con masas compactas de estambres rosados. Como impacientes por florecer, muchas otras plantas que lo hacen mejor bajo cielos soleados, abren sus primeros botones mientras las lluvias son todavía frecuentes y pesadas. El Arenilla, un árbol de la familia mirtácea abundante en la floresta, madura sus brillantes frutos rojos, de

Actinote antea

suave pulpa tan astringente como los frutos inmaduros del dióspiro. Estas bayas, de doce a treinta y ocho milímetros de diámetro, son demasiado grandes para que las traguen la mayoría de los pájaros. Las tangeras las picotean, pero los yigüirros o cenizontles y los Mirlos Gorgiblanco, escasamente pueden tragar enteras las más pequeñas. Si un yigüirro coge una demasiado grande para deglutirla, la deja caer y prueba otra.

Por Noviembre, han cesado casi los movimientos migratorios. La única especie nueva en aparecer por este mes es el Azulillo Norteño, el macho en plumaje opaco de invierno. Aunque el canto de las aves está a bajo nivel todavía, va en aumento. Al fin del mes, los colibríes machos Cabeciazules y Colidorados, se juntan en grupos gorjeadores, a practicar trinos que repetirán incansablemente durante los próximos meses, para atraer a las hembras. Los Martines Pechigrises cantan y defienden viejos agujeros de pájaros carpinteros, en lo alto de los palos secos, donde anidarán eventualmente. El Espiguero Variable y el Semillerito Cariamarrillo, que se reproducen de nuevo a escala reducida cuando termina la estación húmeda, reasumen su canto también. Las Reinitas Guardarriberas, gorjean profusamente en Noviembre; y en la sombra profunda del suelo del bosque, los Tirahojas Barbiescamados, repiten su bello y vibrante cantar. Entre los muy escasos pájaros que he encontrado anidando en Noviembre hay tres clases de colibríes, el Semillerito Cariamarrillo, y el Carpintero Picoplata, grande y de cresta roja. El otro de nuestros carpinteros grandes y rojo-crestados, el Lineado, comienza a perforar sus agujeros para anidar, pero no lo he encontrado incubando antes de Diciembre.

Las mariposas aumentan al disminuir las lluvias. Fue en un final de Noviembre, hace muchos años, cuando encontré el mayor enjambre de mariposas durmientes que jamás he visto. La especie era *Actinote anteas*, una mariposa de tamaño medio, con alas delanteras color amarillo-pálido y alas traseras naranja-opaco, ambas bordeadas con negro. Ciento quince de estas

mariposas de alto vuelo, posaban de noche sobre delgadas ramas y viejas inflorescencias secas, en la punta de un palo de Burío, totalmente expuestas a la lluvia y a las criaturas voladores de la noche. Evidentemente los murciélagos y los pájaros nocturnos no las encontraron agradables al paladar.

La cogida de café continúa en la finca, a reducida escala. En este tiempo arrancamos los tubérculos de una variedad de Taro llamada “malanga” o “papa de maíz”, cuando mueren sus hojas grandes en forma de corazón. Bien cocida, su carne blanca y suave es tan buena como las patatas.

DICIEMBRE

En diciembre la precipitación disminuye pero no cesa de ninguna manera: La mayor parte viene en ligeras lluvias por la tarde, pero ocasionalmente amanece un día oscuro y sombrío, con lluvia fría que se prolonga hasta el anochecer. Los caminos de tierra suelen permanecer lodosos hasta fin de mes. A menudo, al terminar una lluvia de la tarde, un espléndido arcoiris, o dos concéntricos, se arquean a través del valle en frente de la casa, tan cerca que casi estoy tentado de buscar la botija de oro en su pie. Los arcoiris se desvanecen; los últimos rayos del sol poniente, tiñen la abovedada cima de tres mil metros al noreste, con un bello resplandor rosado que se va oscureciendo lentamente.

Respondiendo a cielos más soleados, los arbustos y hierbas que han estado creciendo vigorosamente durante la estación lluviosa ahora revientan en plena floración. Este es el tiempo sobre todo cuando florecen las plantas compuestas, desplegando profusión de cabezas de florecillas blancas, amarillas o rojas. Aquí, esta familia mayor de plantas florecientes, contiene no sólo malezas sino también arbustos, lianas que trepan bien arriba de los



árboles, y hasta un árbol grande, el *Oliganthes discolor*, que ahora desarrolla amplias panículas de pequeñas flores blancas a veintisiete metros arriba del suelo. Las altas hierbas de menta, fuertemente perfumadas, añaden pequeñas flores purpúreas o de color azul-lavanda al colorido escenario. Las Churriscates, que han escalado matorrales o reptan en las puntas de los árboles, cubren éstos con profusión de flores rosadas, púrpuras, azules o blancas. En las espesuras orilleras del río, un Hibisco Trepador abre grandes flores rosadas, y una Calliandra despliega manojos de largos y rojos estambres. A lo largo de la ribera rocosa del río, la *Begonia cuspidata* de hojas lustrosas, sostiene panículas anchas de flores blanquecinas en la punta de sus tallos con forma de caña, de dos o tres metros de alto. Entre esta profusión también revientan flores similares a las del guisante, de la familia de las leguminosas, amarillas, purpúreas y azules.

Demasiado delicada para competir con la vigorosa vegetación tropical de suelo rico, una de mis flores favoritas, la pequeña y esbelta melastomácea conocida como *Pterolepis trichotoma*, crece en lugares estériles, donde abre sus corolas de doce milímetros de ancho con cuatro pétalos rosados. En esta tierra de exuberante vegetación, tal pequeña planta anual y evanescente es la que más me recuerda las delicadas hierbas de los bosques y praderas del Norte. Sobre las rocas expuestas al bajar el río de nivel, ciertas hierbas fluviales de la familia de las podostemonáceas que recuerdan a las algas verdes o los musgos, más que a plantas de semilla, prontamente despliegan sus pequeñas flores verdosas, para ser seguidas rápidamente por diminutos vasitos de semillas, que se asemejan a cápsulas de musgo.

Algunas de las leñosas melastomáceas de florecimiento tardío, las más generosas suplidoras de los pájaros, maduran sus pequeñas bayas en Diciembre. Pero este es un mes de floración más que de fructificación. Consecuentemente, los pájaros que cantan y anidan ahora son chupadores de néctar más que comedores de frutas o semillas —pequeños pájaros de voces menores.

Nictibio Común

Mientras túrdidos, fringílicos y otros cantores mayores permanecen casi silenciosos, los colibríes y las Reinitas Mieleras hacen lo mejor para que se oigan sus débiles voces. En Diciembre he descubierto ocho especies de colibríes anidando en Los Cusingos —dos más que en cualquier otro mes. (Aunque he encontrado un nido más en Junio que en Diciembre, ello se debió a que los nidos de ermitaños que entonces estudiaba, eran excepcionalmente fáciles de detectar). Las Reinitas Mieleras continúan su reproducción de casi todo el año en este mes florido. Los Espigueros Variables y los Semilleritos Cariamarillos, cantan y anidan de nuevo, pero mucho menos que al comienzo en la estación lluviosa. Los carpinteros grandes rojo-crestados y al menos dos especies de pequeños mosqueros, atienden sus nidos en este mes, y el único huevo de Nictibio Común que he visto, fue puesto muy al comienzo. Desde este pequeño arranque, al pasar de la estación húmeda a la seca, el volumen de nidificación irá regularmente aumentando hasta su clímax en Abril después que las lluvias retornen.

En algunos años, cuando los chaparrones desperdigados a través de los meses secos hacen florecer el café repetidamente desde Enero a Abril, las últimas bayas rojas se recogen en Diciembre. Después que toda la cosecha se recolectó, no es demasiado temprano para preparar la plantación de café para la próxima floración, removiendo malezas, podando ramas secas y raleando la sombra que ha venido a ser demasiado densa durante los meses lluviosos. Diciembre es igualmente un buen tiempo para limpiar potreros, porque el sol calienta lo suficiente para secar las malezas que se chapoden o arranquen antes que los tallos echen raíces y se establezcan más firmemente.

Casi las únicas frutas para nuestra mesa que maduran ahora, son naranjas, bananos y piñas. Para cocinar, puede extraerse del suelo Yuca, Tiquisque y lo último del Taro. La vigorosa enredadera de Chayotes sigue dando sus frutos grandes, verdes y de una sola semilla, uno de los vegetales comunes de

Costa Rica. Debido a los meses secos que vienen, éste no es tiempo de plantar nada, excepto en campos irrigados.

Ahora con la tierra espléndidamente adornada de verdor y flores, el año tropical llega a su fin. Fue un año en que, a despecho de todas las viscosidades, nunca pasó una semana sin que florecieran algunas plantas, brotara nuevo follaje de algunos árboles, maduraran algunas frutas, cantaran y anidaran algunos pájaros, chuparan miel algunas mariposas o abejas. Para quien está acostumbrado a las cuatro estaciones de fuertes contrastes de las latitudes medias, tal año puede parecer monótono. Se pierde de la diversidad provista por los árboles desnudos de hojas y los campos estériles en los inviernos nevados, el renacimiento maravilloso de la vida durmiente en la primavera, el verdor intenso del verano, la plenitud frutal y el colorido del follaje en otoño.

Nuestras estaciones son únicamente dos, la húmeda y la seca, y durante la última, el bosque alto, que no hace mucho cubría este valle, permanece verde. El cambio más abrupto del año viene con el regreso de las lluvias; y aún éstas traerían menos contrastes si el hombre no hubiese reemplazado los bosques siempre verdes con potreros y matorrales que se tornan pajizos, si no hubiese contaminado anualmente el aire con humo, que las primeras lluvias despejan trayendo de nuevo el azul a nuestro cielo. Sin embargo, el año tropical es monótono solamente desde un punto de vista superficial. Cuando un ojo observador pone atención a los detalles, advierte infinidad de cambios, con eventos naturales más excitantes cada semana que los que uno puede encontrar en una latitud donde gran parte del mundo viviente permanece dormido por largos, fríos meses.

3. *Mi primera cosecha*



El año en que compré Los Cusingos, no planté cosecha, puesto que Don Chico tenía ya preparados sus campos de siembra y reservó la producción para sí. Con tantos otros asuntos de que ocuparme, me alegró encontrarme relevado de esta responsabilidad adicional. Por Enero siguiente, 1942, había arreglado la mayoría de los preliminares y estaba listo para establecerme permanentemente sobre la tierra. Temprano del mes, fui a San José y compré dos caballos —un garañón y una yegua. Los traje de regreso a la finca, cabalgándolos alternadamente sobre un largo sendero de montaña en una jornada de cuatro días. Luego por cuatro años y medio, casi nunca interrumpí la estadía en mi nueva casa, excepto para cortas visitas a la capital anualmente o con intervalos mayores.

En mi camino de regreso a la finca con los caballos, noté que los finqueros que intentaban plantar en tierras recién despaladas habían ya comenzado a atacar los gigantes árboles de la selva. La tala del bosque denso principia en Diciembre; durante mis primeros años en El General, cuando todavía quedaba mucha arboleda, llegué a asociar el estrépito de los árboles mientras eran tumbados, con los brillantes días que daban principio a la estación seca. Al comprar Los Cusingos, resolví no sacrificar nada de mi bosque, sino cultivar solamente la tierra que ya había sido descombrada

—casi la mitad del área total. La vegetación de segundo crecimiento, más liviana, que crece sobre tierras en barbecho, después de ser cortada se seca con mayor rapidez que el bosque primitivo, de modo que no era necesario comenzar tan temprano a preparar mi milpa.

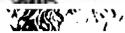
Puesto que la casa que Don Chico estaba construyendo al otro lado del río se encontraba aún sin terminar, él siguió ocupando su ranchito de paja al borde del escarpado, a unos cincuenta metros de mi nueva casa. Deseando aprovechar su larga experiencia en cultivos y su conocimiento de las condiciones locales, le sugerí que hiciéramos una milpa juntos. Yo supliría la tierra, él su experiencia; compartiríamos por iguales partes los gastos de mano de obra, y cada uno tomaría la mitad de la cosecha. No dudó en aceptar este ventajoso arreglo. Escogimos para plantar una parcela de aproximadamente cuatro hectáreas, que había descansado durante varios años y estaba cubierta de un crecimiento de árboles jóvenes, matorrales y enredaderas, entre siete a nueve metros de alto, a duras penas penetrable. Con posterioridad me di cuenta que ésta era un área mayor de la que podía sembrar con maíz cada año sin recargar mi tierra y causar su rápido deterioro. Pero, aquel primer año, yo estaba ansioso de hacer que mi finca diera ganancia, no tanto porque tuviera necesidad inmediata de dinero, como porque deseaba probar que podría sostenerme aquí por mí mismo.

Encontramos varios hombres jóvenes que se comprometieron a chapear el matorral que cubría el campo, al precio aproximado de dos dólares y medio la hectárea. Temprano en Febrero, comenzaron a trabajar con sus largos machetes rectos, los cuales fácilmente cortaban delgados troncos jóvenes y bejucos. Trabajaban, salvo excepciones, sólo mediodía, porque la jornada de seis horas ha sido costumbre de esta región, donde la mayor parte del año se espera que llueva poco después del mediodía. Bastaron tres semanas para rozar la exuberante vegetación del predio, que bajo los brillantes rayos del sol de Febrero, se secó rápidamente. Durante la mayoría del tiem-

po que duró este trabajo, Don Chico estuvo ausente en una expedición buscando oro en antiguos sepulcros Indígenas —ocupación favorita de la que no pudo desistir, aun ya viejo. Poco familiarizado todavía con los detalles menores de hacer un plantío de maíz, no logré supervisar en forma adecuada a nuestros jornaleros. Ansiosos por ganar su dinero prontamente, ellos fallaron en cortar todos los bejucos, que siguieron creciendo y extendiéndose después de caer los árboles soportantes, para darnos problemas más tarde.

El año resultó ser excepcionalmente húmedo, con ligeras lluvias por la tarde aun en Febrero. Sin embargo, hacia fin de mes empezaron a levantarse humaredas por todos lados, de campos que iban a sembrarse. A mediodía del 6 de marzo, dos vecinos prendieron fuego en dos áreas grandes de selva recién botada. Humo denso ascendió en grandes columnas hasta muy arriba en el aire, y sus partículas finas aparentemente suplieron centros de condensación al vapor de agua abundante en la atmósfera. Es el caso que, antes de ponerse el sol una lluvia torrencial enfrió los rescoldos de aquellos fuegos, remojando al mismo tiempo el campo que nosotros deseábamos secar.

No podíamos plantar maíz sin remover por fuego el monte reclinado que hacía casi intransitable el lugar. Me había estado poniendo intranquilo respecto al tiempo, y preguntaba repetidamente a mi socio cuándo prenderíamos fuego. El seguía recomendando demora, prometiendo que eventualmente tendríamos “un verano de los pendejos” en beneficio de los haraganes que habían estado lentos en preparar sus campos para la quema. Desde el seis hasta el dieciocho de Marzo, todas las tardes llovió recio. Al fin, el diecinueve, tuvimos un día sin lluvia, y otro el veinte. Al día siguiente, propuse a Don Chico que quemáramos. Aunque intentó entretenerme con más promesas del “verano de los pendejos”, esta vez insistí. La mañana del 21 de Marzo fue brillante, y poco antes del mediodía prendimos fuego a nuestro campo.



No se desató una gran conflagración con impetuosas llamaradas, y ruidosa crepitación sobre el sitio, llenando el aire de humo enceguedor, como he visto a menudo en años más secos. El suelo se encontraba húmedo; aun las capas superiores de la vegetación cortada, con dificultad estarían secas. Sin embargo, rogándolo con mucha paciencia, por aquí y allá arrancamos cierto fuego que pudo propagarse. La parte del monte que se cortó de último ardió mejor. Donde la maleza se había chapeado con anterioridad mayor a un mes, las enredaderas sin cortar siguieron creciendo y brotó una vegetación nueva y verde retardando el secado de la materia muerta durante aquellas tres mañanas soleadas e impidiendo el avance de nuestro fuego.

Poco después de las dos de la tarde, una lluvia torrencial extinguió las llamas que aún luchaban para propagarse, y con ellas nuestra perspectiva de una buena cosecha. Mucho más de la mitad de nuestras cuatro hectáreas quedó sin tomar fuego y representó una pérdida semejante en mano de obra. Casi todo el resto se quemó pobremente, dejando troncos y ramas chamuscados extendidos en desorden sobre el suelo que dificultaban sembrar y limpiar. Habíamos cogido nuestra última oportunidad de quemar porque las lluvias de la tarde continuaron cayendo, y pronto nuestras hectáreas perdidas estaban cubiertas con vegetación alta, tan exuberante y densa que difícilmente podía abrirme paso entre ella. Muchos otros finqueros del valle estaban en la misma situación desafortunada que nosotros. Antes de que El General fuera conectada con el resto de Costa Rica por aviones o carreteras, una “estación seca” lluviosa que evitaba las quemas de los campos para milpas daba lugar a que la gente sufriera hambre por falta de maíz para sus tortillas.

Aunque en años posteriores contraté jornaleros para todo trabajo de campo, este primer año deseaba participar en todas las operaciones de la finca, la mejor manera de aprender cómo deberían hacerse. Si el tiempo seco continúa después de quemar el campo destinado a maíz, puede dejarse sin

Piquigrueso Negro Azulado

sembrar por una semana o dos —un desierto desolado y carbonizado— hasta que unos cuantos buenos aguaceros han dado señal de que la estación húmeda regresa. Pero este primer año, en que el suelo había estado empapado mucho tiempo, era imperativo plantar el maíz pronto, de manera que sus tallos jóvenes no fueran vencidos por los crecimientos que brotaban con rapidez en tocones, rizomas, y semillas aún vivas entre el suelo apenas agostado.

Tomé mi macana, constituida por un palo fuerte rematado con una larga y estrecha cuchilla de hierro, y até alrededor de mi cintura un calabazo conteniendo la semilla de maíz, que había sido humedecida con queroseno (llamado “canfín” en Costa Rica) para desanimar a las hormigas y otros animales que pudieran comérsela. Así equipado, me uní a los hombres y muchachos contratados para ayudarme en la siembra. Con un solo golpe de macana, abría un agujero poco profundo en el suelo, dejaba caer seis granos de maíz, y los cubría flojamente con mi pie. Luego daba dos pasos adelante y repetía la operación. Troncos y ramas chamuscados retardaban mi avance en el campo y tiznaban mi ropa. Así planté maíz a la manera en que los Indios deben haberlo hecho sobre esta misma tierra, antes de venir Colón; excepto que no teniendo hierro, probablemente utilizaron un espeque o palo afilado de madera dura, como algunas veces hacen mis vecinos. Al sembrar mi tierra, sentí que establecía con ella una unión más estrecha, y la poseía con mayor intimidad que si únicamente tuviera título de nombre.

Nunca azodonábamos o cultivábamos nuestra milpa. Cuando el maíz tenía entre treinta a sesenta centímetros de altura, el plantío se limpiaba chapeando las malezas cerca del suelo con un machete. Luego el maíz no requería cuidado ulterior hasta que se hallaba listo para ser cosechado. En tierras nuevas, todavía casi enteramente libres de hierbas e incómodas malezas que vienen con cultivos repetidos, es posible algunas veces producir una cosecha satisfactoria de maíz sin darle ningún cuidado entre siembra y recolección.

Mientras el maíz estaba germinando, volví mi atención al arroz. El gran campo donde plantamos maíz no se había quemado lo bastante bien para sembrar arroz, como lo teníamos planeado. Pero por fortuna, poco después de comprar la finca había prestado una pequeña parcela a un viejecito para sembrar tabaco. En recompensa me prometió que, después de remover su cosecha dejaría el sitio libre de malezas y listo para cultivo. Después de recordárselo, el hombre cumplió su promesa, dándonos el suelo mejor preparado de la finca, un quinto de hectárea para arroz y ciertos vegetales. Aunque en el Oriente, como en algunas partes de las Américas, el arroz crece en campos de inundación o húmedos, ciertas variedades usadas en América Central prosperan en suelos bien drenados. Por cierto que el arroz, una planta frugal, se da bastante bien en suelos pobres donde apenas merece plantarse maíz, que necesita alimentarse glotonamente en tierra rica para formar sus mazorcas.

Para ayudarme a sembrar el arroz, contraté a Raúl, un muchacho de doce años, hijo de una mujer soltera que vivía en una parcela junto a Los Cusingos. Con una vara puntuda, yo pinchaba en el suelo agujeros, de dos y medio a cinco centímetros de profundidad y separados alrededor de cuarenta y cinco centímetros. Raúl seguía con la semilla de arroz en un calabazo, del cual tomaba una pizca de los granos, cerca de una docena, y los dejaba caer dentro de cada agujero, luego los cubría flojamente restregando la superficie del suelo. Cuando vi que mis filas tendían a converger, regresé a casa por una cuerda, aunque nunca supe de alguien que plantara arroz con una línea guía. Ahora tocones y troncos en descomposición, remanentes del bosque desaparecido, interferían con la cuerda e impedían nuestro trazado recto. Interrumpimos la siembra mientras empujábamos y pateábamos echando al suelo todos los tocones descompuestos lo suficiente para que cedieran a este tratamiento y acarreamos y rodamos por el campo inclinado todos los troncos no demasiado pesados de moverse, usando palos como palancas, pudimos mover la mayor parte, aunque un tronco chamuscado y enorme, que descan-

saba atravesado a mitad de la parcela, claramente estaba allí para quedarse. Luego acarreamos fuera todos los tallos muertos de tabaco y malezas que el viejo sólo había arrancado y dejado para secarse donde cayeran. A la conclusión de nuestro trabajo, la tierra, aunque no toda libre de los tenaces remanentes de la selva, estaba mucho más limpia que la mayoría de los plantíos de arroz en este distrito recién establecido. Nuestro esfuerzo de plantar en línea recta fue recompensado también con supresión de basura y economía de espacio.

Seis semanas después de plantado, el arroz, a una altura ya de treinta centímetros, me deleitaba con sus filas rectas de verde intenso. Ahora Raúl fue asignado a la tarea de desyerbar el plantío, lo cual hacía raspando los crecimientos indeseables a ras de suelo con un machete curvo y ancho, como una cimitarra de hoja excepcionalmente amplia. El arroz, una planta más baja y delicada que el tosco maíz, rápido en crecer, necesitaba limpiarse con mayor cuidado.

Después de sembrar el arroz, comencé a aumentar mi cañaveral, del cual la finca tenía ya casi una hectárea en producción. Aquí la caña florece a mitad de la estación húmeda, extendiendo hacia arriba, desde la punta de cada tallo maduro, una larga y esbelta lanza que se expande en una amplia panícula de pequeñas florecillas. Un cañaveral en floración con las delicadas espigas empinándose alto sobre las tupidas hileras de hojas verdes colgantes, es una visión placentera; pero estas flores fallan en producir semillas viables.

Careciendo de semillas, la caña de azúcar se propaga fácilmente sin ellas. Uno puede depositar una caña madura entera en una zanja poco profunda, cubrirla ligeramente con suelo, y obtener un nuevo vástago retoñando de cada nudo, cada uno de los cuales produce un racimo de raíces. O la caña puede partirse en trozos cortos, que cuando se dejan caer dentro de agujeros convenientemente espaciados, darán nuevas plantas de caña. Las puntas

hojosas, que son desmochadas y desechadas cuando la caña se corta para molienda, también sirven en la propagación. O uno puede desprender el robusto vástago joven que brota de los rizomas subterráneos, y colocarlos derechos o inclinados, en hileras que pronto darán caña que cortar. Este es el método que Don Chico me recomendó usar.

Plantar con vástagos causa el mayor desangre en el cañaveral matriz. He oído describir este procedimiento como “desarraigar un cañaveral para comenzar otro”. Con posterioridad, probé algunos de los métodos de propagación más económicos usados por grandes sembradores de caña. Pero excavar zanjas para depositar cañas enteras demostró ser muy laborioso en nuestro suelo rocoso. Cuando planté segmentos cortos de caña, los comejenes destruyeron muchos de ellos. Una y otra vez, cuando intenté sustituir con procedimientos científicamente aprobados las prácticas lugareñas dispendiosas e ineficientes en apariencia, me metí en problemas, y regresé a los métodos locales. Hoy, con caminos motorizados de todo tiempo, tractores, fertilizantes, y otras ayudas inalcanzables para los primeros colonos, las prácticas agrícolas están cambiando con rapidez; pero, en el período del cual escribo, los finqueros locales parecían estar haciendo lo mejor que podían con medios consagrados por el tiempo.

En este plantío fui asistido por Abel Cordero. Había ya hecho tareas diversas para mí, cuando en Marzo pidió permiso de construir una choza de paja en mi tierra. Seleccionó un sitio cerca del río donde el agua no estuviera lejos para acarrear, y cerca del nuevo cañaveral que estábamos haciendo. Luego requirió un préstamo de cincuenta colones (entonces alrededor de ocho dólares) para comprar tablas y clavos. Con horcones y palos cortados del bosque, una carretada de tablas rústicas, y hoja de caña para el techo, terminó su rancho en dos o tres semanas. Luego se movió con su esposa Selmira, y sus cuatro jóvenes hijas, Beatriz, Carmen, María Luisa y Luz Clara. Después que se establecieron en su nueva casa, con sus toscos enseres de

madera, sus estropeadas ollas y cazuelas, se veían tan tranquilos y felices que me pregunté a mí mismo para qué había yo gastado tanto dinero y tiempo construyendo una casa mayor y más sólida.

Abel era alto y delgado, con pelo negro, penetrantes ojos azules, y una sonrisa que era agradable a despecho de su mala dentadura. Traía puesto un estropeado sombrero de paja y andaba sin zapatos. Aquellos ojos azules lo distinguían de sus vecinos, la mayoría de los cuales tenían ojos color café, derivados de antecesores Españoles e Indios, cuya sangre corría mezclada en sus venas. Siendo hijo ilegítimo, Abel atribuía sus ojos azules a un innominado padre Alemán. Aunque nunca fue a la escuela, había aprendido a leer solo, pero no sabía escribir.

La versatilidad de Abel era muy valiosa para mí. Sabía plantar casi todos los cultivos locales. Era buen boyero y, con poca asistencia, podía cortar una carretada de caña de azúcar, exprimir la savia en un trapiche impulsado por bueyes, y hervirlo hasta que lograra solidificarse en las duras tabletas color café llamadas dulce (entonces comúnmente usado por la gente campesina en vez de azúcar refinada). Consumado hachero, podía cortar y cuadrar madera. Hizo la mayor parte del trabajo en las paredes de bahareque de mi casa, incluyendo el blanqueado. Estaba lleno de ideas para arreglar cosas y hacer mejoras. Siempre cortés y dispuesto era un excelente hacedor de tareas diversas, y por casi tres años me sirvió bien. Le pagaba al curso local de un colón y medio (alrededor de veinticinco centavos dólar) por día de seis horas. (Desde que vine a Los Cusingos los salarios para labores de finca han aumentado cerca de veinte veces, pero los precios de muchas comodidades esenciales han subido casi en la misma relación). Pocos meses después que Abel vino a vivir en la finca, su hija Beatriz, una muchacha de quince años con labio leporino, llegó a ser mi cocinera, posición que ella llenó intermitentemente por una década. Mucho antes que nos dejara, para sustentar una

criatura ilegítima, su padre había partido a lo que él esperaba sería un mejor trabajo.

En Febrero, estuve ocupado con exploraciones en la vecindad y haciendo estantes para libros. Cuando éstos se hallaron terminados, y los libros, liberados de su prolongado confinamiento en cajas, puestos pacientemente en filas, como viejos compañeros esperando una amistosa salutación de bienvenida, la nueva casa empezó, al fin, a adquirir la atmósfera de un hogar. En Marzo y Abril, al comenzar las lluvias, estaba ocupado sembrando; en adición al maíz, arroz, caña de azúcar y legumbres, sembramos plátanos, Yuca y Tiquisques para comer, y cienes de estacas de Madera Negra como postes vivos de cerco. Por Mayo, cuando llovía fuertemente casi todas las tardes, la estación de plantar cesó. Ahora podía dedicar más tiempo a los pájaros, que en Abril y Mayo cantaron profusamente y estuvieron en el apogeo de su anidación. Encontré y estudié nidos que nunca viera antes, incluyendo aquéllos del Batará Mayor, Gallito Hormiguero Carinegro, Eufonia Ventrirrojiza y Trogón Pechibermejo.

Temprano del año, mi dieta consistía de granos, incluyendo frijoles, arroz, y maíz en forma de tortillas. Los plátanos, bananos, y cultivos de raíces suculentas como Yuca y Tiquisque ayudaban a variarla. Casi dos meses después de volver las lluvias, mi hortaliza comenzó a dar. ¡Cómo disfruté de aquellas primeras cosas verdes después de meses sin vegetales frescos! Las primeras en estar listas fueron la mostaza y las tiernas vainas de frijoles, a las que siguieron los pepinos y la oca. Pronto tuve suculentos elotes de lechoso maíz joven provenientes del plantío principal, que, si se recogen en la etapa apropiada, siempre he encontrado tan deliciosos que nunca sembré otra variedad especial para la mesa. Cuando el maíz se puso más sólido, Beatriz y su madre preparaban una sorprendente variedad de platos con ellos, haciendo atolillos, bollos, y tortillas de maíz tierno, hasta que finalmente los granos endurecían y regresábamos a nuestro bastimento normal, tortillas hechas de

maíz seco cocido. Con naranjas, aguacates, piñas, y otras frutas, mi mesa en esta temporada casi gemía bajo las buenas cosas para comer, y a veces deseaba la compañía de alguien con quien compartirlas.

Plantado en Marzo, el maíz había echado espigas en Mayo, y a mediados de Agosto las pesadas mazorcas estaban inclinándose sobre sus tallos en secamiento, diciéndonos que estaban listas de recolectarse. Era trabajo húmedo cosechar el maíz temprano de la mañana, en un campo donde ya las malezas y enredaderas estaban altas. Arrancando las mazorcas de los tallos pero conservando intactas las tusas, las tirábamos en montones, que eran recogidas por Abel en la carreta de bueyes que compré, y transportadas cruzando el bosque hacia el gran cobertizo de paja que Don Chico había hecho para su trapiche. Aquí yo dividía el maíz en iguales partes. La porción de Don Chico era acarreada al otro lado del río a su nueva casa, mientras que la mía era almacenada sobre un tabanco hecho de troncos rajados de palmera Chonta, puestos en dirección transversal respecto a las alfajías del cobertizo. Las mazorcas que venían peladas del campo porque las tusas estaban flojas, eran desgranadas para la venta. No tenía animales que las consumieran antes de llegar a infestarse de gorgojos.

Mientras cosechaba el maíz, encontré una mazorca que se había consumido, dejando la tusa floja como ancha caperuza encima. En el espacio entre la caperuza y la mazorca había cierta cantidad de inflorescencias de yerba, largas y finamente ramificadas, formando un abrigado nidito, que sospeché había sido hecho por uno de los pequeños y pardos Soterrés Chinchirigüies que vivían justamente en esa vegetación baja y enmarañada tal como la que ahora cubría la parte del plantío que habíamos fallado en quemar y sembrar. Si mi conjetura era correcta, éste sería el dormitorio del soterré más que un nido de huevos y pichones. Para empollar, el soterré construye cierta estructura bien cerrada con una puerta al lado; para dormir, hace un nido más abierto y endeble, o puede ocasionalmente aprovechar algún refugio conve-

niente, tal como aquella tusa. Dejé esta mata de maíz intacta en medio del campo segado.

Temprano de la mañana siguiente, salí bajo las refulgentes estrellas y el brillo de la luna en cuarto menguante. Atisbando bajo la tusa en forma de caperuza, encontré al soterré dormido sobre la mazorca, envuelto entre las delicadas briznas de yerba que él había colocado allí, las cuales, más que encerrar su dormitorio, lo delineaban. Descansaba con su larga cola hacia afuera, el pecho contra la base de la tusa que lo arqueaba. Sus plumas pardas se hallaban todas flojas, revelando bastante lo gris de sus bases; su cabeza estaba en alguna parte, escondida entre la suelta, medio redonda masa de plumón; sólo su larga cola café con barras oscuras, y los extremos pardos de sus plumas remeras, permanecían afuera como detalles distintos de la velluda pelota. Así dormía el soterré, bien abrigado del rocío y el viento y la lluvia, por la seca envoltura de la mazorca.

Imperturbable ante el rayo de luz que le dirigí, el pájaro dormía tranquilamente mientras las estrellas decaían, la luna palidecía, el oriente se brillantaba, y los pájaros más tempraneros rompían a cantar. Pronto el agudo y claro *chinchirri-güí*, *chin-chirri-güí* de otro de su clase, sin duda su compañero, me alcanzó a través del rociado campo de maíz. Segundos más tarde, mi soterré irguió la cabeza de entre las plumas de su flanco izquierdo, revelando su largo y agudo pico y la ligera raya encima de su ojo. Alisó su plumaje suelto y miró en derredor. Deslumbrado por el rayo de la linterna, se mantuvo inmóvil por unos cuantos segundos, antes de lanzarse fuera en la borrosa madrugada, para reprenderme severamente desde la maleza.

Por la época en que el maíz fue recogido, las largas espigas del arroz estaban doblándose al peso de los amarillos granos en maduración. Los menudos Espigueros Variables blanquinegros y otros fringílicos se congre-

gaban para comerlos; entre más demorábamos en cosechar, menos tendríamos. Con palos cortados en el bosque vecino, hicimos un entramado bajo, a través del cual atamos estacas horizontales, separadas dos centímetros y medio, para formar una parrilla. Contra esta parrilla golpeábamos las cabezas de arroz; debajo, extendimos sacos para recoger el arroz; y en torno a tres lados del marco estiramos sacos y mantas, para detener los granos voladores. Mientras dos hombres cortaban el arroz con sus machetes y lo traían en gavillas, un tercero golpeaba los tallos en manojos dobles contra las estacas para hacer saltar el grano. Después de secarlo enteramente a la luz solar de la mañana, lo almacenábamos en cajones de madera, todavía el grano ajustadamente encerrado en su cascarilla nervada, la cual, como la tusa al maíz, lo protegía contra ataques de gorgojos. Cuando se necesitaba arroz para cocinar, la cascarilla era golpeada con un pesado martinete de madera sobre un gran pilón, hecho ahuecando cierta sección de un grueso tronco de árbol. Tal era la laboriosa simplicidad de las fincas a orillas de la selva, aún ilesa de mecanización y libre de aflicciones por incómodas leyes laborales.

A mitad de Septiembre, hice un alto para revisar cuanto había logrado desde que compré la tierra. Dos de los principales cultivos, maíz y arroz, habían sido cosechados y almacenados. La caña de azúcar estaba produciendo más que cuando adquirí la finca. Los pastos se encontraban en buenas condiciones. Mi modesta vivienda estaba próxima a completarse, y había hecho con mis propias manos, muebles sencillos para ella. Alrededor de la casa crecían prometedores los jóvenes árboles frutales y ornamentales y muchos arbustos de color que había plantado. Mientras hice estas mejoras, logré preservar una parte sustancial del pequeño capital que traje conmigo el año anterior. Y con todo esto, aún hallaba algún tiempo para estudiar los pájaros y hasta para escribir.

En un momento así, uno está apto para sentirse contento con sus realizaciones —un contentamiento sazonado con cierto puntito de orgullo. Sin duda, no es erróneo permitirse ocasionalmente una satisfacción seme-

jante con nuestros logros prácticos, con tal que no perdamos de vista su pequeñez, ya sea medida a escala cósmica o humana, ni olvidemos la inseguridad de los cimientos sobre que descansa la prosperidad material. Bajo techo propio, con su tierra y árboles propios, con sus propios animales y grano almacenado y cosechas creciendo alrededor, uno se siente algo protegido de la fría vacuidad de los espacios interestelares, y aun de las violentas agitaciones sociales que torturan a la humanidad de hoy. Puede emprender su trabajo con tranquila deliberación, y un sentido de tiempo abundante para su cumplimiento, por el que suspira en vano el vagabundo sin raíces, sin hogar ni reservas de sostenimiento.

Tal vez no sea enteramente un infortunio el que nosotros, como otros animales, debemos consagrar una porción sustancial de nuestro tiempo y energía a la satisfacción de necesidades materiales. El científico algunas veces se ve agobiado por dudas paralizantes acerca del valor de los hechos que se afana en descubrir; el artista conoce intervalos de ahíto y disgusto con su arte; el filósofo puede llegar al aturdimiento enredándose en laberintos de especulación. Yo había experimentado algo de este asolador estado de la mente. La ventaja de trabajar para satisfacción de nuestras necesidades básicas es que sabemos exactamente en qué estamos trabajando, y su valor. Si comenzamos a dudar de que estas cosas no son dignas de esfuerzo, con sólo que pasemos un día sin alimento, una noche húmeda sin techo, una hora bajo un viento mordiente sin ropa cálida, se disipará cualquier recelo. El interés de la faena diaria y el cansancio después de hecha dejan poco campo a la intromisión de incertidumbres debilitantes. La duda más angustiada del trabajador es si el producto de su trabajo podrá satisfacer sus necesidades vitales. Quitad esta incertidumbre, y el hombre simple, honesto, se hallará contento. El peligro es que lleguemos a estar tan embargados en la prosecución de cosas materiales que vivamos para ellas solamente, perdiendo de vista todo lo que está más allá. De semejante ceguera envilecedora esperaba yo librarme, gracias al mundo viviente a mi alrededor, las montañas elevándose frente a mí, el cielo arriba, y los libros sobre los estantes.

4. *El cobertizo de paja*



Cuando compré Los Cusingos a Don Chico, un gran cobertizo de paja se levantaba al lado de la quebrada que desemboca en el Río Peñas Blancas enfrente de nuestra casa. Debajo había un trapiche, o molino de azúcar, consistente en rodillos verticales de acero para exprimir la savia de la caña de azúcar, y un fogón de piedra con un calderón de cobre enorme. La prensa era operada por una yunta de bueyes que daba vueltas y vueltas, bajo una pesada viga giratoria horizontal que hacía girar los cilindros, mientras un hombre o un muchacho introducía la caña entre ellos, una o dos a la vez. En el calderón, el jugo se hervía y espesaba sobre un fuego de leña, hasta que al vaciarlo en huecos piramidales recortados sobre un bloque de madera, pudiera endurecerse formando tabletas de azúcar morena conocidas con el nombre de dulce. Disolviéndolas en agua, se hace agua dulce, una bebida favorita de la gente del pueblo.

No compré el trapiche, ya algo gastado, porque habría aumentado sustancialmente el precio de la finca. Un año o más después de mi arribo, éste fue removido por el vecino que lo compró a Don Chico. El techo que había abrigado la prensa de caña resultó útil para guardar maíz, hasta que la paja de hojas de caña decayó y el agua se escurrió dentro. En vez de volver a empajar

la amplia extensión de este techo, decidí construir un cobertizo menor para abrigar los caballos y almacenar maíz.

El lugar escogido para el nuevo cobertizo fue un ligero promontorio del suelo al borde del potrero cerca de la quebrada. En el bosque cortamos cuatro pilares fuertes con horquetas en la punta, de árboles de Cacique de lisa corteza gris y madera dura muy compacta resistente a la descomposición. Con dificultad excavamos cuatro hoyos en el suelo bastante rocoso, que antaño fue lecho del río próximo, y allí pusimos verticalmente los pilares en las esquinas del cobertizo. Luego colocamos una sólida viga horizontal entre cada par de horcones, y encima de ellas erigimos, con palos más delgados, el esqueleto de un techo puntiagudo, que cubrimos con hojas de caña de azúcar. Cuando todo estuvo concluído, tuvimos un cobertizo abierto donde los tres caballos podían mantenerse secos durante los fuertes aguaceros de la prolongada estación lluviosa.

Al aproximarse el tiempo de cosechar, arrancamos anchas tiras de la dura cáscara exterior de un elevado tronco de palma Chonta caída, y las pusimos como tabanco arriba del espacio donde permanecían los caballos. Colocando tablas al borde de este segundo piso, hicimos un depósito que podía aguantar varias carréts de maíz, todo dentro del techo puntiagudo.

Año tras año, sembramos una variedad de maíz llamada tusa morada por el color púrpura opaco de sus cáscaras, las cuales encierran ajustadamente las mazorcas y se extienden más allá de éstas en un largo pico. Tales cáscaras resistentes no dejan entrar los gorgojos, que en climas cálidos y constantemente húmedos destruyen tanto grano almacenado; con ellas, la mayoría de las mazorcas se conservan sanas desde una cosecha a la siguiente. Al correr del tiempo, los finqueros vecinos comenzaron a plantar nuevas variedades de maíz, con mazorcas más grandes que tendían a crecer más que sus vestidos. Pobremente protegido de los gorgojos, este maíz no se conser-

El cobertizo de paja





vaba bien cuando se almacenaba con tusas. Si no se vendía pronto, debía tratarse con pesticidas. Algunos rociaban venenos tan peligrosos como clordano sobre mazorcas sin destusar; otros descortezaban su maíz y almacenaban el grano suelto en grandes barriles de metal, con un preservativo. Prefiriendo evitar pesticidas que pudieran contaminar nuestras tortillas, o el alimento de los caballos y las gallinas, continué plantando la antigua variedad de tusa morada, sacrificando cantidad por pureza.

La espesa cáscara no era obstáculo para los afilados dientes de las Ardillas Ventricanelo de los bosques próximos, quienes en breve descubrieron el granero abierto donde estaba almacenado nuestro maíz. El maíz que dejaban expuesto atraía pájaros. Los Piquigruesos Negroazulados que anidaban en palos de naranja esparcidos por los potreros venían con agudas y excitadas notas y quebraban el grano en sus picos poderosos. No desdeñaban granos infestados de gorgojos o suavizados por decaimiento parcial, que nuestras bien alimentadas gallinas no comían. Dos especies afines de palomas, la Paloma Coliblanca y la Paloma Pechigrís, ésta en su raza nuca rojiza, con frecuencia entraban al granero, pero, siempre tímidas, volaban al ver que me aproximaba. Los granos que caían a través de las tablillas del piso atraían Rascones Cuelligrises, quienes venían, solos o en parejas, a recogerlos del suelo polvoso donde permanecían los caballos. Sus penetrantes ojos rojos solían espíarme aun desde muy lejos; con largas zancadas de sus piernas rojas corrían rápidamente hacia los matorrales que bordeaban la corriente a pocos metros de allí. Podía observar estos elegantes rascones comerse mi maíz sólo a través de binoculares desde cierta distancia. Nunca los encontré en el alto granero donde palomas y piquigruesos se banquetearan con mayor abundancia.

En Marzo del año siguiente posterior a la erección del cobertizo, un Yigüirro o Cenzontle construyó su nido en un rincón oscuro; y en Abril un par de Tangaras Azulejas hicieron una copa mucho menor y más suave sobre

Paloma Pechigrís

el rollizo caballete muy al centro del techo empinado, a igual distancia de ambos extremos. La pared externa del nido del Yigüirro contenía bastante musgo verde y pelo de maíz castaño. Allí la hembra depositó tres huevos azul pálido punteados y manchados de pardo rojizo que incubó en doce días. Luego ella y su compañero, alimentaron los pichones, dos de los cuales sobrevivieron hasta dejar el nido temprano de la mañana cuando tenían dieciseis días de edad. La tangara hembra puso e incubó dos huevos menores, azul-grisáceos con manchas pardas, pero crió sólo un pichón, el otro murió en el nido. Por dos años siguientes, el yigüirro anidó de nuevo en el cobertizo, cada vez construyendo sobre el caballete. Durante el primero de estos dos años, la hembra puso tres huevos y crió dos jóvenes; en el segundo, puso una serie inusualmente grande de cuatro huevos pero produjo un solo pichón. Las tangaras construyeron un nido más sobre el caballete, pero si acaso depositaron huevos en él, desaparecieron antes que yo los viera.

Al pasar de los años, más y más ardillas desarrollaron el hábito de llevarse nuestro maíz, botando algunas veces mazorcas medio comidas a distancia del granero. Evidentemente no eran los únicos ladrones, porque un día advertí una abertura en el rintero, mayor de la que ellas podrían haber hecho. Por otra parte, el alza de los salarios hacía el reemplazo de la paja cada vez más costoso. En todo el valle, las antiguas chozas de paja de los primeros colonos estaban siendo reemplazadas por viviendas con techos de acero corrugado, no tan pintoresco pero menos sujeto a desarrollar goteras y más barato de mantener. En consecuencia, cuando después de servir una docena de años, el albergue de los caballos necesitó techarse de nuevo, decidí construir otro granero.

El nuevo granero, levantado sobre bases de piedra detrás de la casa, fue sustancialmente construido con maderas pesadas y tablas aserradas, con un techo de aluminio corrugado que podía durar indefinidamente y no necesitar nunca pintura. Enfrente había un porche pavimentado de piedra donde los

caballos pudieran guarecerse. Un fuerte candado en la puerta impediría a los ladrones. Al principio, una ardilla o dos, para no privarse de su acostumbrada dieta de maíz, encontraron camino a través del estrecho espacio que había dejado de ventilación entre las paredes y el techo, pero pronto discontinuaron sus visitas.

Ahora los murciélagos, que nunca habían sido molestos en el viejo granero abierto, comenzaron a colgarse durante el día bajo el interior oscuramente iluminado del nuevo. Nunca supe si la temperatura de sus cuerpos descendía para aproximarse a la del aire mientras dormían, como se ha encontrado que ocurre con la de ciertos murciélagos durante el día o de los colibríes en noches frías —una adaptación fisiológica que salva mucha energía para cuerpos pequeños con un alto metabolismo. Sin embargo, el rápido vuelo de los murciélagos cuando yo intentaba ahuyentarlos sugería que, en este clima moderado, su temperatura permanecía alta. Ellos solían circular de forma exasperante sobre mi cabeza, sin duda evitando obstáculos mediante la ecolocalización que practican los murciélagos más o menos ciegos, hasta que, uno por uno se lanzaban bajo los aleros hacia la brillante luz diurna que trataban de evitar. Puesto que ensucian cuanto está bajo ellos, y destuzar las mazorcas de maíz que emporcaban era muy desagradable, repetidamente los ahuyentaba. Pero los murciélagos son animales de persistencia tenaz, y regresaban una y otra vez a colgarse en los mismos puntos. Al fin, los vencí cerrando el espacio entre paredes y techo con malla fina de alambre, que mantiene afuera casi todas las plagas excepto ratas, ratones, cucarachas y gorgojos.

Pasó el tiempo. Cada Agosto el granero recibía carretadas de maíz, y para el siguiente Agosto se hallaba de nuevo vacío. Cuando la población del valle creció rápidamente y las carreteras mejoraron poco a poco, se extendieron líneas de buses desde San Isidro por todas direcciones, y los caballos casi desaparecieron de los caminos. Finalmente los buses alcanzaron nuestra

finca, al comienzo una vez a la semana, luego una vez al día, dos veces, y al fin tres veces al día. Sin embargo, un bus de tamaño moderado, no podía cruzar el estrecho puente colgante sobre el Río General; yendo a la ciudad, o de regreso, los pasajeros tenían que caminar a través del puente para tomar otro bus del lado opuesto.

De camino a San Isidro una mañana, mientras yo esperaba con otros pasajeros cerca del puente, un hombre alto y fuerte se dirigió a mí. Reconocí a Bacho, un vecino anterior quien vivió en un sitio de pocas hectáreas que había sido cortado de mi finca antes de yo comprarla. Nuestras relaciones fueron algo tensas, porque Don Chico, que le había vendido esta parcela de tierra, le prometió darle una escritura cuando su finca estuviera titulada. Sin embargo, la propiedad no fue medida y registrada hasta que yo firmé el contrato de compra. El plano del topógrafo que yo recibí omitía la tierra del extremo norte que Don Chico había ya vendido, porque ésta habría hecho la finca mayor de lo que él reclamaba. No obstante, una serie de propietarios me presionaron por un título de sus parcelas, y no se convencían cuando les explicaba que éstas no se hallaban incluidas en mi plano y que yo no las reclamaba. Lo mejor que podía ofrecer era ayudarles a obtener un título independiente si ellos daban los pasos necesarios por medio de un abogado. Esto dejó una cierta frialdad entre los vecinos del norte y yo.

Ahora Bacho, a quien no había visto desde que se alejara años atrás, quería que lo acompañara a mitad del puente. Perplejo, y ligeramente aprensivo, puesto que él era ocasionalmente violento, le seguí. Cuando estuvimos arriba sobre el río que se precipitaba en su cauce rocoso, sin que nos oyeran los otros pasajeros, me preguntó: “Don Alejandro, ¿Se le perdió alguna vez maíz de su granero?”.

“Sí, pensé que alguien me robaba maíz, pero no estaba seguro de quién era.”

“Yo fui. Mis hijos tenían hambre, y no tenía dinero con que comprar maíz para sus tortillas.”

“Ya veo.”

“Se lo confesé al padre, quien me dijo que debo pagar por lo que robé.”

Luego, tomando un billete de veinte colones de su cartera, me lo ofreció. En aquel tiempo, antes de que la devaluación y la inflación hubiesen reducido el colón a una pequeña fracción de su valor anterior, un jornalero como Bacho habría trabajado la mejor parte de la semana para ganar tanto. Dudé en recibir esta compensación por un pequeño robo hecho tanto tiempo atrás que casi lo había olvidado, pero pensé que sería erróneo rehusar el dinero que el confesor de Bacho le había aconsejado pagarme, a propósito de hacer la paz con su conciencia. Finalmente, dije: “No sé cuánto maíz robó usted, pero tomaré lo que usted piensa que debe darme. Muchas gracias”. Nos estrechamos las manos y cada quien cogió por su lado. Nunca he vuelto a ver al hombre.

Como mucha gente, he tenido dudas acerca del valor de la confesión. Desde los primeros siglos del Cristianismo, ha sido alegado por los opositores de la Iglesia, señaladamente por el Emperador Juliano, que recibir la absolución y sentirse libre de culpa sólo deja al penitente muy propenso a repetir su pecado, uná y otra vez. Ahora yo había tenido evidencia directa de que, al menos ocasionalmente, a la confesión sigue el arrepentimiento y deseo de enmienda por pasadas fechorías. Mientras el bus se sacudía a lo largo del camino pedregoso hacia San Isidro, reflexionaba en cuanto mejor es para el malhechor, no menos que para la persona injuriada, cuando el primero da justa compensación en vez de languidecer en prisión, a expensas cuantiosas del estado. Desafortunadamente, la gente comete crímenes, incluyendo

asesinatos y otros actos de violencia para los cuales nunca puede haber restitución.

El rústico granero abierto de mis días de pionero era pintoresco y permitía algunas observaciones interesantes sobre pájaros. Sólo el maíz que robaban las ardillas nunca fue retribuido. Sin embargo, hoy en día cuando los ladrones son crecientemente numerosos, y descarados, es confortante saber que nuestra cosecha de granos está segura bajo candado y llave.

5. *Pequeños mamíferos*



No hace mucho, vivían en el bosque de esta finca Jaguares, Pumas, Dantas, Venados Selváticos, Pizotes, Sahínos, Tolomucos y Monos Cara Blanca. Ahora todos han desaparecido de las algo más de cuarenta hectáreas de selva antigua y alto bosque de segundo crecimiento disponibles a ellos, excepto un único grupo de monos, que permanecen porque se han vuelto excesivamente ariscos. Se han ido también algunas de las aves mayores, en parte porque necesitan más extensión de bosque silvestre, en parte como resultado de persecución por cazadores y perros transgresores. Muy raramente divisamos un Tolomuco errante, que no es bien recibido porque se roba las gallinas, o descubrimos las huellas de un Venado Selvático que pasó sin ser visto.

Las ardillas, parduscas por encima, y de color canela brillante sobre el pecho y la barriga, parecen haber venido a ser más abundantes de lo que eran cuando llegué aquí. En verdad son más numerosas en el jardín, donde saquean muchos nidos de pájaros que deseo estudiar y comen hojas y corteza de nuestras matas de hibisco. Otros alimentos que les he visto tomar incluyen Guayabas verdes y maduras, frutas de la Pasionaria Escarlata y la palma de Pejibaye, y maíz por supuesto. No hace mucho, observé a una ardilla desgarrar con sus dientes, un grueso bejuco en decadencia bajo la maleza del

bosque. Descartaba las fibras y comía algo que encontraba entre ellas. Examinando el bejuco, hallé cierta cantidad de blancas larvas de insecto, grandes y pequeñas, profundamente enclavadas en éste, que eran sin duda alguna la comida del roedor. Una vez vi a una ardilla quebrar pequeñas escamas de la corteza incrustada de liquen sobre un árbol de aguacate recién muerto, y con sus incisivos inferiores, raspar algo, posiblemente células de cámbium, del lado interior, después de lo cual botaba las escamas.

Una mañana mientras observaba el nido de cierto pájaro en un arroyuelo boscoso, miré a una ardilla arrancar la gran inflorescencia de una bijagua, especie de *Calathea*, y llevarla a una rama horizontal. Sentado allí sobre sus ancas, el roedor sostenía la chata inflorescencia con sus garras delanteras y comenzó a remover las brácteas color amarillo naranja opaco, empezando por la base de la inflorescencia, que sostenía al revés. Cuando arrancaba las gruesas y tiasas brácteas y las dejaba caer, el animal comía algo blanco que podría ser el eje de la inflorescencia. La ardilla continuó activamente hasta que llegó al apex del tallo floral, luego saltó alejándose. En verdad, estas ardillas son oportunistas que consumen casi cualquier cosa que pueda darles un poco de sustento.

Probablemente tales Ardillas Ventricanelo se han multiplicado a causa del descenso de sus enemigos naturales, los mamíferos y pájaros depredadores mayores, y quizás también de las culebras. Una vez observé a una ardilla comportarse extrañamente en presencia de una Mica, culebra arbórea amarilla y negra que rapiña sin saciarse los nidos de pájaros y también come mamíferos por lo menos del tamaño de las ratas. Cierta mañana el agitado tumulto de los pájaros y una ardilla que rezongaba, condujeron mi atención hacia una Mica de dos metros descansando en un árbol frente a la casa. Cuando me aproximé, los pájaros se dispersaron pero el roedor permaneció, cotorreando excitadamente. Corría alrededor de la culebra, viéndola ahora

de este lado, ahora de aquél, avanzando más y más cerca de ella. Al avanzar la ardilla a lo largo de la rama horizontal donde descansaba la parte delantera de la culebra, ésta retrocedió la cabeza. Yo observaba fascinado, mientras el cuadrúpedo avanzaba cautelosamente hasta treinta centímetros de la cabeza contraída del reptil. ¿Atacaría el pequeño mamífero a la Mica? ¿Capturaría y engulliría la culebra a la ardilla? . Finalmente, cuando el roedor estaba apenas a una longitud como la suya retirado de la cabeza contraída de la sierpe, ésta lanzó la cabeza hacia la ardilla, al parecer en una actitud más bien defensiva que agresiva. Entonces, la ardilla retrocedió. Pero por un tiempo continuó saltando alrededor y regañando a la culebra, aunque ahora a prudente distancia.

¿Qué motivó este enigmático comportamiento de la ardilla? ¿Estaba “hechizada” por la culebra, como se dice que les ocurre a los pájaros (a pesar de no conocer yo ninguna observación confiable sobre esto)? ¿Era simple curiosidad del velludo animal? ¿Tendría alguna cría escondida allí cerca, por cuya seguridad temía? ¿Miraba a la culebra como competidor respecto de los huevos y pichones de pájaros, que ahora a finales de Mayo, procreaban entre los árboles y arbustos circunvecinos?; Jamás he visto ni leído acerca de un episodio similar, que pudiera responder a tales preguntas.

Aunque nunca he sabido de una Mica que cace ardillas, tengo prueba de que persigue conejos. Cierta tarde, alertado por una gran conmoción entre los pájaros, mi hijo encontró una Mica grande en la ladera detrás de la casa. A su llegada, la culebra huyó, dejando un conejo medio crecido con varios centímetros de piel desgarrada en su lomo, sin duda por la Mica. Puesto que nuestros pequeños conejos nativos son enteramente nocturnos, la culebra debe haberlo dirigido o arrastrado fuera de su cama hacia el potrero de la soleada falda. Esperábamos conservar el pobre animal vivo hasta que sanara del gran trecho en carne viva sobre su lomo, pero rehusó comer, y lo dejamos ir.



Aquí en los trópicos como en las regiones del norte, las ardillas esconden excedentes de comida sobre árboles (nunca hasta donde sé, dentro del suelo). Cierta día, en las montañas altas, observé a una Ardilla Ventricanela acarreando un coquito, la fruta del árbol *Calatola costaricensis*, que recuerda una nuez Inglesa y se dice que es comestible, aunque la única que he probado me hizo sentirme mal. Excavando un agujero en el musgo que cubría espesamente un tronco inclinado, la ardilla puso adentro el coquito y lo cubrió con musgo. En otra ocasión, cierta ardilla transportó una fruta de *Clusia*, tan grande como huevo de gallina, a la punta de un elevado tronco en decadencia y lo enterró en la madera podrida. Un ratito después el animal retornó, descubrió una fruta similar, que había sido almacenada un poco más abajo en el mismo tronco, la llevo abajo a la base, y procedió a comérsela. Esto al parecer fue uso prematuro de las provisiones almacenadas del roedor, porque sobre un tocón vecino crecía un arbusto que contenía muchas de esas frutas.

Cierta mañana de Marzo, observé a una Ardilla Ventricanela acarrear materiales entre una maraña de enredadera, a una buena altura entre un bosque de esbeltos Buríos, donde obviamente estaba construyendo un nido bien escondido. Arrancaba a mordiscos delgadas ramitas con hojas de tamaño moderado que habían sido parcialmente comidas por insectos, las doblaba en su boca de tal manera que no arrastraran al caminar, luego corría con ellas entre la maraña de bejucos. El animal parecía tener gran prisa por terminar su vivienda, porque acarrea las hojas bocado tras bocado en rápida sucesión, brincando airoosamente hacia y desde el embrollo de enredaderas.

Cuando, según juzgué, las paredes exteriores de la invisible estructura estuvieran concluidas, el constructor volvió su atención al revestimiento. Colgando cabeza abajo del tronco de un Burío muerto, reunió un bocado de la suave y fibrosa corteza interior. Cuando tuvo una carga completa, salió disparado hacia arriba del tronco en dirección a su nido, sólo para ser refre-

Guatusa

nado en seco por ciertas tiras fibrosas resistentes que había fallado en cortar del árbol. Reuniendo en su boca la madeja de fibras más sólidamente, la ardilla se aseguró del tronco con sus patas delanteras, luego haló y sacudió hasta que cedieron las tiras de conexión, y quedó libre de arrastrar su carga hacia el nido. En un momento estaba de regreso por más. Acarreó cerca de media docena de generosos bocados de material fibroso anteadó, para hacer una cama confortable en medio de su verde enramada, antes de que un hombre y un muchacho pasaran a lo largo del arbolado sendero e interrumpieran las labores de la ardilla y mis observaciones.

Un animal cuya cantidad definitivamente se ha incrementado en años recientes es el Agutí, conocido en Costa Rica como Guatusa. De tamaño aproximado al de un conejo doméstico grande, este roedor pardo y cabezón, es mucho más alto atrás que adelante. La ventaja de tal configuración parece ser que facilita a un animal terrestre de su talla moverse entre la maleza enmarañada: la Guatusa puede insertar sus partes delanteras de poca altura por debajo de enredaderas y ramitas, y empujar éstas hacia arriba sobre sus cuartos traseros como si fuera cuña. El Cabro de Monte o Venado Selvático mucho más grande está similarmente constituido, sin duda por la misma razón. La Guatusa tiene ojos negros y grandes, orejas pequeñas, erectas y rosadas, y una cola diminuta. Camina con los pies avanzando alternadamente, corre al galope, y puede nadar.

Antes de comprar Los Cusingos, supe que aquí habían Guatusas. Mientras Don Chico me mostraba los límites, uno de sus perros flacos comenzó a ladrar hacia un tronco hueco tendido en el denso y arbolado valle del lindero occidental. Cortando una vara, cogió al perro por la nuca y le pegó hasta llenar el bosque de lúgubres aullidos. El pobre canino había cometido el error de prestarle atención a una Guatusa, cuando un perro bien entrenado debe concentrarse sobre el Tepescuintle, o Paca, mucho más estimada. La Paca es un roedor del mismo tamaño que la Guatusa aproximadamente, muy

fácil de distinguir por los grandes puntos blancos a lo largo de sus flancos; la Guatusa carece de puntos claros. La nocturna Paca pasa el día en profundas madrigueras que cava en el piso del bosque, emergiendo a la luz del día tan raras veces que nunca he visto ninguna errando por el bosque. La Guatusa, diurna y crepuscular, desaparece después de ponerse el sol, aparentemente para dormir toda la noche entre densa vegetación o huecos de troncos caídos. Aún con luna brillante, raras veces la he visto fuera de su morada. Atada a la superficie de la tierra, ni trepa ni excava, hasta donde la he mirado. El hábito de buscar refugio en troncos huecos es a veces su perdición; cazadores despiadados le taponan la salida dejándola morir de inanición, aparentemente porque desvían a sus sabuesos de presas más codiciadas, como ocurrió con el de Don Chico.

Mientras vagabundeaba a través del bosque durante mis primeros años en la finca, algunas veces advertía la presencia de una Guatusa por la explosión alarmantemente ruidosa como de tos o estornudo humano sin amortiguar, proveniente de un animal que saltaba alejándose antes de que pudiera ver algo de él. Después de un tiempo, las Guatusas vinieron a ser tan escasas que pocas veces miraba u oía alguna. Los perros de los vecinos que por horas correteaban entre el bosque con horriblos aullidos fueron probablemente responsables de su rareza. El policía local me dijo que tirar a los depredadores era ilegal, pero añadió que a veces los perros morían oscuramente de algo que habían comido. No actué conforme esta indirecta, porque me disgusta diseminar señuelos envenenados, que a menudo matan animales para los que no se tenía tal intención. Ciertas veces alguna Guatusa, acosada por los chuchos, venía a refugiarse debajo de la casa, mientras nosotros alejábamos a los canallas. Durante este período, una Guatusa solía aventurarse tímidamente desde el bosque en la nochecita, a comer Guayabas en el jardín de al lado, pero vimos pocas de ellas.

Hace cuatro o cinco años, las Guatusas comenzaron a aumentar y caminar más osadamente sobre los prados alrededor de la casa, incluso a pleno

sol. Los perros latidores todavía hacían sus odiosas incursiones, corriendo en círculos dentro y fuera del bosque y sobre los potreros, tan rápidamente que, aun cuando se acercaban mucho, raras veces era posible alcanzarlos con un palo, y a menudo seguían en sus locas carreras durante horas con la lengua de fuera. No obstante, hasta donde yo sé, nunca atraparon una Guatusa. Estos animales han aprendido a engañar a sus perseguidores, lo cual probablemente explica por qué han llegado a ser tan numerosos, alrededor de la casa y en el bosque.

Al parecer, la Guatusa a veces se mete al agua para sacar de rastro a sus perseguidores. En cierta ocasión, mientras yo descansaba sobre una roca a la orilla de una corriente del bosque, vi una nadando aguas abajo con su cabeza mantenida sobre el agua. Parecía a punto de tomar tierra, pero al notarme, continuó nadando con la corriente y fue arrastrada, cabeza adelante, por los bajos rápidos, sin que pareciera haberse lastimado. Finalmente, se perdió de vista en una vuelta del cauce. Aunque en esta ocasión, nada vi ni oí que pudiera haber alarmado al animal, supuse que entró al río para escapar de algún enemigo, posiblemente una de las grandes culebras abundantes en esta región.

Cuando entra en sospechas, la Guatusa a menudo se detiene en su camino, con un pie levantado en actitud expectante, mientras inspecciona los alrededores. Cierta vez, estando sentado en mi escondite de tela color café en medio del bosque observando un nido de Piquianaranjado, vagabundeaba por allí una Guatusa, meneando constantemente su cabeza y sacudiendo sus orejas para espantarse la nube de zancudos que la seguía. Advirtiendo el escondite, el roedor se quedó erecto sobre sus patas traseras mirando atentamente el extraño objeto, arrugando su nariz rosada como husmeando el aire. Satisfecho de que todo estaba bien, continuó su camino.

Las Guatusas están entre los animales más inofensivos. Aquéllas que pasan tanto tiempo en nuestro patio jamás se han hecho indeseables por

daños de ninguna suerte. No desentierran el césped ni las cosas que hemos plantado. Viven en paz con las gallinas, y no atacan a los pollitos. Temen a las gallinas más que éstas a ellas. Pero están lejos de ser animales sociables. Aunque no he visto indicación de que las Guatusas defiendan territorios definidos, al menos fuera del bosque, permanecen separadas entre sí. Si una Guatusa se acerca demasiado a otra, ésta la persigue. Cuando brincan alejándose, perseguidora y perseguida levantan y esponjan los grandes pelos castaño-dorados de sus gruesas rabadillas, haciéndose en apariencia más grandes y formidables de lo que son. Por otra parte un perseguidor predador que intente atrapar a la Guatusa por la rabadilla lograría solamente un bocado de pelo, mientras la víctima escapa. Cuanto hace huir a la Guatusa, hombre, perro, o compañero, causa esa elevación del pelaje de sus cuartos traseros. A despecho de que se persiguen con frecuencia, nunca las he visto pelear.

Nuestras Guatusas siempre se miran pulidas y arregladas; parecen tener pocos parásitos, pero los zancudos las molestan mucho.

Para comer, las Guatusas se sientan sobre sus ancas, las espaldas arqueadas en gracioso semicírculo, y se llevan la comida a la boca con ambas patitas delanteras. Hasta donde he visto, son casi enteramente vegetarianas. Guayabas, naranjas, mangos y Frutas de Pan caídas, y cuantos bananos les permitimos, constituyen su principal atracción en nuestro patio. A menudo cargan una naranja medio podrida, probablemente por sus semillas que ellas abren para remover y comer los embriones, descartando los pericarpios. También comparten el maíz que rociamos sobre el césped para las gallinas.

Hace algunos años planté dos Palmas de Aceite Africanas que han crecido a gran altura y producen racimos de frutas que atraen una variedad de fringílicos, tangaras, y carpinteros, junto con Zopilotes Negros, todos los cuales comen solamente la aceitosa pulpa anaranjada que rodea la dura semilla única. Estas semillas, que cubren el suelo en gran número, nutren a las

Guatusas, que con agudos y ásperos sonidos, audibles a gran distancia, abren un orificio en el grueso y leñoso tegumento. Cuando han hecho la abertura suficientemente grande, remueven la pulpa blanca con sus mandíbulas inferiores, mucho más cortas y estrechas que la parte delantera de sus cabezas. Sosteniendo una semilla en sus manos, la van girando hasta haber vaciado todo lo comestible. Cierta vez, después de haber podado las matas de hibisco, una Guatusa comió las frescas hojas verdes de las ramitas caídas.

Más lejos de la casa, donde las Guatusas son más tímidas y difíciles de observar de lo que han llegado a ser en nuestro patio, las he visto comer las suaves bayas blanquecinas del árbol de Coronillo, de dos y medio a cuatro centímetros de diámetro y con mucho las mayores frutas de cualquier miembro de la familia melastomácea que conozco. Recogiendo una dura y leñosa vaina caída de un árbol de Guaba, hábilmente la muerden abriéndola por una sutura, remueven metódicamente las semillas, una por una, hasta tomarlas todas, luego botan la vaina vacía. No sólo comen la dulce pulpa blanca, amada de los niños, que rodea cada semilla sino también los verdes embriones. Las duras semillas redondas del enorme Arbol de Leche, que en ciertas estaciones caen en gran número, de igual manera enriquecen su dieta. Cuando caen las semillas de las vainas abiertas de un árbol de *Protium*, las Guatusas comen el suave y grueso arilo blanco, luego roen para abrir el duro tegumento negro y remover el embrión. Como otros roedores, algunas veces escarban un hoyo de poca profundidad para enterrar comida no apetecida en el momento. Ocasionalmente recuperan esos víveres, pero muchas semillas llegan a germinar. De este modo las Guatusas ayudan a propagar los árboles del bosque.

No siempre fastidiosas, las Guatusas a veces comen hojas en decadencia, posiblemente por un hongo que crece en ellas, y granos de maíz en mal estado que nuestras mimadas gallinas desdeñan. Cierta vez observé a una Guatusa recoger y tratar de comerse una cuita de gallina.

Aunque las Guatusas adultas andan solitarias casi siempre, al comienzo de Enero dos individuos plenamente desarrollados vinieron repetidas veces a comer maíz enfrente de la casa. Parecían en perfecta amistad, sin desplegar ningún antagonismo aun cuando permanecían a un metro de separación. Este desusado comportamiento nos llevó a creer que eran macho y hembra temporalmente apareados, pero eran tan similares en todo detalle visible que no pudimos conocer sus sexos. Las parejas unidas no parecen durar mucho, pues las madres con jóvenes, raras veces están acompañadas por otro adulto.

Las hembras aparentemente paren sus crías entre densa y oculta vegetación, como es prudente en bosques con muchos depredadores. No he visto los jóvenes hasta que siguen a su madre, cuando son del tamaño aproximado de un Cerdo de Guinea y perfectas miniaturas de sus padres en forma, color, y modo de progresión. He encontrado críos de Guatusas de este tamaño a principios de Abril, y otros, no mucho mayores, lactando de su madre tan tarde como el primero de octubre. Nunca he visto a una madre con más de dos jóvenes, quienes usualmente viajan en fila detrás de ella, en ocasiones corriendo adelante.

Para amamantar a su prole, la madre se pone de costado con una pata trasera levantada; y los dos jóvenes, si ella tiene familia completa, beben simultáneamente, porque cuenta al menos con cuatro tetas. Cierta mañana antes de salir el sol, observé un par de Guatusas a medio crecer tomando su desayuno líquido después de haber comido Guayabas. La más próxima a la cola de su madre se movía de teta a teta, mientras la otra próxima a la cabeza no parecía estar consiguiendo mucho. Pronto ésta comenzó a acicalar o lamer el cuello y la cabeza de su madre. Después que hubo terminado de mamar, la de atrás pareció entregarse a acicalarla también; y la vi con claridad morderle el abdomen a su progenitora a corta distancia de una teta. El mordisco hizo a la madre sentarse y concluir la sesión. Con posterioridad observé a otro par de jóvenes mordisquear la piel del cuello y cabeza de su

madre, entre tragos de leche. Ya satisfechos, se escabulleron sobre la hierba, mientras la madre se sentaba y acicalaba su cara con las patas delanteras, como hacen a menudo las Guatusas. Con menos frecuencia, he visto a una madre peinar a los críos.

Después de observar tales escenas, reflexionaba tristemente sobre una de las más trágicas paradojas de la vida. La crianza de los jóvenes dependientes, que ha contribuido tanto en hacer a los animales, inclusive el hombre, gentiles, sociables, y altruísticos, muy a menudo, por excesiva multiplicación de individuos de los cuales son responsables, los arrojan a la más fiera y brutal lucha por alimentación, espacio vital y compañeros. Aunque las Guatusas, como muchos mamíferos y pájaros de los bosques tropicales húmedos, tienen familias pequeñas, son suficientemente numerosas para hacer de estos roedores los mamíferos terrestres más conspicuamente abundantes en algunos bosques costarricenses de bajas altitudes.

Una tarde, mientras daba yo de cenar al caballo, dos Guatusas a medio crecer emergieron del espeso desarrollo de helechos que cubre el paredón a la orilla del camino próximo y comenzaron a retozar sobre el bajo pasto. Corrían erráticamente hacia atrás y adelante aventajándose entre sí. Brincaban para arriba casi treinta centímetros, como no he visto hacerlo a una Guatusa adulta, y hasta saltaban por encima de su compañera de juego. Después que estas Guatusas desaparecieron, dos más pequeñas, casi del tamaño de una ardilla, salieron de entre los helechos a galopar de acá para allá echando al aire juguetonamente sus patas traseras. Una avanzó hacia el caballo que comía sus bananos pero fue evidentemente aterrorizada por el animal muchísimo mayor que ella, porque se devolvió estando a pocos metros de distancia. Otra se sentó en el camino y pareció limpiarse la cara, pero la luz ahora estaba muy difusa para ver esto con claridad. Con ellas estaban dos Guatusas crecidas, quienes se comportaban tan amistosamente que sospeché eran padres apareados, aunque sería muy desacostumbrado.

La tarde siguiente, sólo dos jóvenes Guatusas caracoleaban al lado del helechal mientras oscurecía. Galopaban alrededor con ocasionales saltos bajos, revertían la dirección, corrían aventajándose entre sí, y se encabribaban una contra la otra como simulando combate, pero sólo momentáneamente. Luego empezaban a comer algo que encontraban bajo el borde del helecho y en la hierba corta, aunque estaba ya muy oscuro para ver en qué consistía. La comida era puntuada con turnos de renovado retozo, el cual siguió hasta ya no poder distinguir sus cuerpos oscuros, aun con mis binoculares. Al fin, un muchacho que venía bajando por el camino hizo huir a las jovencitas hacia el soto de helechos, donde aparentemente dormían, bajo los Pinzones Cabecillados y Tangaras Lomiescarlatas que posaban en este enmarañado e impenetrable matorral. Sólo en el crepúsculo vespertino he visto Guatusas, siempre individuos inmaduros, retozar de esta manera. Juegan en silencio.

Cuando los jóvenes alcanzan casi la mitad del tamaño de sus padres y ya han tomado durante cierto tiempo alimentos sólidos juntos con la leche de la madre, ella los rechaza. Si persisten en seguirla, se voltea para alejarlos. Por un rato, los dos hermanos así abandonados pueden guardar compañía, pero pronto se separan para comenzar sus solitarias vidas adultas.

Durante una mañana a comienzos de Junio, ciertas niñas que vinieron de visita encontraron dos críos de Guatusa a lo largo del camino detrás de la casa, al lado del herbaje de helechos *Dicranopteris* donde se refugian estos animales. Uno de los críos escapó dentro del helechal pero nuestra cocinera capturó al otro e insistió en traerlo a casa, justamente cuando empezaba un fuerte aguacero. La Guatusa madre no fue vista. Apenas del largo de mi mano, el pequeño ya tenía dientes. Cuando estaba hambriento o solo, rápidamente repetía una clara nota que me recordaba el reclamo del Hormiguero Calvo. También se quejaba con lloriqueos y gemidos bajos. Todas sus expresiones eran muy diferentes de aquéllas que había oído de adultos. Al prin-

cipio el crío comió un poco de banano, pero en los días siguientes tomó menos y menos y solía comer un poquito de Fruta de Pan cocida. Se le dio leche en una pipeta y con un biberón pero de ninguna manera pudo beber mucho. Después de tres días, murió.

Hace muchos años, mientras permanecía sentado dentro de mi escondite en el bosque estudiando un nido de Hormiguero Dorsicastaño, vi muchas Guatusas en su entorno natural. El nido y el escondite estaban bajo un elevado Arbol de Leche cuyas semillas duras y redondas, regadas sobre el suelo, atraían a esos roedores. Se sentaban sobre sus ancas a comerlas, sacudiendo incesantemente sus orejas para espantar los hambrientos zancudos. El nido en forma de copa, sobre un helecho que ascendía al lado de una pequeña palmera espinuda, estaba sólo a cuarenta centímetros encima del suelo y contenía un único pichón. Una Guatusa pasó casi debajo del nido, luego comió semillas a menos de un metro de distancia, mientras el hormiguero macho incubaba al pichón. Durante media hora, el roedor ignoró al nido; y el hormiguero padre, después de zumbear una vez cerca de la Guatusa, le prestó poca atención. Después de comer, la Guatusa se acercó al nido y lo husmeó con la cabeza levantada. Al punto, el hormiguero saltó fuera y se alejó volando bajo sobre el suelo, mientras la Guatusa brincó cogiendo la misma dirección, probablemente asustada por el súbito movimiento del pájaro más que por perseguirlo. Cuando estuvo fuera de vista entre la maleza, el hormiguero rezongó con un zumbante *wittit wittit wittit*. Pronto la Guatusa regresó a su posición anterior cerca del nido pero no mostró más interés en él. Pocos minutos después, el animal se fue a vagar.

Cuando de nuevo observé el nido cinco días después, el hormiguero cubría tranquilamente a su pichón, mientras una Guatusa se movía en torno como a un metro, ignorándolo. Después de dos días más, cuando el pichón estaba echando largos rudimentos de plumas, el padre, quien lo asistía con mayor constancia, se puso más preocupado ante la presencia de la Guatusa.

Cuando ésta, una de las dos a la vista, se acercó al nido, aquél se dejó caer frente al cuadrúpedo y aleteó apartándose como si se hallara lastimado. Al aproximarse la Guatusa, voló arriba de su alcance. La Guatusa siguió tras el hormiguero a corta distancia, luego se detuvo para olfatear el aire cerca del nido, mientras el pájaro continuaba rezongando. Una y otra vez, cayó al suelo “fingiendo daño” frente a la Guatusa, quien cada vez se paraba en seco después de moverse apenas treinta centímetros o un poco más hacia el pájaro.

Este despliegue de distracción, que pudo haber conducido a un perro u otro mamífero predador del bosque a correr tras el pájaro hasta llevarlo muy lejos del nido, sirvió únicamente para estimular el interés de la Guatusa. Aunque durante una semana por lo menos las Guatusas habían comido semillas alrededor del nido sin prestar mucha atención a éste, ahora aquélla a quien el padre intentaba alejar husmeaba y husmeaba arrugando su ancha nariz, mientras se movía en torno al pequeño macizo de vegetación que sostenía la estructura. Finalmente, la Guatusa tocó el nido con la punta de su hocico —momento en el que sacudí violentamente la tela que me ocultaba haciéndola escapar al galope mientras emitía su acostumbrada nota de alarma como estornudo.

La Guatusa dejó al nido ligeramente inclinado. Al punto regresó directa hacia el nido, por lo que salí de mi escondite y la perseguí hasta que se fue. Pronto el padre trajo otro insecto al pichón. A mediodía afiancé el nido y partí. En la madrugada siguiente encontré al hormiguero madre empollando tranquilamente. Cuando regresé en la tarde el nido había sido arrancado de sus soportes y el pichón había desaparecido, junto con el revestimiento a que estuvo adherido. ¿Fue una Guatusa o alguno de los numerosos comedores de huevos y pichones que acechan en el bosque, el responsable por la destrucción de mi primer nido de Hormiguero Dorsicastaño? En cualquier caso, estoy seguro de que si las Guatusas practican el pillaje sobre nidos de

pájaros a poca altura, éste no habría sobrevivido tanto en su medio. Supuse que si el padre no se hubiera puesto tan excitado por la presencia de ellas, despertando su interés de tal manera, éstas habrían continuado ignorando el nido, como al principio.

Recientemente observé a una Guatusa sorber la clara que reviste el interior de una cáscara de huevo de gallina, que había sido vaciado en la cocina, observación que sugiere que estos roedores pueden coger huevos en nidos de pájaros suficientemente bajos como para ser accesibles a ellos. Sin embargo, de cierto no son ladrones profesionales de nidos; si alguna vez los roban, es probable que se trate de un pecadillo ocasional. En un mundo donde tantos animales son feroces depredadores, y otros, fastidiosos de varias maneras, ¡qué agradable encontrar uno que es siempre bienvenido entre los pájaros libres y las gallinas de nuestro patio, al cual trae interés y animación, sin dar motivo de queja, fuera de una vez en muchos años!

Otro animal, raro al principio de mi venida a Los Cusingos, que ha aumentado en años recientes es el Armadillo de Nueve Bandas. Puesto que los armadillos son principalmente nocturnos, no los veo a menudo, pero con frecuencia encuentro arada por ellos la suave tierra del camino que lleva al bosque. Durante la estación seca, cuando el suelo se pone duro y árido casi por todas partes, buscando lombrices de tierra escarban en un desaguadero al lado de la casa y no desisten fácilmente de hozar en este suelo productivo. Reparar sus daños es con frecuencia laborioso. Después que las lluvias regresan y aflojan el suelo, dejan de molestar.

Cierta mañana de Julio, cuando pasaba entre el bosque de segundo crecimiento camino a la milpa, noté un armadillo joven, menos que medio crecido, adelante del sendero. Estaba hozando el suelo húmedo, metiendo a veces toda la cabeza bajo la hojarasca y enlodando mucho su largo hocico.

Armadillo de Nueve Bandas



Continuó la ansiosa búsqueda de comida mientras yo avanzaba deteniéndome a sólo pocos metros de distancia. Advirtiéndome al fin, descendió hacia el talud más abajo del sendero hozando por intervalos, y entró en una cueva recién perforada, con un montón de tierra acabada de extraer al frente. Cuando llegué al punto, la boca de la cueva estaba obstruida por una gran masa de hojas secas, tal que no podía ver adentro.

Regresando después de haber recogido una mochila completa de maíz verde, hallé al animalito parado en sus patas traseras a la boca de la madriguera, manteniendo sus patas delanteras arriba mientras husmeaba el aire y atisbaba alrededor con sus ojillos de abalorios. Al aproximarme, se deslizó en la cueva. Nunca había visto antes un armadillo tan activo a media mañana. Debe haber estado muy hambriento para exponerse tanto en plena luz del día. Supuse que durante la noche precedente había excavado su madriguera en la ladera, perdiendo tanto de su tiempo usual para forrajear que no pudo satisfacer su apetito antes de romper el día.

Un animal al que veo mucho menos es el Puercoespín Tropical. Cierta mañana nublada, cuando caminaba al lado del matorral que bordea el cafetal, las graves notas rezongadoras de un par de Caciques Picoplata me indujeron a investigar. Dos animales pequeños descansaban bajo el espeso dosel de enredaderas que cubrían un árbol de poca altura. Era difícil ver en la luz difusa, y al principio los tomé por perezosos. Uno estaba enrollado como bola, justamente igual a un perezoso durmiendo, y el otro, algo menor, se estiraba junto al primero, de la manera como a veces he visto un perezoso con su crío medio crecido. El hocico romo desnudo del animal menor era como de perezoso. Cuando me abrí paso más adentro del matorral con mi machete, el animal grande se desenrolló para trepar más alto en la maraña de bejucos, y vi que tenía cola prensil, apéndice que le falta a los perezosos. Luego noté que ambos animales tenían marcas grises entre la piel color castaño oscuro de sus cabezas y pescuezos. Se trataba evidentemente de

espinas, que si se presentaban en el resto del cuerpo estaban tan bien escondidas por el grueso pelaje que no pude distinguirlas. Estos animales eran sin duda una madre y su hijo.

En un año posterior, mientras podaba los árboles de sombra del cafetal, advertí un puercoespín enroscado al mediodía entre el follaje apiñado de un árbol de Guaba, bien arriba del suelo. Tal parecía ser la manera usual del puercoespín de pasar las horas diurnas, para volverse activo después de caer la noche, en que come follaje, cogollos tiernos, y corteza. He oído contar aquí en Costa Rica, acerca de perros tan cubiertos con espinas de puercoespín que morían miserablemente. La gente del campo cree que el puercoespín puede lanzar sus espinas a distancia, lo cual es indudablemente falso. A diferencia de la mayoría de mamíferos con cola prensil, que la enrollan hacia abajo para asir una rama por la superficie ventral, los puercoespines tropicales Americanos del género *Coendou* tienen pelada la superficie superior de la cola y la doblan hacia arriba para agarrar un apoyo. En "Mamíferos Neotropicales", José Ignacio Borrero reporta que a la emparentada especie Colombiana se la come el Puma, en cuyo estómago se han encontrado púas de puercoespín que no hirieron sus órganos internos⁽¹⁾. Sea como sea, un naturalista a quien yo conocía bien, vagabundeando por las selvas de Costa Rica cuando éstas eran más vastas y salvajes que hoy en día, cierta vez encontró un Jaguar con la boca horriblemente lacerada por espinas de puercoespín. Esta experiencia sobre la asperidad de la naturaleza, hizo flaquear la fe en Dios de mi amigo.

(1) José Ignacio Borrero, "*Mamíferos Neotropicales*", mimeografiado (Cali, Colombia: Universidad del Valle, 1967).

6. *El amistoso pájaro hormiguero bicolor*



A uno le puede suceder, que andando largo trecho en un bosque del trópico, no encuentre aquí y allá más que un pájaro solitario. Justo cuando el caminante empieza a sospechar que las informaciones leídas sobre la variedad y esplendor de la avifauna tropical son muy exageradas, de pronto atrae su atención un coro de voces menudas que se oyen en alguna parte, a distancia. Siguiendo los sonidos, se le presentan a la vista aladas figuras revoloteando a través de matas, palmas bajas y helechos entre la maleza oscuramente iluminada. Pareciera que una gran parte de los habitantes emplumados del bosque circundante se han congregado en este único punto. La mayoría viste colores desvanecidos —castaños, aceitunados, grises— que se mezclan con la corteza de los árboles y las hojas secas sobre el suelo. Algunos posan en ramitas bajas, otros se agarran de esbeltos tallos verticales, ciertos se pegan a delgados troncos como los carpinteros. De cuando en cuando se lanzan rápidamente hacia atrás y adelante o caen por un momento al suelo.

La excitada multitud emplumada emite una mescolanza de chirridos, piados, cascabeleos, silbidos, y trinos. En intervalos de relativo silencio, el

oído fino puede detectar un sordo, susurrante sonido, hecho por incontables patitas sobre las hojas caídas. Mirando hacia abajo, uno ve que el suelo debajo de los pájaros está cubierto con un hervidero de hormigas —hormigas guerreadoras ciegas, color café opaco o negruzco. Cuando las hormigas embisten bajo la hojarasca y se enfilan en los troncos de los árboles, todas las pequeñas criaturas escondidas en tales lugares, saltan para salvarse. Grillos, cucarachas, mariposas, arañas, cienpiés, así como ocasionalmente una pequeña rana, lagartija o culebra, se precipitan fuera de sus escondites y muchos que escapan de las hormigas son arrebatados por los atentos pájaros. La facilidad de encontrar alimento, al lado del ejército de hormigas en busca de forraje, es lo que ha congregado a esta abigarrada muchedumbre de criaturas emplumadas.

Conspicuo entre los seguidores de hormigas guerreadoras, hay un pájaro del tamaño de un pinzón, con un plumaje superior de vívido color café castaño y una ancha banda blanca a lo largo de la parte inferior desde la barba al abdomen. Los ojos grandes y oscuros se incrustan dentro de un área de piel desnuda azul brillante, debajo y detrás de la cual las mejillas y las cubiertas de los oídos aparecen negras. Se trata del pájaro Hormiguero Bicolor. Permanece de preferencia adherido a tallos delgados y verticales, más que sobre ramitas horizontales, aproximadamente a un metro del suelo. Estirando la inferior de sus patas grisazuladas y doblando la superior, se las arregla para mantener el cuerpo casi vertical, a despecho de su manera de posar. Cuando quiera que sus penetrantes ojos columbran algún pequeño invertebrado tratando desesperadamente de escapar a las hormigas, desciende para atrapar al fugitivo, regresando en un instante a una percha baja, con la víctima en su pico negruzco. Es un pájaro voluble, que repite constantemente su llamado medio caprichoso, medio burlón, consistente en una serie de claras notas cortas subiendo en tono hacia el final: *wi wi wi wi wi wi wi wuir*. A veces termina la serie con dos o tres notas bajando en tono —este llamado tiene muchas variaciones. Con frecuencia, tres o cuatro y a veces

Hormiguero Bicolor



hasta seis de estos atractivos pájaros se juntan alrededor de un enjambre de hormigas, con numerosos colegas de otras especies.

Mientras caminaba por el bosque durante una mañana nublada de Febrero, hace muchos años, noté a un solitario Hormiguero Bicolor entre la maleza cerca del borde del sendero. Se mantenía con tanta persistencia en un solo punto que me indujo a rastrear su nido. Buscaba éste más intensamente por cuanto nunca había visto un nido de tal especie, aunque lo había perseguido mucho en bosques donde el pájaro es medianamente abundante. Mientras atisbaba dentro del centro hueco de un tronco de palmera y escudriñaba las cavidades entre sus numerosas raíces de apoyo, el pájaro parecía estar examinándome desde los matorrales a escaso metro y medio. Cuando arranqué a caminar alejándome, el pájaro me siguió. Moviéndome despacio y observándolo con el rabillo del ojo, vi que estaba atrapando insectos que escapaban de la hojarasca al pasar yo. Procurando agitar los desechos del suelo y evitando movimientos bruscos, le conduje a través de la maleza del bosque por cien metros más o menos, una holgada travesía en que fue recompensado con muchas pequeñas criaturas comestibles. Claramente, me estaba usando en vez de las hormigas guerradoras, para espantar a los insectos tan difíciles de encontrar mientras se esconden inmóviles y camuflados bajo la hojarasca.

Tal fue la primera de muchas excursiones similares que este pájaro hormiguero y yo hicimos juntos. Cuando llegamos a intimar, necesité de un nombre para mi amiguito del bosque, y "Jimmy", más corto que *Gymnophys bicolor*, me pareció tan bueno como cualquier otro. Mientras caminábamos juntos a través de la arboleda, solía repetir este nombre con objeto de acostumbrarlo a mi voz. Pero yo estaba dudoso acerca de la propiedad de tal apelativo masculino. Los sexos del Hormiguero Bicolor se miran iguales, y Jimmy bien podía ser hembra.

Jimmy sigue al autor bajando una ladera



A veces, cuando caminaba a través del bosque cerca de la casa, me encontraba a Jimmy —aunque a menudo él me encontraba a mí. Mientras estaba observando a otro pájaro, él me advertía de su presencia con una baja e interrogante nota. Mirando hacia abajo, podía verlo adherido a un tallo vertical, a treinta centímetros del suelo y difícilmente a un metro de distancia. Con frecuencia solía esperar pacientemente cerca de mi lado, quizá arreglándose las plumas, hasta que yo terminaba mi observación del otro pájaro. Entonces, si yo disponía de tiempo, comenzábamos la holgada travesía que a él le gustaba. No intentaba acompañarme si yo caminaba a prisa.

Frecuentemente usaba una vara en vez de mis zapatos para revolver los desechos del suelo. Siempre que un bicho conveniente quedaba expuesto, Jimmy se lanzaba a cogerlo con un *clack* de su pico. Tenía preferencias definidas y no ponía atención a ciertos insectos que a mi ver eran tan apetitosos como otros que devoraba golosamente. Entre las criaturas que desdeñaba había ciertas mariposas nocturnas, aunque comía otras clases de ellas. En la estación húmeda, variaba su dieta con ranitas, de tres centímetros o menos de largo, golpeándolas contra su percha antes de tragarlas. Si veía un insecto al escape sumergiéndose bajo las hojas caídas, descendía a una ramita baja o al suelo y las apartaba hacia un lado con rápidos movimientos laterales de su pico, como lo hacen los gallitos hormigueros, los tororoies y muchos otros que se alimentan en el suelo. A veces, mientras perseguía un fugitivo, se alejaba algunos metros de mí, pero pronto, con rápido vuelo rasando el terreno volvía a mi lado de nuevo. O, si yo dilataba mucho en un mismo lugar, me recordaba su presencia repitiendo su baja nota gutural, mientras se adhería a un retoño cerca de mí.

En la temporada de reproducción, Jimmy a veces me seguía mientras yo iba en busca de nidos que estudiar. Estas travesías eran más provechosas para él que para mí, porque le proporcionaban muchos insectos, y a mí, raras

veces un nido. Durante ciertas ocasiones, nuestros viajes en conjunto se extendían por una hora o más, y en una oportunidad anduvimos aproximadamente ochocientos metros, que parece distancia larga en el bosque. El trayecto pudo haber dejado a Jimmy muy lejos del alcance de su territorio. Aunque rehusó seguirme cuando yo retornaba a lo largo de un sendero del bosque poco frecuentado, aparentemente no tuvo dificultad en encontrar el camino de su casa. Pocas semanas más tarde, lo hallé en la parte de la floresta donde vivía.

Jimmy no se habría arriesgado ir más allá de la orilla del bosque espeso hacia los iluminados bosquecillos de segundo crecimiento o potreros, donde yo hubiera podido conseguir para él grandes saltamontes. Aunque él recogía insectos a mis pies, alzaba el vuelo cuando mi mano se le acercaba sin permitir nunca que lo tocara. Sin embargo, no ponía objeción a que le rascara las plumas con la punta de una varita. Cuando se acostumbró completamente a mí, probé sus reacciones a los ruidos y resultó que permanecía inmóvil mientras yo palmeaba o gritaba muy duro. Ni se alarmó cuando le sacudí los arbustos en que se colgaba. Tampoco se alejaba de mí por una larga separación, y después de un intervalo de varios meses en que no me topé con él, se acercó a mí como si nuestro último encuentro hubiera sido ayer. Ningún otro pájaro libre llegó a intimar tanto conmigo. Su confianza en mi inocencia alegraba mi corazón.

Puesto que nunca he conocido ni oído de otro Hormiguero Bicolor, o pájaro de cualquier clase, que siguiese a los humanos en un bosque tropical, concluí que Jimmy era un genio original que había descubierto que los bípedos sin plumas pueden servir como proveedores de alimentos; tal como las Garcillas Bueyeras y los tijos usan a las vacas y otros animales de pasto para recoger insectos, y en el Oriente ciertos cálaos emplean monos arbóreos. Mis caminatas con Jimmy se extendieron por un período de dieciséis meses, después del cual, por casi tres años no pude inducir a ningún pájaro hormi-

guero para que me siguiera. Eché de menos su tranquila compañía en mis solitarios paseos por el bosque.

Luego, un día, otro Hormiguero Bicolor me acompañó por un trecho, tal como lo hiciera Jimmy. Por el largo intervalo en que me siguió, como no había sucedido con ningún hormiguero, concluí que era éste un individuo diferente, quizá un descendiente que había heredado el modo peculiar de Jimmy. Por consiguiente, le llamé "Jameson". En años subsiguientes, de cuando en cuando, me he visto seguido a través del bosque en Los Cusingos por hormigueros, a veces por dos juntos, evidentemente apareados. Es posible que por no haberme esforzado en intimar con ellos, ninguno de estos otros pájaros me siguió tan lejos como lo hacía Jimmy.

Algunas veces ciertos Hormigueros Bicolores jóvenes, fácilmente reconocibles por su plumaje inferior más oscuro y las esquinas amarillas de sus bocas, han estado casi al alcance de mi brazo e incluso me han seguido por distancias cortas; pero nunca pudieron ser inducidos a tomar una larga jornada y capturar los insectos que yo espantaba, talvez porque ellos recibían aún alimentos de sus padres, que andaban por allí cerca. Eran sólo curiosos o simplemente amistosos.

En ocasiones, especialmente en Junio, los pájaros hormigueros que me seguían, en vez de comerse de una vez los insectos mayores que capturaban, los acarreaban a través del bosque, sugiriendo que estaban alimentando pichones. Para mi gran decepción, nunca logré seguirlos hasta un nido, si es que lo tenían. Pero una vez al pasar por un oscuro sendero del bosque a mediados de Agosto, un Hormiguero Bicolor se prendió a un tallo cerca de mi lado, con un insecto gordo en su pico, repitiendo sin cesar un bajo y rezongante *churr*. Esto me indujo a buscar entre la maleza, y mientras me movía en derredor, el pájaro se lanzó tan cerca que su ala me rozó la pierna. Luego se dejó caer al suelo, arrastrando y golpeando sus alas extendidas, en

una excelente actuación para distraerme. “Fingió daño” repetidamente en varios sitios a sólo un metro o dos de mi pie.

Finalmente, descubrí dos pichones descansando muy juntos en el suelo, como si se hubieran caído. Aparentaban tener seis días de edad porque mostraban plumas recién salidas color plumizo y sus ojos ya estaban abiertos. Tenían grandes rebordes blancos en las esquinas de la boca. Eran fríos y lentos en sus movimientos, y uno tenía sangre fresca sobre su costado.

Un poco más de búsqueda me reveló de donde habían venido. Cerca de allí estaba el tocón de lo que había sido una alta palmera pinada. Era apenas de unos quince centímetros de alto, y la parte central había decaído, dejando un profundo hueco rodeado de una cáscara papirácea. El frágil tocón había colapsado en parte dejando escurrir nido y pichones sobre una hoja de palmera que yacía a su lado. El nido se constituía de grandes trozos de hojas de palmeras parcialmente marchitas, formando un delgado petate, revestido por encima con gruesas raíces fibrosas y materiales semejantes.

Mientras examinaba los restos del infortunado nido, el padre se comportaba de la manera más extraordinaria. Con esfuerzo, se tragó de un golpe el grueso insecto que sostenía y ya con el pico vacío, repetía incesantemente un como vibrante *per-r-r-r*, a la vez quejumbroso y protestativo. Varias veces más se arrastró en el suelo frente a mí, golpeando sus alas, en un esfuerzo por alejarme de los pichones. Cuando los puse frente a su padre teniéndolos sobre la palma de mi mano, éste avanzó y me mordió un dedo tres o cuatro veces, no tan duro como para herirme. Con la excepción de un Batará Plumizo macho, que me pellizcó el dedo al meterlo en su nido mientras su compañera “fingía daño” en el suelo para alejarme, ningún otro pájaro del bosque se ha atrevido a atacarme. Extendiendo un pañuelo sobre las hojas caídas, coloqué los tórpidos pichones sobre éste, mientras arreglaba una nueva casa para ellos. El padre se posó o se sentó en el suelo, frente al

pañuelo con sus críos, y permaneció inmóvil, observándolos o cuidándolos, durante los diez minutos o más que los dejé allí.

Después que hube improvisado un nido en la vaina hueca de una fronda de palmera, deposité en él los pichones, mientras el pájaro hormiguero me observaba atentamente. Luego me alejé, confiando en que un padre tan devoto no desatendería a sus pequeños. Pero, cuando regresé a la mañana siguiente, ambos estaban muertos, uno en la vaina de la palmera, el otro yaciendo en el suelo cerca de allí. Probablemente no fueron calentados en el nido temporal.

Después de suceder esto, siempre miraba en cada tocón hueco de palmera que encontraba y también dentro de las vainas largas, casi cilíndricas, que forman la base de las grandes hojas caídas de las palmeras, pues pocos años antes, Joselyn Van Tyne había publicado una reseña del descubrimiento de un nido de Hormiguero Bicolor, en situación semejante en Panamá⁽¹⁾. Al siguiente Mayo, no lejos del punto donde encontré los pichones caídos, me asomé dentro de un tocón bajo de palmera y encontré a un Hormiguero Bicolor sentado allí, devolviéndome la mirada. Me encaró por un minuto aproximadamente, luego saltó fuera e hizo un despliegue de distracción sobre el suelo, cerca y enfrente de mí. Su valida dejó al descubierto dos huevos color crema, espesamente marcados con manchas alargadas de color rojizo—chocolate, que yacían sobre un nido compuesto de un puñado doble de fragmentos de hojas, con un delgado recubrimiento de raicillas y otros materiales fibrosos.

El tocón, de aproximadamente veinticinco centímetros de altura, se había reducido por decaimiento a una delgada cáscara, tan frágil que no me

(1) Joselyn Van Tyne. "The nest of the anthebird *Gymnopathys bicolor*", *Univ. Mich. Mus. Zool., Occas. Pap.* N° 491 (1944): 1-5.

atreví a introducir una mano dentro de la profunda y estrecha cavidad para sacar y medir un huevo. Mientras examinaba el nido y tomaba notas, el pájaro hormiguero daba vueltas a mi alrededor, emitiendo un vibrante *per-r-r-r*, punteado por una nota más alta y aguda. En un momento dado, intentó ahuyentarme, acercándose hasta el alcance de mi brazo y luego caminando frente a mí con pasitos afectados. Cuando finalmente, habiendo completado mis notas, hice por retirarme, el padre me siguió, cerca de un metro o dos. Luego, sin demorarse, fue a mirar dentro del tocón para ver si sus huevos estaban allí todavía. Después de un segundo examen, se puso a incubar, mientras yo permanecía observando retirado a corta distancia. Raras veces he visto a un pájaro demostrar tan obvio interés por el destino de su nido.

Monté un escondite y dediqué dos mañanas enteras y toda una tarde a estudiar el modo de incubación de los pájaros hormigueros. Sus sesiones sobre los huevos eran asombrosamente largas, aun para pájaros hormigueros, una familia que suele sentarse en el nido por períodos más prolongados que aquéllos de los pájaros canoros. Una mañana, uno de los padres incubó desde las 6:25 a las 12:04 —casi seis horas. Otra mañana, tomé el tiempo de una sesión que duró cuatro horas y cuatro minutos. Estas significaban largos ayunos para un pájaro pequeño. Las sesiones de la tarde eran más cortas pero una se extendió alrededor de tres horas. Por otra parte, nunca vi a un padre reemplazar al otro. Algunas veces, después de una sentada de varias horas, el pájaro se iba, dejando los huevos desatendidos. Otras veces, el compañero venía y llamaba al que estaba de turno sentado en el nido, y entonces ambos se alejaban juntos. En ambos casos los huevos pudieron estar desatendidos por períodos variando entre cinco minutos a una hora y media. A menudo el pájaro que regresaba al nido traía una raicilla o fibra para depositarla debajo de los huevos.

Puesto que no podía distinguir a los miembros de la pareja, tampoco podía averiguar si la incubación era ejecutada por el macho, la hembra, o

ambos sentándose alternadamente. Recordando que Jimmy me permitía tocarlo con un palo, enrollé un algodoncito al extremo de una vara larga, la unté de pintura, y tocando a los padres cuando ellos revoloteaban cerca de mí protestando por mi intrusión, coloqué manchas blancas en el uno y puntos bermellones en el otro. Mediante la observación continua de los pájaros marcados, no quedó duda de que tanto el macho como la hembra se turnaban calentando los huevos, como parece ser costumbre invariable en la familia de los pájaros hormigueros. Con especies en que los sexos difieren de coloración, no es difícil saber que la hembra regularmente se hace cargo del nido por la noche. Aquél sobre el cual había colocado la mancha blanca, empollada durante la noche, de donde inferí que éste era la hembra.

Catorce días después de encontrar los huevos, visité el nido en noche de luna. Mirando dentro del tocón con la luz de una lámpara de mano, vi una masa de plumas tan flojamente esparcidas y desgreñadas que no parecían estar adheridas a un pájaro viviente. Tal relajamiento completo del plumaje es típico de los pájaros hormigueros al dormir en sus nidos. La madre, que estaba marcada con blanco, continuó dormitando mientras la luminosidad aumentaba y los pájaros del bosque gradualmente se ponían activos. Aun después de despertarse, no se fue, a pesar de que me incliné sobre ella y suavemente di golpecitos a un lado del tocón. De pronto, un débil piar filtrándose por entre la maternal cobertura me reveló la causa de este creciente apego al nido. Cuando al fin el pájaro hormiguero saltó, fue para arrastrarse a mis pies en un realístico acto de “fingir daño”, repetido una y otra vez, hasta que yo le puse fin retirándome unos pocos pasos. Al instante, la madre regresó a sus pichones recién salidos del cascarón. Las cáscaras vacías aún no habían sido removidas.

Los recién nacidos tenían piel oscura color carne, totalmente desprovistos de plumón y el interior de sus bocas era amarillo naranja. Al segundo día de salidos del cascarón, fueron alimentados once veces entre el amanecer

y el mediodía, siete por el padre y cuatro por la madre. En cada visita, el progenitor traía un solo insecto, que sostenía en su pico y lo entregaba mientras se adhería al interior del tocón, en posición invertida, con su cola al aire. Ambos padres se turnaban cubriendo los críos, sentándose cada uno a veces por más de una hora de un tirón.

Cuando los pequeños tenían cinco días de edad, se erizaron de largas plumas todavía encerradas en sus vainas, y podían abrir sus ojos, aunque la mayor parte del tiempo dormitaban. Sus padres habían ya simulado daño delante de mí docenas de veces, mucho más que cualquier otro pájaro que yo haya estudiado. Sin embargo, cuando se presentó un depredador, tales astucias fallaron para salvar a los pichones, probablemente porque aquél llegó de noche. Al sexto día después de romper los pichones el cascarón, regresé para encontrarme con que su nido había sido atacado, como sucede a la gran mayoría de nidos en los bosques tropicales. No obstante la tremenda pérdida de huevos y recién nacidos, uno puede inferir la consoladora idea de que los adultos tienen que ser longevos; de otro modo, no podrían criar suficiente progenie que los sustituya, y su clase desaparecería de la tierra.

En la misma loma larga y boscosa donde conocí a Jimmy y encontré mis primeros dos nidos de Hormigueros Bicolores, descubrí en años posteriores, cuatro más, uno de los cuales utilizaron por dos años consecutivos. Todos estaban en tocones que por decadencia se habían reducido a frágiles cáscaras huecas, y excepto uno, eran de palmeras. Variaban en altura, de treinta a ochenta y seis centímetros, y cada uno contenía, en el usual petate de hojas muertas revestido con fibras, dos bonitos huevos. Uno de estos tocones tenía un agujero al lado, a través del cual se veían los huevos y se proyectaba parte del material que formaba el nido. Cuando uno de los padres incubaba, su claro plumaje ventral tapaba el hueco.

Puesto que todos mis nidos fueron encontrados después de haberse completado la puesta de los huevos, no pude determinar el período de incu-

bación, que Edwim O. Willis, quien por años estudió a los Hormigueros Bicolores en Panamá, encontró ser de quince días en un nido y dieciséis en otro. (2) De los seis nidos que yo encontré con huevos, siendo éstos doce en total, sólo tres jóvenes pelecharon, a edades de quince y trece o catorce días. Un tercio de estos nidos, o un 33 por ciento, produjeron uno ó dos jóvenes emplumados listos para el vuelo, ligeramente más exitosos que los encontrados por Willis en Panamá, donde solamente cinco de dieciocho nidos, o un 28 por ciento, produjeron jóvenes emplumados que volaron. De mi nido con el agujero al lado, los huevos se resbalaron. En otro, los huevos fueron abandonados. De uno, los huevos los tomó un depredador, y de otro se llevaron al pichón. Los dos nidos con éxito, estuvieron en el tocón más alto por años consecutivos.

Al recordar mi camaradería con Jimmy, después de un tercio de siglo, ésta permanece como una de las experiencias más memorables de mi vida dedicada al estudio de los pájaros tropicales. Ningún otro pájaro libre de los que conocí, ha confiado tanto en mí, ni se ha aproximado sin vacilación a la forma humana, que infunde temor a la mayoría de las criaturas silvestres. Sin embargo, en nuestra relación faltaba algo para hacerla completamente satisfactoria. Para ello, se hubiera necesitado algún intercambio de ideas, alguna revelación mutua de sentimientos o sensibilidad. Nuestra comunicación fue demasiado objetiva, demasiado superficial. Pero estoy pidiendo mucho. El me dio su confianza; nunca cuestionó la honestidad de mis intenciones. Haber merecido el crédito de una tímida criatura silvestre, basta para ensanchar la estimación que uno tiene de sí mismo.

(2) Edwim O. Willis, *The Behavior of Bicolored Antbirds*, Univ. Calif. Pub. Zool., 79 (1967), po. 1—132. Una reseña más detallada de Pájaros Hormigueros Bicolores, se da también en "Life histories of Central American birds" del presente autor, vol. 3, *Pacific Coast Avifauna*, No. 35 (Berkeley, Calif.: Cooper Ornithological Society, 1969).

7. *El plantío de banano*



Al extremo norte de Los Cusingos, se extiende con amplitud un depósito aluvial de limo liviano, rico y negro, mezclado con innumerables piedras de todo tamaño, entre el Río Peñas Blancas, que lo trae allí, y la quebrada tributaria. En este lugar, separado de la casa por la quebrada, cosechamos alimentos para nuestra casa durante varios años, incluyendo bananos, plátanos, y cultivos subterráneos tales como Yuca (Mandioca), Tiquisque y Malanga (Taro). Los dos últimos son miembros de la familia de las aroideas, lejanamente emparentados con el Juan-en-Púpito y el Repollo Zorrino. Las plantas del banano, que a despecho de su impresionante tamaño son hierbas gigantes desprovistas de madera, producen generosos racimos de fruta solamente por cinco o seis años; y los plátanos—grandes y sólidos, que se comen cocinados más que crudos— dan bien únicamente por dos o tres años. En consecuencia, a intervalos plantábamos más ejemplares de ambos, sobre terreno fresco, hasta que hubimos cubierto varias hectáreas con bananos. Cada vez que sembrábamos de nuevo, los intercalábamos con cafetos, que florecían mientras las matas de banano crecían endebles. Finalmente, tuvimos un plantío de café cubriendo buena parte del lindero norte de la finca.

No obstante la dificultad de darle mantenimiento a un puente hecho de troncos, que se pudría si antes la quebrada no lo arrastraba al inundarse, ésta

era la parte de la finca más conveniente para sembrar provisiones. Pero tenía una gran desventaja: hallábase fuera de la vista de la casa, y próxima a un camino público que la hacía fácilmente accesible a los ladrones. Además, la invadían con frecuencia cerdos de la vecindad, que arrancaban los cultivos no obstante súplicas y amenazas a sus dueños para que los mantuvieran en casa, y el disparo legal que hice en cierta ocasión contra un cerdo transgresor. Cansado de que nos robaran los productos, cuando fue necesario plantar banano otra vez, decidí sembrarlo en un sitio apartado, menos accesible a merodeadores, fueran éstos de dos o cuatro patas.

El área que escogí para el nuevo bananal estaba próxima al río, en medio del bosque, donde quedaría mucho menos expuesto a ser visto por transgresores que el viejo plantío. El terreno rico y pedregoso, un antiguo lecho de río, había sido descombrado de árboles selváticos y cultivado antes que yo comprara la finca; pero después de descansar por más de treinta años, se hallaba cubierto de bosque de segundo crecimiento donde medraban árboles de la familia del tilo (*Goethalsia meiantha*), rectos y esbeltos, muy por encima de treinta metros. En Agosto se cundían de pequeñas flores color amarillo pálido, a las que seguían frutos alados. Bajo su sombra florecía una gran variedad de helechos, aroideas, pequeñas palmeras, y heliconias, junto con dos bellos arbustos de la familia del acanto, cuyas flores largas y tubulares eran visitadas por colibríes piquilargos. El primero de éstos en florecer era siempre el *Poikilacanthus macranthus*, que por Agosto y Septiembre desplegaba delicadas flores color lavándula encima de pequeñas hojas velludas, sobre tallos quebradizos de escasos tres metros de alto. Seguían las brillantes flores rojas de la *Razisea spicata* más robusta, que continuaban luciendo bajo la sombra del bosque hasta comenzar la estación seca del nuevo año.

Entre los helechos que medraban sobre troncos y sobre suelos profundamente sombríos, había una clase muy curiosa que crecía sobre y entre

Mata de banano con nido de Colibrí Ermitaño debajo de una hoja



rocas, *Leptochilus cladorrhizans*. Siendo uno de los “helechos que caminan” sus frondas más grandes terminaban en proyecciones con forma de tiras, algunas veces de noventa centímetros de largo, que desarrollaban a intervalos tres yemas. Donde tocaban el suelo, estos botones germinaban en una nueva planta de helecho. En la proximidad había una especie de *Dryopteris* con un botón en la punta de cada fronda mayor.

Antes de que este bosque creciera tan alto y denso, un grupo cantor de Colibríes Colidorados machos se había establecido entre las copas de los árboles. Durante años los oí, principalmente en los primeros meses de la estación seca, repitiendo sus agudas y débiles notas todo el día, cada macho en su propio sitio, donde podían oírlo sus vecinos, intentando atraer hembras con huevos por fertilizar. Aquí también encontré, en un tronco decadente, el único nido que he visto en mi vida del elegante Carpintero Alirrufo, y, más próximo al suelo, algunos endebles nidos de Paloma-Perdiz Rojiza y Tororoi Pechirrayado.

Haber sacrificado todo este lindo bosque a las prosaicas necesidades del estómago hubiera sido intolerable; pero escogí para el bananal casi cuarenta áreas en la parte más baja, lejos del potrero que lo bordeaba. El primer paso en la preparación de la tierra fue sembrar maíz “de postrera”. Se sembró al voleo, durante el lluvioso mes de Septiembre, esparciéndolo a través del bosque, luego por debajo de éste se chapodó la maleza con machetes largos, y finalmente, se tumbaron los árboles altos, formando una maraña casi impasable de troncos, ramas, y bejucos. Las robustas matas de maíz crecieron entre el desorden de vegetación moribunda, que mientras tanto decayó haciendo más fácil limpiar el suelo para plantar bananos.

El descampado donde sembramos el maíz colindaba con la antigua selva, a través de la cual vagabundeaba una pandilla de Monos Cara Blanca,

aislados de los otros de su clase por las fincas circundantes, y escapando de cazadores furtivos año tras año, gracias a su extrema cautela. En Enero, cuando el maíz estaba alcanzando su consistencia lechosa, estos monos dieron con él, y dejaron poco para nosotros. Sus depredaciones no me alarmaron, porque sabía que no me robarían los bananos, ya que éstos los cortaríamos verdes para madurarlos en casa. A diferencia de caballos y vacas, los Monos Cara Blanca no gustan del banano verde.

En Febrero, después que se hubo recolectado el remanente de la cosecha de maíz, plantamos parte del descampado con retoños de banano, regularmente espaciados al tresbolillo, tomados de un bananal más viejo. En el resto, dejamos que se desarrollara un denso matorral de arbustos, árboles jóvenes y rastreras, hasta que lo necesitáramos para futuras extensiones, cuando el primer plantío perdiera su vigor. Al año siguiente, después que las matas de banano crecieron altas y se cargaron de frutos, la pequeña plantación comenzó a dar doble cosecha, una esperada, la otra como bono imprevisto.

Durante años, en Los Cusingos y dondequiera, he encontrado cierta cantidad de pájaros anidando en matas de banano. A veces, ciertos pájaros grandes como las Urracas Pardas construyen sus nidos abultados y abiertos con palitos gruesos al centro del penacho de grandes hojas. Aquí el nido descansa sobre el codo del fornido vástago que se dobla al soportar el colgante racimo de frutas, después de emerger el tallo entre las vainas de hojas traslapadas que forman la mayor parte del aparente tronco de la planta. Pájaros menores como Yigüirros o Cenzontles, los construyen a menudo encima del tope del racimo, donde los “dedos” volteados hacia arriba a la “mano” superior de bananos forman un cuenco como de mano humana ahuecada; en este punto el nido no puede escurrirse entre los frutos de piel lisa. He encontrado también Tortolitas Rojizas anidando en este sitio. Tangaras pequeñas no raras veces ocultan sus nidos en el centro de un

racimo, entre dos manos de frutas. Un par de Tangaras Azulejas, alimentando pichones en tal situación, se vieron en una creciente dificultad para deslizarse hacia adentro y hacia afuera cuando los frutos que engrosaban, estrecharon la abertura entre dos bananos a través de la cual pasaban. Sus pichones posiblemente habrían quedado sin acceso y muerto de inanición si yo no hubiese advertido el apuro de los progenitores y ampliado su puerta de entrada.

Mientras los frutos se mantienen demasiado pequeños para cortarse, los pájaros que anidan sobre matas de banano se hallan posiblemente tan protegidos de muchos animales tropicales comedores de huevos y pichones como estarían en cualquier otra parte —quizás un poco más seguros a causa del escondite que ofrecen los racimos. Pero si la anidación continúa por mucho tiempo, los huevos y los jóvenes corren gran peligro, porque en una plantación bien atendida las frutas son siempre cosechadas aún verdes, y los trabajadores de la plantación no se inclinan a prescindir de un racimo debido a que éste albergue un nido de pájaro. En verdad, a pesar de nuestras benévolas intenciones, hemos cortado a veces cierto racimo de frutas y encontrado después un nido, ocasionalmente todavía ocupado, tan bien escondido en su interior que resultaba invisible. Si el racimo se deja madurar sobre la planta, los pájaros no estarán en mejor condición, porque los animales de muchas clases que son atraídos por las frutas aromáticas pueden encontrar por añadidura huevos o pichones, en hora buena para su pitanza.

Aun la hembra del Bolsero Capuchinegro, que cuelga su bolsa tejida a una hoja de bananero por medio de fibras cosidas a través de perforaciones entre la ancha lámina, debe terminar su anidación previo a sazonar la fruta, porque al cosecharla se corta todo el “árbol” —nunca cargaría una segunda cosecha, si no es porque los retoños que crecen alrededor de su base siguen dándola. Los colibríes que adhieren sus nidos a hojas de banano —tal como luego veremos— deben así mismo criar sus hijos antes de que la fruta esté lista para cortarse.

Aunque antes había yo encontrado muchos otros pájaros utilizando matas de banano para sostener sus nidos, jamás había conocido a un colibrí que lo hiciera; algo más, nunca había visto un nido de ninguna de las dos especies que descubrí anidando dentro del plantío o a su orilla durante un memorable 2 de Agosto de 1967, al año siguiente de sembrados los bananos. En todos mis años en América Central, jamás antes encontré un solo individuo de Ermitaño Bronceado, cuyo nido advertí primero. Mientras observaba este nido recién encontrado, vine a saber que cierto Ermitaño Barbudo estaba construyendo en la proximidad. Aunque, por muchos años, había oído, encantado, los quejumbrosos cantos prolongados de Ermitaños Barbudos machos posando a poca altura entre la penumbrosa maleza debajo del antiguo bosque vecino, fallé en encontrar el nido de la hembra. Hallar en un día dos nidos de clases que nunca antes viera, siendo uno de los pájaros muy nuevo para mí, en una finca donde había estudiado pájaros por un cuarto de siglo, resultaba tan excitante como inesperado. En el júbilo del descubrimiento, di gracias a los ladrones que me hicieron esconder el nuevo plantío en este lugar apartado.

El Ermitaño Barbudo es uno de los colibríes de color opaco, con picos largos y curvados que habitan la oscura maleza debajo de las húmedas selvas tropicales y son conocidos colectivamente como “ermitaños”. Al igual que en otros ermitaños, los sexos difieren poco. Las partes superiores, incluyendo el par intermedio de plumas de la redondeada cola, son de color metálico verde bronceado. Cuando está desplegada, la cola revela tres anchas bandas en contraste, la interior blanca, la media negra opaca, y la exterior blanca o anteaada pálida. Un parche oscuro con márgenes anteados cubre las mejillas y los auriculares. La barba y garganta son oscuras, el pecho canelo rojizo, y el abdomen gris anteado. Ciertas veces, mientras me abría paso trabajosamente entre el enmarañado sotobosque, un ermitaño barbudo levantó vuelo para revolotear en torno mío casi a una distancia no mayor que el largo de mi brazo, con evidente propósito de inspeccionar al extraño bípedo que invadía

sus dominios. No obstante, mientras construyen y atienden sus nidos, los ermitaños barbudos son suspicaces y deben observarse de largo, o desde un escondrijo.

Las hojas del banano se desgarran fácilmente desde sus finos bordes hasta sus gruesas venas centrales, que en lugares ventosos se convierten en largas varas orladas de tiras angostas, ondulantes y verdes. En nuestro plantío abrigado por altos árboles, las hendeduras son pocas pero de ninguna manera faltan. El nido de Ermitaño Barbudo que hallé en proceso de construcción el dos de Agosto colgaba a tres metros sesenta centímetros sobre el suelo, asegurado bajo una tira de hoja de banano de casi cuatro centímetros de ancho, la cual formaba un techo verde encima del nido, protegiéndolo del brillante resplandor matinal y albergándolo contra los aguaceros de la tarde frecuentes en esta época. Al terminar, el nido era un cono invertido. Desde la cavidad superior donde fueron depositados los huevos, se adelgazaba hacia abajo hasta parecer una cola fina que colgaba debajo de la punta de la tira de hoja soportante.

El cuerpo pardo oscuro del nido lo constituía un tejido tosco, rígido y resaltante, compuesto principalmente de delgados y alambrios tallos ricamente ramificados de musgos y hepáticas, sobre el cual las pocas hojas diminutas que permanecían se hallaban secas y arrugadas. Adheridas al exterior habían pequeños trozos de líquenes foliáceos color gris pálido y fragmentos de musgo verde. El escaso recubrimiento consistía principalmente de unos cuantos filamentos del negro “pelo de caballo vegetal” —hebras fungosas que reptan sobre tallos y ramas en bosques tropicales húmedos. Aunque las paredes eran más bien gruesas, estaban construídas tan flojamente que pasaba mucha luz entre ellas. El constructor sacrificó aislamiento por secado rápido después de la lluvia. La cola flojamente colgante compuesta de tallos de hepática y hojitas arrugadas de plantas semillenas, ocupaba más de la mitad de los veintitrés centímetros que medía el largo del

nido. La copa arriba, donde descansaban los huevos, tenía sólo veinticinco milímetros de hondo por treinta y dos milímetros de ancho a nivel de borde.

¿De qué manera un pájaro pega el nido bajo una resbalosa tira cintiforme de hoja, sin ninguna proyección donde sujetar los materiales, ni lugar alguno para posar mientras trabaja? Probablemente sólo un colibrí, cuya habilidad para revolotear inmóvil en el aire y maniobrar en un espacio angosto excede aquélla de las otras criaturas plumadas, podría construir en tal situación. Aunque mi primer nido de ermitaño barbudo estaba casi terminado al encontrarlo, he observado las primeras etapas de construcción en nidos similares. De principio, el pájaro hembra trabaja enteramente sobre las alas. Enrolla hilos de telaraña alrededor de la tira, o la punta delgada de una fronda de palmera, mientras revolotea con rápido batir de alas y circula despacio alrededor de la misma, una o varias veces, conservando su pico apuntando hacia la hoja. Trae fragmentos de material vegetal y los pega a la telaraña, luego más telaraña para unirlos firmemente entre sí. Cuando ha acumulado material suficiente para formar una repisita sobre la parte inferior de la hoja, descansa sobre ella, siempre mirando hacia el interior de la tira soportante, y a menudo continuando el batir de alas en una especie de bruma, mientras construye la copa alrededor suyo. Usa el pico para acomodar piezas en su lugar y el pie para arreglar aquéllas dentro de la copa. A veces una hebra delgada y alambriña persiste en saltar sobre el borde, y con su largo pico trata una y otra vez de hacerla permanecer abajo. Como todo otro colibrí que he observado, los ermitaños barbudos construyen sus nidos sin ayuda de compañeros.

Casi una semana después de ser puestos, los huevos desaparecieron de mi primer nido de ermitaños barbudos; pero durante los diez años siguientes, encontré dieciocho nidos más en el bananal. Cierta año, dos ermitaños barbudos anidaron en el plantío y durante otro año un tercer individuo construyó su nido y puso un huevo que pronto se perdió. Una vez, fue construido

un segundo nido después de emplumar exitosamente la primera nidada; y a veces un ermitaño barbudo volvió a anidar después de fallar el primero; pero en ningún caso la misma hembra crió dos nidadas en un año. Los huevos más tempranos fueron puestos al comienzo de Junio, después de bien establecida la estación lluviosa; los últimos al comienzo de Septiembre.

Todos estos nidos estaban adheridos a estrechas tiras de hojas de banano, entre dos metros y medio a cinco metros de altura sobre el suelo. Con dos excepciones, cada nido tenía un par de huevecitos blancos, el segundo de los cuales fue depositado dos días después del primero, alrededor de las siete de la mañana, una hora después de salir el sol. El nido con un solo huevo probablemente habría recibido otro de no haber sido vaciado tan pronto. Un nido muy excepcional llegó a contener tres huevos, con un cuarto caído en el suelo. Observando este nido, vi repetidamente a un Ermitaño Barbudo revolotear sobre él, algunas veces con material para el mismo en su pico, mientras otro incubaba. Cierta vez, mientras el presunto constructor y dueño del nido estaba ausente, el pájaro intruso se sentó encima de éste brevemente, sólo para volar al regreso del otro. Cuando, después de veinte días de incubación por lo menos, este nido con dos reclamantes fue abandonado, teniendo tres huevos sin reventar, los abrí y no encontré trazas de embriones en dos, pero sí uno pequeñito en el tercero.

Me gusta estar en el bananal temprano de la mañana, mientras el sol asciende sobre los cerros y el río, entre el cielo azul adornado con nubes blancas. Donde quiera que los brillantes rayos caen directamente sobre una ancha hoja de banano, húmeda de rocío o lluvia caída en la noche, su verde pálido y traslúcido contrasta fuertemente con el verde más oscuro de sus partes sombreadas, y sus finas y apretadas venas paralelas resaltan con claridad. En el aire fresco de la mañana, la humedad de las hojas al evaporarse bajo la luz solar se condensa en finas gotitas que se arremolinan subiéndolo en nubes proteicas. Alrededor mío pasan coloridas mariposas; y

abejitas negras sin aguijón visitan las apiñadas flores blancas de las matas de banano, recién abiertas tras la última bráctea roja volteada hacia arriba de la abultada bellota que cuelga de un vástago nudoso, bajo un racimo de frutas en desarrollo. Las diminutas Reinitas Mieleras de pecho amarillo se pegan a las flores, cabeza abajo, para extraer abundante néctar, con sus picos curvos y afilados.

Estas flores originarias del Viejo Mundo parecen haber evolucionado para ser polinizadas por colibríes confinados al Nuevo Mundo, aunque, en apariencia, flores de banano y colibríes nunca entraron en contacto hasta después de introducida la planta por los Europeos en sus colonias Americanas. Revoloteando bajo las flores, con sus cuerpos aproximadamente verticales, los colibríes empujan sus picos delgados casi erguidos hacia arriba dentro de los largos y estrechos tubos florales, mientras succionan el dulce líquido a través de sus finas lenguas tubulares. Después de visitar cierto número de flores, los colibríes salen disparados con las frentes espolvoreadas de polen blanco —polen que nunca logrará fertilizar, puesto que las variedades de banano ampliamente cultivadas, carecen de semillas. En esta pequeña plantación, he visto trece especies de colibríes, ya de paso o visitando las flores de banano. Cuatro clases han anidado aquí.

Pájaros mayores vuelan atravesando el plantío entre los altos árboles circundantes. Desde perchas altas y visibles, los mosqueros se lanzan al aire para atrapar insectos voladores. Coloridas tangaras recogen frutas e insectos de las ramas frondosas. Ocasionalmente una bandada de Loros Coroniblanco pasa volando con broncos gritos, o una familia de Tucancillos Piquianaranjados andorrea en formación más suelta emitiendo notas que parecen demasiado agudas y finas en pájaros de semejante pico. Durante ciertas mañanas brillantes, este claro en el bosque es un sitio maravilloso para observar pájaros.

Fue en una mañana semejante a principios de Agosto cuando encontré mis primeros nidos de Ermitaño Bronceado y Ermitaño Barbudo. Me he refe-

rido primeramente al último, porque se comportó como yo esperaba que actuaría un colibrí en anidación, atendiendo su nido solo. El Ermitaño Bronceado fue más enigmático, requirió estudio más estrecho, pero dio lugar a descubrimientos más sorprendentes. A diferencia de muchos otros, mi primer nido de Ermitaño Bronceado estaba adherido, no a una hoja de banano, sino a una tira angosta casi similar de hoja de heliconia, o plátano silvestre, al borde de la plantación. En construcción difícilmente se distinguía de los nidos de Ermitaños Barbudos, y colgaba en el aire a seis metros, en situación expuesta. Levantando un espejo sujeto a una vara larga y delgada, pude escasamente detectar la imagen reflejada de dos pichones recién nacidos de piel oscura. Con el mismo espejo, montado en pivote al extremo de un mango corto de madera que pudiera atarse a una vara, inspeccioné todos aquellos nidos pegados a hojas, evitando así el trabajo y la perturbación causada por una escalera de tijera alta y pesada. Ciertas veces, mientras sostenía el espejo sobre un nido, la madre revoloteaba cerca en torno de aquél, como examinando este objeto extraño, brillante e intruso, en el que tal vez, ella notaba su propia imagen reflejada y la confundía con un colibrí transgresor.

Me senté sobre un tronco entre matas de banano para observar este nido recién encontrado de Ermitaño Bronceado. Pronto arribó un colibrí hembra a alimentar los pichones. Su plumaje superior era bronceado metálico, su superficie ventral casi uniformemente rojiza canela, y su cola, al abrirse, mostraba que todas excepto el par central de plumas bronceadas eran rojizocastañas, con puntos blancos y barras subterminales negras. Asida al borde del nido con patas color carne, sus alas en alto batiendo rápidamente, su cola balancéandose de arriba abajo, introdujo su pico largo, muy curvado, hacia abajo dentro del nido para regurgitar néctar, diminutos insectos y arañitas destinados a los pichones que yo no podía ver. Luego se sentó a calentarlos, con el pecho hacia la tira de hoja soportante, su cola, proyectada sobre el borde exterior de la copa. En esta posición, su cabeza quedaba necesaria-

mente tan echada hacia atrás que el pico apuntaba casi recto para arriba, y la parte posterior de la cabeza, próxima a tocar la rabadilla. Con el cuerpo casi doblado, parecería insoportable semejante postura, típica de colibríes ermitaños incubando y cobijando a sus pequeños; no obstante pudo mantenerse sentada así por dos horas.

Todo esto no era diferente de cuanto había visto en nidos de otras clases de colibríes ermitaños. Pero, no había observado largo rato, cuando advertí a un segundo Ermitaño Bronceado interesado en este nido, y las relaciones de los dos estaban lejos de ser amistosas. Aunque en esta especie los sexos son difíciles de distinguir, siendo el pecho de la hembra apenas más uniformemente canela que el del macho, concluí que el intruso era otra hembra. Durante la primera sesión de cobijar por parte de la madre bajo mi observación, la otra vino doce veces a molestarla, amenazándola con la punta de su largo pico, y ciertas veces pareció que la embestía. A menudo la intrusa se asía al costado del nido, mientras la otra permanecía sentada calentando los pichones. Para defenderse, el pájaro que empollaba, dirigía su pico hacia el asaltante, doblando a veces la cabeza para atrás hasta quedar casi al revés. Ocasionalmente, los dos colibríes se cogían entre sí del pico por un breve instante, pero al parecer sin hacerse daño nunca. Tales encuentros se acompañaban con muchos chirridos agudos, pero no podría decir si provenían de uno o de ambos colibríes. Por lo general la intrusa se iba mientras la madre continuaba cobijando, pero a veces las dos volaban juntas, en apariencia la una persiguiendo a la otra hasta perderse ambas de vista en el bosquecillo. Durante casi toda sesión en su nido, la madre era repetidamente acosada por la intrusa.

Dos días más tarde vi a la madre posarse sobre el borde del nido como para alimentar los pichones. Antes que pudiera comenzar, la otra atacó por detrás, picándole el lomo y aparentemente halándole las plumas, haciendo que se agachara en vez de entregar comida. La asaltante regresó una y otra

vez, a menudo adhiriéndose al costado del nido. Chocaron sus largos picos entre sí, y la del nido arremetió violentamente contra la persecutora que colgaba al lado suyo. El nido con los críos oscilaba ampliamente en su angosta tira de hoja mientras los adultos peleaban. La asaltante se retiró, para regresar pronto y renovar sus ataques.

Durante todos los venticuatro días que los críos permanecieron en el nido después de yo encontrarlos, el segundo pájaro continuó persiguiendo a la madre que los cuidaba. La intrusa a menudo echaba una mirada dentro del nido mientras la madre estaba ausente. Aunque no pude diferenciar a las dos por su apariencia, sus comportamientos eran muy diferentes; no encontré ninguna evidencia de que más de una ellas alimentara o cobijara los pichones. (Cuando dos pájaros atienden un nido, la observación continua casi siempre revela tal hecho al reemplazar el uno al otro, o al alimentar los críos en rápida sucesión). La intrusa consumía mucho tiempo posando en una esbelta y encumbrada ramita justo en el borde del bosquecillo cercano, balanceando su cola de arriba abajo a la manera de los ermitaños. De cuando en cuando, salía a mirar el nido, casi siempre retirándose prontamente si la madre estaba ausente, pero molestándola si la encontraba allí. Algunas veces la madre entraba al bosquecillo buscando a su persecuidora. Cuando ésta se hallaba presente, la una perseguía a la otra velozmente a través del bosquecillo y el plantío adjunto, con acompañamiento de agudos chirridos.

Este comportamiento era difícil de interpretar. Aunque los colibríes contienden entre sí por el control de flores proveedoras de néctar, tal disputa obviamente no se debía a territorios de alimentación. Si la segunda hembra estaba motivada por impulsos parentales, ¿por qué no tomaba parte inequívoca en alimentar y cobijar los críos? ¿O pude equivocarme yo confundiendo el sexo de un macho joven, todavía sin pleno plumaje adulto, que mal desempeñaba el papel de un Ermitaño Bronceado macho? . Sea como fuere, la prolongada observación en el plantío de banano me mostró que los cons-

pícuos nidos colgantes de las cuatro especies de ermitaños que procrearon allí, atraían con frecuencia la atención de otros colibríes que no eran sus dueños, algunas veces de individuos de diferentes especies. Nosotros ya hemos notado que dos Ermitaños Barbudos pueden poner en el mismo nido, un suceso también registrado del Ermitaño Pechirrufo en Sur América. Los nidos situados en forma menos visible, de otros colibríes que estudié, sólo en circunstancias excepcionales fueron molestados por individuos intrusos.

A despecho del alboroto en el nido y sus alrededores, los dos jóvenes Ermitaños Bronceados prosperaron. Durante todo el tiempo que estuvieron en el nido, se sentaban con sus cabezas hacia la tira de hoja soportante, y después de ser mayores, descansaban contra ésta teniendo sus picos volteados casi rectos hacia arriba, como incubaba su madre y como todo pichón ermitaño reposa, hasta donde yo he visto. Con esta orientación, ellos podían descargar su excremento sobre el borde exterior del nido y conservarlo limpio —mientras eran pequeñitos, la madre en veces lo acarrea con su pico. Para alimentarlos, ella se estiraba sobre las espaldas de ellos hasta meter el pico dentro de sus bocas abiertas, volteadas hacia arriba, mientras con rápido batir de alas se afirmaba en el borde del nido. Después que hubieron crecido hasta proyectar sus colas fuera del borde, ella revoloteaba en el aire, como si visitara una flor. Ciertas veces, mientras entregaba un alimento, se paraba sobre la rabadilla del pichón, siempre con rápido batir de alas. Por lo cual alimentaba ambos pichones en cada visita.

Al año siguiente, el Ermitaño Bronceado sujetó su nido a una tira de otra hoja de heliconia, a casi cincuenta metros del sitio del primer nido. Al comenzar Julio, dos pichones volaron de este nido; y una quincena más tarde la madre empezó a construir otro nuevo en posición más alta sobre la misma tira que aún sostenía el primero. En la taza superior de este nido de dos pisos ella puso dos huevos, temprano de Agosto. Después de incubar por lo menos diecisiete días, reventó uno de ellos, pero el pichón pronto desapareció.

Durante los siguientes cinco años, este Ermitaño Bronceado o sus sucesores construyeron ocho nidos más, todos bajo hojas de banano dentro de la plantación, en sitios de ninguna manera diferentes aquéllos escogidos por los Ermitaños Barbudos. La cinta de hoja que soportaba uno de estos nidos tenía solamente dieciséis milímetros de ancho. Otro de tales nidos de Ermitaños Bronceados se construyó a sólo tres metros de uno donde cierto Ermitaño Barbudo estaba alimentando un pichón. Durante otro año, las dos especies tuvieron huevos y pichones simultáneamente en nidos separados apenas ocho metros. Cuando dos Ermitaños Barbudos anidaron al mismo tiempo, estuvieron mucho más ampliamente separados.

Después de la primera anidación, en que el Ermitaño Bronceado madre fuera tan perseguido por otro de su clase, ella estuvo casi siempre custodiada de un macho, reconocible por su abdomen más pálido. Sólo en un año, cuando no hallé el nido sino hasta que los pichones estaban bien crecidos y vigilé muy poco, fallé en encontrar al macho atendiendo. Durante todas las otras anidaciones, se le hallaba, día tras día, descansando a poca altura en la orilla del bosquecillo próximo al nido, o por dos estaciones, en un arbusto de café casi debajo de éste, cantando o chirriando con voz aguda de tiempo en tiempo. Después de cada excursión para forrajear o alejar un intruso, regresaba a la misma percha. Con intervalos, iba a revolotear junto al nido, examinándolo o metiendo su pico dentro de él. Mientras un nido estaba bajo construcción, a veces se sentaba sobre éste y brevemente hacía movimientos como si trabajara, aunque nunca lo vi traer una contribución. Cuando la hembra volaba hacia o desde su nido, por lo regular él volaba con ella; pero si él escoltaba o perseguía, o si era ella la que lo perseguía, no pude saberlo porque iban a gran velocidad y se desvanecían muy pronto entre las matas de banano.

El Ermitaño Bronceado macho nunca incubaba ni alimentaba un pichón, actividades en que raramente se comprometen los colibríes machos

según se ha reportado, y las cuales parecen ser irregulares aun en especies con las que a veces ocurre. Su ocupación era proteger el nido, principalmente de la intrusión de otros colibríes —sobre todo, otros Ermitaños Bronceados— a los cuales ahuyentaba al momento de aparecer éstos. Aunque ocasionalmente el macho parecía ser algo rudo con la hembra, tal vez sólo importuno, en las últimas anidaciones ella nunca fue perseguida como en la primera, gracias a la vigilancia de él.

En 1974, por primera vez durante ocho años, ningún Ermitaño Bronceado anidó en el bananal; pero a principios de Julio, cuando la procreación debería haber comenzado, encontré un macho descansando en cierto helecho que había sido el puesto del macho guardián, mientras la hembra estuvo anidando sobre una hoja de banano encima de éste, durante el año precedente. Era difícil dudar de que se trataba del mismo individuo, esperando por su compañera, quien falló en aparecer. Tal fue la última vez que vi un Ermitaño Bronceado en toda la finca. Los colibríes pueden vivir diez años o más, y en vista de la rareza de la especie en esta localidad y la proximidad entre todos los sitios de anidar, no es improbable que el mismo macho y la misma hembra estuvieran apareados durante seis años sucesivos. Que el vínculo de la pareja se mantuviera fuera de las épocas de reproducción es más dudoso. Sólo con respecto a su pariente cercano de Sur América, el Ermitaño Pechirrufo o Velludo se ha reportado un comportamiento algo similar, entre todos los colibríes. En Trinidad, Bárbara Snow encontró machos polígamos custodiando los nidos de varias hembras, ⁽¹⁾ quienes construían encima de corrientes de agua selváticas. Las hembras de colibríes procreando son típicamente tan solitarias como las de Ermitaños Barbudos en el bananal.

El tercer colibrí que anidó en la plantación fue el Ermitaño Colilargo. Aunque frecuentes visitantes de las flores de banano, estos ermitaños

(1) Bárbara K. Snow, "Social Organization of the Hairy Hermit *Glaucis hirsuta*", *Ardea*, 61 (1973): 94—105.

grandes, parduscos, con delgadas colas rematadas de blanco, usualmente sujetan sus nidos bajo las adelgazadas puntas de frondas de palmeras espinudas y poco altas, en la profunda sombra de la selva; por dos años solamente encontré sus nidos sobre hojas de banano. En vez de escoger una tira angosta como prefieren los otros dos ermitaños, el Ermitaño Colilargo hembra seleccionó una placa grande de hoja, a la cual pegó su estructura en una esquina, casi en ángulo recto, donde el margen topaba con una hendidura que se extendía hasta la vena central. Su nido estaba hecho de materiales más suaves que el usado por las otras especies, incluyendo hebras finas de la vaina de la hoja en decadencia del banano, raicillas, y pelo de caballo vegetal, todo ligado entre sí y asegurado a la hoja con telaraña liberalmente aplicada. Debajo colgaba la usual “cola” floja de los nidos de ermitaños. A diferencia de los nidos de las otras dos especies, ninguna luz pasaba a través del nido del Colilargo, más grueso y suave. Si se mojaba, solía tomar mayor tiempo en secarse, pero la ancha lámina de hoja que se plegaba alrededor de éste, daba una protección contra lluvias ventosas, mucho mayor que la obtenida por los nidos de otros ermitaños bajo una tira angosta.

El único Ermitaño Colilargo que encontré en el bananal crió dos pichones, quienes dejaron el nido a mediados de Septiembre de 1971. Cinco días después de volar el segundo de estos pichones, la hembra puso el primer huevo de otra nidada en otro nido, a ocho metros del primero, que iniciara mientras aún alimentaba su primera cría en el nido —un hábito que no es raro entre colibríes. El único pichón de esta segunda puesta no tomó vuelo hasta Noviembre 2, la fecha más tardía en que he visto anidar a cualquier colibrí en el bananal. Hacia fines de Mayo siguiente, este Ermitaño Colilargo puso otros dos huevos en un nido próximo al sitio de los dos primeros. Tales nidos, sujetos a hojas de banano entre alturas de cuatro a cuatro metros y medio, fueron con mucho los más altos de Ermitaños Colilargos que he visto.

El cuarto y último colibrí que anidó en la plantación fue el Ermitaño Enano. Así como este pájaro es casi una miniatura del Ermitaño Colilargo (con una cola relativamente más corta), así su nido era una miniatura del de su pariente mayor, una estructura de paredes gruesas, suavemente revestida, pegada a la esquina de una gran lámina de hoja de banano. A tres metros y medio encima del suelo, este nido era excepcionalmente alto para el Ermitaño Enano, que usualmente ata su nido con telaraña, bajo la afilada punta de una hoja espinuda de palmera a la sombra del bosque, entre alturas que apenas son de sesenta centímetros hasta un metro ochenta.

Los diminutos huevos estrechamente elipsoidales de colibríes toman mucho más tiempo para empollarse que los huevos bastante más grandes de varios pájaros canoros, tales como túrdidos y fringílidos. Por otra parte, el período de incubación de los ermitaños es algo más prolongado que el de ciertos otros colibríes, que puede ser sólo de quince o dieciséis días. En el bananal, los huevos de Ermitaño Bronceado reventaron en aproximadamente diecisiete días y medio, contados desde la puesta del segundo huevo hasta salir del cascarón el segundo pichón. El período de incubación del Ermitaño Colilargo fue de aproximadamente dieciocho días, y el del Ermitaño Barbudo de dieciocho y medio a diecinueve días. Similarmente, los pichones permanecieron en el nido un buen rato, los del Ermitaño Colilargo veintitrés a veinticuatro días, los del Ermitaño Bronceado y del Ermitaño Barbudo usualmente veinticuatro o veinticinco días; aunque un joven Ermitaño Barbudo, que parecía normal, demoró su vuelo hasta tener un mes completo de edad. Los períodos del Ermitaño Enano fueron más cortos, apenas dieciséis días para incubación, y veinte o veintiún días para criar la nidada hasta volar.

Temprano de la mañana, cuando están húmedas de rocío o lluvia, las láminas de las hojas del banano se extienden anchas y planas. A medida que se secan bajo el brillante sol matinal, los dos lados se doblan hacia abajo y

por debajo de la vena central, hasta que al mediodía se han plegado juntamente, dando a la plantación un aspecto muy diferente. Ahora ésta luce menos exuberante que cuando amanece; pero los dos lados de la hoja en su posición aproximadamente vertical, con sus caras inferiores casi en contacto, absorben mucho menos calor radiante y conservan bastante agua. Con frecuencia viene a ser difícil observar un nido de ermitaño cuando la hoja soportante se ha plegado. Probablemente, en este tiempo, los pichones mayores no pueden hacer sus ejercicios normales, durante los cuales agitan sus alas con rapidez, sin abandonar el sostén del nido.

Hallarse impedido de estos ejercicios en forma permanente puede tener consecuencias desastrosas. Cierta año, cuando el Ermitaño Bronceado construyó su nido próximo a la punta de una hoja vieja que comenzaba a secarse y doblarse alrededor del mismo como una tienda, un pichón desapareció cuando apenas tenía veinte días de edad; posiblemente voló antes de tiempo para escapar del espacio confinado. El otro pichón no podía tomar sus ejercicios sin golpearse el ala derecha contra la hoja que se secaba. Durante sus días finales en el nido, advertí que cuando agitaba sus alas no las desplegaba igualmente, sino que conservaba la derecha en parte cerrada y un poco sostenida hacia atrás y arriba. No obstante, por el impacto continuo contra la hoja, restregaba en ésta las plumas inferiores de esa ala, hasta que vino a quedar pelada.

Después que este colibrí joven hubo demorado en el nido cinco o seis días más del tiempo normal para volar, se me ocurrió ayudarle apartando la parte de la hoja que interfería con sus ejercicios. Puesto que el nido colgaba muy por encima de mi cabeza, podía hacer esto sólo con la ayuda de una vara larga. Cuando la vara se aproximaba al nido, el joven colibrí saltó fuera y cayó al suelo revoloteando. Al recogerlo, mi mano se tiñó de sangre. Aunque sus plumas remeras estaban apenas dañadas, la abrasión bajo el ala era tan grande que no podía volar, con dificultad podía posar. Lo puse sobre

una delgada ramita de café, con su pecho apoyado contra otra ramita, donde lograra sostenerse. A la mañana siguiente, su madre vino a buscarlo aquí, y en el nido, pero no pudo encontrarlo, ni yo tampoco. Evidentemente, el ejercicio de las alas es tan importante para un pichón de colibrí, que lo practica aun al precio de dañarse un ala. Para evitar deterioro, la hembra debe construir su nido en un sitio que aporte suficiente espacio.

Aunque los nidos de ermitaños cuelgan donde difícilmente pueden ser alcanzados por pilladores de nidos desprovistos de alas, tales como pequeños mamíferos y culebras, apenas una minoría escapó al desastre. En once años, los Ermitaños Barbudos pusieron treinta y nueve huevos en diecinueve nidos. Empollaron veintiuno de estos huevos pero criaron sólo doce jóvenes en siete nidos. En siete años, los Ermitaños Bronceados pusieron diecinueve huevos en diez nidos (omitiendo un nido del cual no supe el resultado) empollaron trece huevos, y criaron ocho jóvenes en cuatro nidos. En dos años, los Ermitaños Colilargos pusieron seis huevos en tres nidos, empollaron cinco de ellos, y criaron todos los cinco pichones. En el nido del único Ermitaño Enano, ambos jóvenes vivieron hasta volar.

Aunque no se vio a ningún animal invadiendo un nido, la simultánea desaparición del contenido entero de nueve nidos de Ermitaños Bronceados y Ermitaños Barbudos fue causada probablemente por depredadores. La sospecha recae sobre murciélagos que operan de noche, de quienes se sabe que ciertas de sus especies atacan a los pájaros pequeños. Cinco nidos de Ermitaños Barbudos fueron abandonados mientras contenían huevos sin reventar, dos nidadas de las cuales abrí sin encontrar traza de embriones. Un nido de Ermitaño Barbudo se desprendió de la tira de hoja; y la hoja vieja que soportaba otro nido cayó, aparentemente arrojando al pichón. Dos pichones de cada especie, incluyendo al Ermitaño Bronceado con el ala dañada, probablemente murieron. Considerando las cuatro especies de ermitaños en conjunto, 45 por ciento de sus treinta y tres nidos dieron al menos

un pichón bien plumado, y 41 por ciento de sus sesenta y seis huevos produjeron jóvenes que volaron. Esta tasa excepcionalmente alta de logros para nidos al borde de selvas tropicales de tierras bajas debe sin duda atribuirse a la dificultad, para todo depredador excepto los alados, de alcanzar las estructuras que cuelgan libremente bajo las resbaladizas hojas de banano.

Después de dejar sus nidos, los volantones ermitaños de todas las cuatro especies desaparecieron dentro del bosque circundante, y yo perdí rastro de todos excepto de uno. Se trataba de un joven Ermitaño Barbudo que encontré en un bosquecillo por donde yo pasaba para llegar a la plantación. Considerando la escasez de Ermitaños Barbudos, no dudé de que este jovenzuelo fuera uno de los que, tres semanas antes, había dejado el nido a cuarenta y cinco metros de allí. Descansando sobre delgadas ramitas horizontales a no gran altura, era tan desaprensivo que casi pude tocarlo. El joven Ermitaño Barbudo estaba bien crecido, siendo muy similar a los adultos en la cola, pero le faltaba el color canela sobre su pálido pecho gris. Mientras yo estaba observándolo, vino su madre, se posó a su lado, introdujo el pico en la boca abierta de él, y regurgitó. Después de un rato, el joven Ermitaño Barbudo recibió otra comida de igual manera.

Mañana tras mañana, durante los diez días siguientes, observé a la madre alimentar al joven en el mismo sitio. Ciertas veces, cuando aquélla comenzaba a volar alejándose después de entregar un alimento, el joven la seguía, dando lugar a que ella se posara en otra percha pocos metros más adelante y lo alimentara de nuevo. Ocasionalmente, la persecución se repetía, consiguiendo el persistente jovenzuelo una tercera ración sobre una percha más distante. Entre comidas, el joven Ermitaño Barbudo intentaba alimentarse él solo, al principio sin mucho éxito. Evidentemente confundió ciertas hojas nuevas color rojo pálido de una enredadera, con flores proveedoras de néctar; e intentó introducir su pico dentro de la base expandida, ligeramente hueca, del pecíolo de una gran hoja muerta atrapada en el ma-

torral, como si estuviera probando una corola. De tiempo en tiempo el joven pájaro volaba fuera de vista, pero pronto regresaba a la misma área pequeña, el único lugar donde vi que lo alimentaran. Puesto que los colibríes jóvenes no siguen a sus padres, como lo hacen otros pájaros, es importante para ellos tener un definido lugar de cita, donde la madre pueda encontrar y alimentar su prole dependiente.

Al pasar los días, el joven dedicaba más tiempo a revolotear bajo hojas verdes, al parecer recogiendo de ellas diminutos insectos y arañas, invisibles para mí, a la manera usual de los ermitaños. Lo vi recibir comida por última vez en Noviembre 3, cuando tenía cincuenta y seis días de edad y había estado fuera del nido por treinta y dos días. Este parece ser casi el intervalo normal de dependencia para colibríes tropicales. Un Colibrí Rabirrufo fue alimentado hasta la edad de cincuenta y nueve días; un Colibrí Piquilargo hasta por lo menos cuarenta y ocho días de edad; y un Colibrí Pechiescamado aún seguía siendo alimentado a la edad de cincuenta y dos días. La custodia parental más prolongada que he descubierto en la familia de los colibríes, la suministró otro Pechiescamado, inconfundible a causa de una verruga en su pico, quien fue visto alimentando a su prole por última vez cuando ésta tenía sesenta y cinco días de edad y había volado por cuarenta y un días.

Aunque nuestra pequeña plantación de banano nos daba muchos racimos bien cargados de fruta, habría suplido más teniendo menos sombra. La pérdida en productividad fue ampliamente compensada por una gran disminución de robo y por todos los descubrimientos que hice con los colibríes que anidaron allí. Los agricultores mercantiles plantan el banano a pleno sol; los naturalistas ansiosos de aumentar sus conocimientos deberían sembrarlo en pequeños claros del bosque tropical.

8. *La pasionaria escarlata y los colibríes ermitaños*



Por detrás de la casa se alza una empinada ladera donde en años anteriores los caballos pacían entre el corto zacate y recogían aromáticas frutas caídas de los esparcidos palos de Guayaba, de corteza parda. Al otro lado, la angosta colina desciende igualmente inclinada en un hondo valle, donde años atrás se había dejado permanecer una macolla de altos helechos, para adornar el potrero con sus desplegadas coronas de frondas intrínsecamente divididas. Más allá de esta depresión húmeda, se levantaba una arboleda alta de segundo crecimiento, como una pared al lado del potrero abierto. A lo largo del borde de este boscaje, en los luminosos días de Enero y Febrero, se veían desde lejos unos brillantes puntos escarlatas. Eran las flores de la Pasionaria Escarlata que se abren únicamente durante los meses secos de principios de año.

Meterse a esos bosques, entre la barrera de matorrales y zarzales entretejidos a lo largo de su lado expuesto, no era fácil. Pero, a intervalos, el ganado había hecho pasadizos a la fuerza. Entrando por uno de estos estrechos portillos durante una luminosa mañana de Enero, me encontré sumergido en una borrosa penumbra, que contrastaba violentamente con la

brillante luz solar del potrero vecino. Aquí y allá, el vívido color de una flor de pasionaria llenaba mi atención entre la enmarañada maleza.

Las flores relucientes buscan la luz reluciente del sol; sin embargo la más brillante de las flores silvestres del valle se desplegaba aquí en la luz difusa cerca del suelo. Busqué en derredor el follaje de la enredadera leñosa que sostenía aquellas espléndidas flores. Unas pocas hojas trilobadas, como las de la vid, crecían sobre delgadas ramas junto con las flores. Pero la mayoría de estas hojas eran pequeñas, lo que parecía poquísimo follaje para soportar tales racimos de grandes flores. Siguiendo con la vista los bejucos que ascendían como sogas, pude vislumbrar más hojas trilobadas bastante arriba entre las ramas de los árboles. Cuando regresé al potrero y escudriñé el techo del bosque desde afuera, vine a comprobar que la masa principal de hojas de la enredadera estaba tendida sobre las ramas superiores de los árboles, a la luz del sol. Pero aquí no detecté una sola flor escarlata.

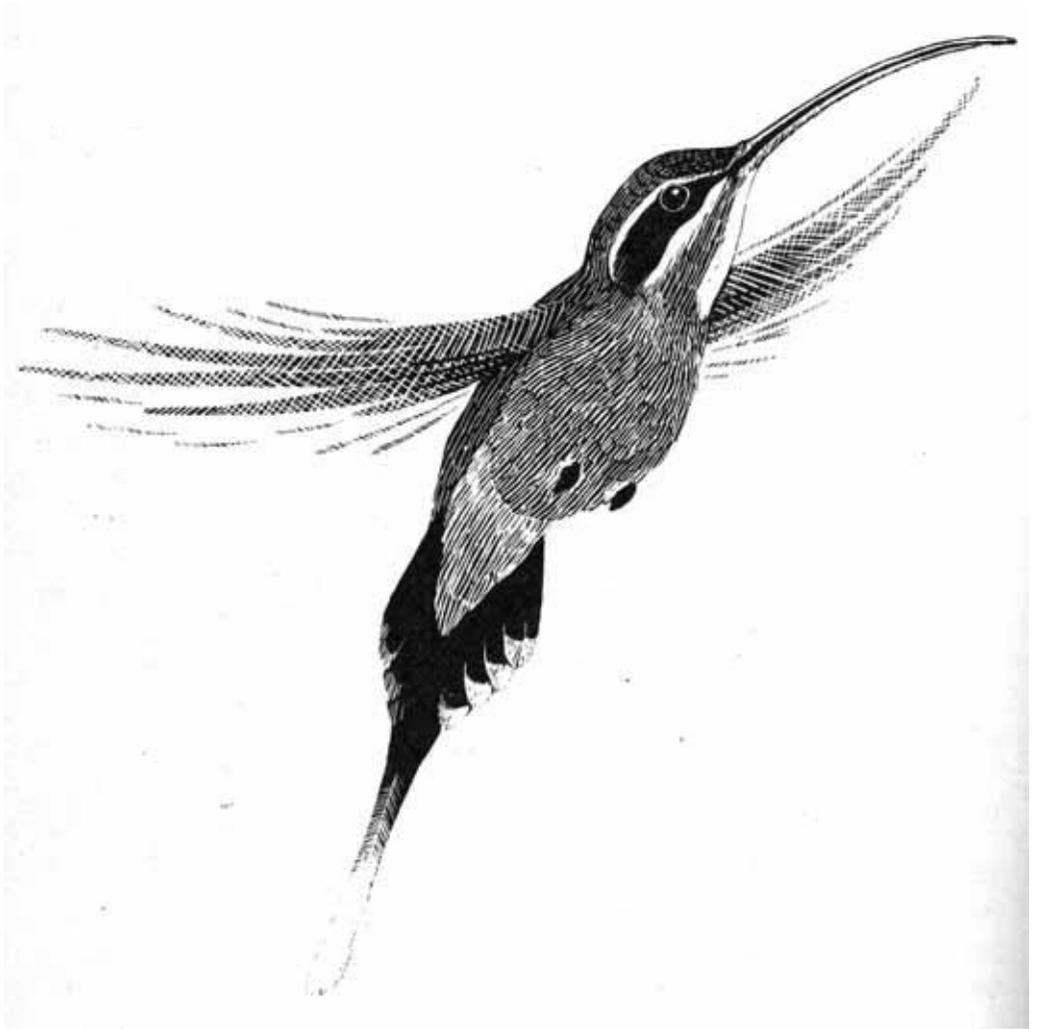
¿Por qué esta separación entre el follaje y las flores de la misma planta? La situación no es única en la vegetación de los trópicos, donde un número de árboles y enredaderas portan flores y frutos a poca altura en el tronco principal (una condición que los botánicos llaman “cauliflora”) o sobre ramas bajas y especiales, a menudo sin hojas; sin embargo es bastante rara como para buscarle explicación.

Mientras permanecía considerando este enigma, un colibrí grande pardusco cruzó como dardo entre la maleza y se quedó suspendido en el aire junto a una de las flores rojas, dentro de la cual introdujo su pico largo y bastante curvado. Cuando revoloteaba, vibrando las alas con demasiada rapidez para verlas, meneaba su larga y delgada cola de puntas blancas, hacia arriba y abajo. Era un Ermitaño Colilargo, colibrí grande que vive en selvas primarias y en bosques secundarios más densos, donde permanece usualmente cerca del suelo.

A través de los años, he encontrado cierto número de sus nidos. Con excepción de unos pocos, adheridos a hojas de banano (como se describe en el capítulo siete), se les halla colgados a la punta de una fronda de palmera pequeña, usualmente espinosa, en la sombra profunda de bosques espesos. Desde la ahuecada parte superior, que es una bolsa suave de pelusa vegetal y fibras, el nido se va adelgazando hacia abajo hasta un punto, que se asemeja al extremo de la hoja de la cual pende, adherido con bastante telaraña. En esta cuna que se mece, protegida de lluvias y miradas acechantes por la superficie ancha de la fronda de palmera, una hembra solitaria empolla dos huevecillos blancos, y los jóvenes colibríes permanecen, hasta la edad de tres semanas o un poco más, cuando ya están aptos para volar. Durante el período de reproducción, los ermitaños machos, que no se interesan por huevos ni pichones, posan sobre ramitas cerca del suelo en la maleza sombríamente iluminada, repitiendo sin descanso chirriantes notas para atraer a las hembras, mientras balancean sus colas rítmicamente de arriba hacia abajo.

Al continuar día tras día observando las flores pasionarias, me vine a convencer de que, en esta localidad los Ermitaños Colilargos eran los visitantes principales. Evidentemente las flores se despliegan cerca del suelo para asegurar los servicios de estos colibríes y sus afines como polinizadores. La Pasionaria Escarlata se extiende desde Nicaragua a Perú, completamente dentro del ámbito de los Ermitaños Colilargos y otros colibríes del género *Phaethornis*, que prefieren la maleza del bosque en vez de sus niveles superiores. Ocasionalmente, en Los Cusingos, las Pasionarias Escarlatas son visitadas por un Ermitaño Verde, muy parecido al Colilargo en tamaño y forma, pero de color verde bronceado en vez de pardusco. Sin embargo, el Ermitaño Verde tiene su hogar a niveles superiores de las montañas, y raras veces se encuentra aquí a setecientos cincuenta metros, excepto cuando desciende obligado por las tormentas frías de larga duración.

Una vez un Colibrí Violáceo, tan grande como el Ermitaño Colilargo, con un pico casi del mismo tamaño pero más fuertemente curvado, reclamó



para sí un grupo de pasionarias por una semana o más. Durante este intervalo, el Ermitaño Colilargo, quien había sido un asíduo visitador, apenas pudo realizar furtivas visitas; si se le descubría, era perseguido hasta huir por el más pesado Colibrí Violáceo, una especie que sólo ocasionalmente visita Los Cusingos.

De las diecisiete clases de colibríes residentes o frecuentes en la finca, únicamente vi a otro hacer repetidas visitas a las pasionarias. Se trata del Ermitaño Enano, una pequeña réplica del Ermitaño Colilargo que es abundante en bosques de segundo crecimiento. Con su pico corto de menos de dos y medio centímetros de largo, este pequeño colibrí no puede alcanzar el néctar en el corazón de la pasionaria. Sus visitas se limitan a los nectarios de las brácteas florales, donde chupa las secreciones azucaradas, o recoge pequeños insectos que son atraídos a ellos, o más probablemente aprovecha ambas fuentes de alimentación. Su modo de visitar las flores me da la certeza de que no transfiere polen de flor a flor. De los cuatro colibríes que vi allí, sólo los tres con picos de más de tres centímetros de largo parecían aptos para alcanzar el néctar en la flor misma y servir como polinizadores.

Si bien no está ausente de la selva antigua, la pasionaria aquí es más abundante en los altos y ricos bosques de segundo crecimiento. Raramente alguna de las vívidas flores se muestra a una altura del orden de doce o quince metros, porque la gran mayoría está abajo. Casi todas se hallan al alcance del hombre y algunas descansan sobre el suelo. Nacen, no en los tallos principales de la enredadera, sino sobre delgados vástagos laterales semejantes a látigos, de tres milímetros o menos de diámetro y hasta de tres metros de longitud. Estas ramas florales se extienden sobre el suelo, rocas, o vegetación baja circundante, o pueden colgar débilmente en el aire, si nacen más arriba sobre el tallo principal. Aquéllas que encuentran un apoyo bajo, llegan a ser más largas. No parece que ramifiquen a menos que sufran daño en su punto de crecimiento. Si se encuentran en un sitio donde reciben una cantidad

Colibrí Ermitaño Colilargo

moderada de luz, cargan hojas bien desarrolladas de la usual forma trilobada; pero en las sombras más profundas, las hojas se reducen mucho en tamaño, a veces hasta ser pequeños rudimentos que pronto mueren.

Cada hoja de rama floral, si no es demasiado rudimentaria, lleva en la base de su pecíolo velludo dos, tres o cuatro glándulas nectararias pequeñas y rojizas, en forma de copa y abriendo hacia abajo. En la axila de cada hoja hay un botón de flor y un largo zarcillo no ramificado, que es a menudo rudimentario. Sobre éstos, hay un botón accesorio que usualmente no logra desarrollarse pero que puede convertirse en rama si la punta del brote floral se destruye. El botón de flor está rodeado de una envoltura de tres brácteas pálidas, anchas y lanceoladas, con cierta cantidad de nectarios en los bordes de éstas. Así, en adición a los nectarios florales, los retoños están equipados con numerosos nectarios extraflorales, cuyas secreciones atraen hormigas, otros insectos, y Ermitaños Enanos.

Las flores comienzan a abrirse al final de la noche. Yo he encontrado los sépalos y pétalos comenzando a separarse hacia las tres de la mañana. Cuando, poco después de las cinco, el primer vislumbre del amanecer ilumina el cielo al oriente, las grandes flores están abiertas a su mitad o más, y las anteras ya se han hendido para soltar el polen. Transcurrida una hora o menos, ya están completamente expandidas. A veces los sépalos y pétalos continúan volteándose hacia atrás, hasta quedar notoriamente replegados y rodeando el pedicelo. Los cinco sépalos y cinco pétalos son todos muy parecidos, en tamaño, forma y color rojo intenso; pero los sépalos son algo más largos, carnosos y anchos. Están reforzados sobre su cara externa por una quilla, que falta en los pétalos. La gran flor totalmente expandida mide catorce o quince centímetros de diámetro. Una planta raramente tiene más de dos o tres flores abiertas, y por lo general sólo una en cada rama floral, aun en la más larga, donde se van abriendo sucesivamente desde la base hacia el ápice.

Las flores permanecen abiertas y son visitadas por los colibríes durante el día. Unas pocas han comenzado perceptiblemente a cerrarse antes de la puesta del sol; otras están muy abiertas al caer la noche. Gradualmente se cierran durante la noche y están bien plegadas cuando amanece. Después de cerrarse, el periantio gradualmente se marchita pero persiste alrededor del tallo de la fruta en desarrollo. Aun cuando no se logre la polinización, y por consiguiente no habrá semillas, la flor se pliega al término de su único día de gloria y no vuelve a abrirse más. No obstante, una sucesión continua de flores adorna la planta, hasta que la creciente sequedad de Marzo, detiene el florecimiento de las pasionarias. Las últimas flores de la estación suelen ser rosadas y apenas de la mitad de su tamaño normal.

Sobre la compleja estructura de la pasionaria, sólo necesito mencionar unos pocos detalles esenciales para entender su polinización. El ovario no está como en la mayoría de las flores, situado entre las bases de los pétalos o debajo de éstas, sino que sostenido en la cima de un esbelto y largo tallo que emerge del centro de la flor. Desde la cima de este ovario expuesto divergen tres estilos, cada uno de los cuales termina en un estigma expandido, con su superficie receptiva de polen volteada hacia abajo. Los cinco estambres se levantan en anillo alrededor de la base del ovario, con las cinco grandes anteras, cada una oscilando por enmedio colgada entre los estigmas y vuelta hacia abajo al interior de la flor.

En el centro de cada flor, rodeando el largo tallo que mantiene al ovario en lo alto, está la corona, una triple hilera de largos y delgados filamentos o pestañas. Cada filamento es rojo, rojo y blanco, o casi totalmente blanco algunas veces. Esta "corona de espinas", y otras semejanzas menos obvias de las partes florales con los instrumentos de la Pasión de Cristo, o sufrimiento y crucifixión, condujeron a los antiguos botánicos a darle el nombre de "pasionarias" a las plantas de este género. Debajo de la corona, el tallo central que sostiene al ovario, está rodeado estrechamente por un cuello o

manga de tejido grueso, ribeteado en su borde superior, y volteado hacia arriba en su borde inferior como puño de camisa. Esta compleja estructura que circunda al tallo central guarda el néctar segregado abundantemente por ciertas glándulas en el mero fondo de la base tubular del periantio.

Las funciones de este cuello parecen ser, primero, excluir insectos y colibríes de pico corto, que podrían tomar el néctar sin transferencia de polen; y, segundo, controlar la postura de los visitantes preferidos, como los colibríes ermitaños más grandes. Para alcanzar el néctar, son compelidos por el fuerte collar a mantener sus picos aproximadamente paralelos al tallo central. Así, ya sea que la flor tenga la cara hacia arriba o hacia abajo, mientras liba néctar el colibrí debe sostener su cabeza tal que su coronilla pueda rozar alguna de las cinco anteras y los tres estigmas que permanecen en anillo encima de él. Los colibríes de pico largo que miré visitar a las flores, tenían la parte superior de sus cabezas oscuras, fuertemente espolvoreadas de polen claro. Estaban trabajando para la generosa planta, aunque no lo supieran.

Los frutos comestibles de las pasionarias se llaman granadillas en América tropical y “maypops” en el sur de los Estados Unidos. La porción comestible de la mayoría, la constituyen los gelatinosos arilos que rodean cada una de las numerosas semillitas oscuras de que está llena la cavidad del fruto, usualmente seco y duro. Los frutos de diferentes especies varían mucho en tamaño y en su calidad de comestibles: unos son apenas más grandes que uvas, otros tienen casi treinta centímetros de largo; algunos son dulces y aromáticos y ciertos tienen olor desagradable. El fruto maduro de la Pasionaria Escarlata, del tamaño y forma aproximados a un huevo grande de gallina, aparece bonitamente moteado de verde y blanco.

Cierta vez, a finales de Abril, en el alto bosque de segundo crecimiento donde a principios de año las flores escarlatas eran muy llamativas observé a

Flor de la Pasionaria Escarlata: a, antera; b, bráctea; c, corona; n, depósito de néctar; o, ovario; p, periantio; s, estigma; st. estambre; sta. tallo soportante del ovario v de los estambres (el follaje corresponde a una planta diferente)



una ardilla comiéndose una de esas frutas. El peludo animalito se sentó en un grueso bejuco que yacía tendido en el suelo en la base de un tronco de árbol. Mantenía su cola gruesa rojiza sobre el lomo café, y la fruta descansaba en el suelo delante de él. El roedor la había abierto por un lado para exponer la masa gelatinosa que llenaba la cavidad. Tomando un puñado doble de semillas entre sus patas delanteras, comía ansiosamente, repitiendo esto una y otra vez. De tiempo en tiempo mordisqueaba y descartaba más de la moteaba cáscara, exponiendo la masa interior. Tragaba las semillas junto con el arilo mucilaginoso en que cada una estaba separadamente encerrada, de la misma manera que mucha gente come las granadillas cultivadas. Probablemente las semillas mismas pasarían sin digerirse por el tubo digestivo de la ardilla, diseminando de esa manera la enredadera.

El peludo roedor con la barbilla y las patas delanteras chorreando pulpa pegajosa, me recordaba a un muchachito gozosamente entregado a un mango, olvidado de la limpieza y de la ropa. La ardilla siguió comiendo por varios minutos, hasta que hubo consumido bien el contenido de la fruta—una gran comida, supongo para un pequeño estómago. Terminando el festín, enjugó con cuidado su barbilla chorreada restregándola contra la corteza áspera del gran bejuco sobre el cual se había sentado, luego trepó por el largo tronco delgado y saltó alejándose entre las puntas de los árboles.

El olor, más bien desagradable de la cáscara, me había disuadido en el pasado de comer la fruta de la Pasionaria Escarlata. Pero la ardilla había disfrutado de tan obvia manera que decidí probarla por mi cuenta. La encontré deliciosamente agrídulce aunque no tan buena como la cultivada granadilla común.

9. *Tangaras moteadas*



De las doscientas veintitrés especies de tanágridos que hay en el Hemisferio Occidental, único lugar donde ocurren, cuarenta y seis son conocidas en Costa Rica. Dieciséis han sido encontradas en Los Cusingos, de las cuales trece son residentes que procrean en el lugar. Aquí permanece la Tangara Veranera durante la mitad del año como residente de invierno, y la Tangara Escarlata hace escala al pasar en su larga jornada desde su hogar de invierno en América del Sur a su hogar de verano en el Norte. Ocasionalmente bajan Eufonias Capuchicelestes de las tierras altas de Costa Rica, en donde anidan, a comer bayas de muérdago, pero no se quedan por largo tiempo.

¡Qué grupo tan lleno de colorido forman nuestros tanágridos! La especie más abundante en descampados es la Tangara Lomiescarlata, cuyo nombre describe muy bien al macho aterciopelado. La hembra, más opaca que éste, tiene pecho y rabadilla de vívido color naranja. La Tangara Hormiguera Coronirroja de color rojo apagado, la Tangara Caponiblanca de color negro, y las tres especies residentes de eufonias de color negro purpúreo y amarillo, todas tienen hembras que visten con mayor sencillez. En nuestros restantes tanágridos que residen aquí permanentemente, los sexos son demasiado similares como para distinguirlos con facilidad. Estos comprenden a la

Tangara Azuleja, con alas de intenso azul; la Tangara Dorada de color amarillo subido con garganta gris plata; la Tangara Capuchidorada de colores azul, negro, blanco y amarillo; y de bella Tangara Cabecicastaña, cuyo cuerpo es verde intenso y azul claro. No obstante la generosa que es nuestra representación de tanágridos, difícilmente sugiere la inmensa variedad en coloración con que cuenta la familia, especialmente entre sus especies de la América del Sur. Las tanágridos contribuyen más que ninguna otra familia a la belleza de la avifauna en América tropical.

El género más grande y agraciado en esta familia es el *Tangara*, con aproximadamente cuarenta y cinco especies. Estos pequeños tanágridos que parecen gemas, se encuentran con máxima abundancia en las estribaciones densamente arboladas de las cordilleras que se extienden desde el Sur de México hasta Bolivia, pero de ninguna manera faltan en cálidas tierras bajas, y unos pocos viven de forma permanente en alturas montañosas frías y tempestuosas. Su alimento consiste principalmente de pequeñas bayas, y de suaves arilos ricos en aceite, que rodean las semillas de muchos árboles y enredaderas tropicales. Varían su dieta con insectos y arañas, en busca de los cuales escudriñan brincando a lo largo de ramas horizontales, y encorvándose, ahora sobre este lado, ahora sobre aquél, para ver qué puede estar oculto en la corteza o musgo debajo de las ramas. También recolectan insectos entre el follaje.

Tal como acontece con muchos otros pájaros tropicales de brillante colorido cuyos sexos son semejantes, las especies de *Tangara* que mejor conozco permanecen unidas a través del año. La pareja con frecuencia vagabundea entre las copas de los árboles acompañada de otros pájaros pequeños. A diferencia de ciertos miembros de su familia, estos elegantes tanágridos se hallan pobremente dotados para el canto. De los que conozco bien, ninguno clasificaría siquiera como cantor de segunda clase. De varios he oído apenas agudos *tics* en serie, o secas notas como de insecto. Los teóricos de genera-

ciones anteriores razonaban que la naturaleza, económica a despecho de su pródiga diversidad, negaba parcamente el canto a aquellos pájaros que había adornado de colores con generosidad. Los ornitólogos modernos han notado que diferentes especies de pájaros cantan más profusamente cuando les faltan compañeros, o se separan de ellos. Aunque apareados constantemente, los soterrés tropicales se cuentan entre los cantores mejor dotados y persistentes, sin duda porque estos pajaritos de colores apagados, forrajean por lo común en medio de vegetación tan densa que perderían contacto entre sí de no mantenerse comunicados por medio de la voz. Los vívidos tanágridos, que forrajean y vuelan con mayor visibilidad, tienen menos necesidad de la voz; unas cuantas notas resultan adecuadas para informar a sus asociados que están próximos a volar. Aparentemente sus cantos han degenerado, en el curso de la evolución, porque tienen poca necesidad de ellos.

Las cuatro especies de *Tangara* de Los Cusingos vienen a comer bananos de la tabla, pero no con igual frecuencia. Comensales menos constantes son las Tangaras Cabecicastañas, quienes prefieren frutas silvestres y semillas ariladas en vez de bananos. Por cierto, todos los tanágridos vienen más escasamente al comedor cuando tales alimentos nativos abundan en la vecindad. Mientras están a la mesa, pueden verse los machos de todos estos tanágridos, pasando bocados de banano a sus compañeras, quienes se han servido abundantemente de la misma fruta por sí mismas.

Tres de nuestras cuatro especies de tangara (la Cabecicastaña, la Capuchidora, y la Dorada) tienen coloración típica de su género, con parches sólidos de color subido. La de la cuarta es inusitada no sólo en su género sino en la familia de tanágridos como conjunto. Digna de su nombre, la Tangara Moteada está recubierta de manchas negras sobre la mayor parte de su plumaje superior amarillo verdoso, y sus partes inferiores blanquecinas. Aumenta su curiosa apariencia una fuerte marca negra entre la base de su pico corto, grueso, negro, y sus ojos oscuros, encima de los cuales se ve la

raya que anteriormente dio lugar a que se la llamara Tangara Cejiamarilla. En algunas parejas, el macho es más intensamente marcado que la hembra, pero esto puede relacionarse con la edad así como con el sexo, puesto que los pájaros jóvenes no tienen manchas tan fuertes como los adultos.

Los lazos familiares son fuertes en las Tangaras Moteadas, quienes entre períodos de procreación, a menudo vuelan en grupos de tres o cuatro, raramente más, sin duda padres con su cría bien crecida. El llamado es una nota corta, clara, con algo de campanita. Su canto si se le puede llamar así, consiste en una serie de notas similares, débiles y claras, repetidas con frecuencia creciente hasta formar una especie de vibración que parece adelgazar hasta un punto agudo mientras las aceleradas notas disminuyen de volumen. Cierta mañana, una familia de cuatro, impacientes por desayunar, vinieron directo hacia el corredor a picotear los bananos que yo había dejado sobre una mesa, con la intención de llevarlos a la tabla del jardín. Cuando los bananos escaseaban, colocaba naranjas partidas en dos sobre el comedor. La mayoría de los comensales consideraban éstas un sustituto aceptable de aquel fruto más sólido. Las Tangaras Moteadas son particularmente aficionadas al jugo de naranja, que picotean dentro de la misma una y otra vez levantando sus cabezas para conseguir que el jugo fluya por sus gáznates.

En octubre pasado, observé un par de Tangaras Moteadas aproximarse a uno de esos nidos sedosos que las pequeñas y negras Hormigas Hilanderas tejen mediante sus larvas secretoras de hilo, entre el apiñado follaje verde de los árboles. Las tangaras cogían hormiga tras hormiga de la superficie del nido o de las ramitas y hojas circundantes. Levantando el ala, cada pájaro restregaba una hormiga a lo largo de su superficie inferior o interior, luego parecía comerse al insecto. Ciertas veces una tangara daba señales de ponerse la hormiga bajo su cola inclinada hacia adelante, y otras veces tragársela de inmediato sin que entrara en contacto con su plumaje. Sin embargo, la rapidez en los movimientos del pájaro, la altura del nido de hormigas, y la

Tangara Moteada



interferencia de las hojas me impedían ver esto lo suficientemente bien como para estar seguro. Durante varios minutos, ambas tangaras siguieron sin interrupción comportándose de la misma manera con cada hormiga que cogían, mientras las pobres hormiguitas restantes, permanecían enhiestas sobre su nido como es costumbre al ser perturbadas, y probablemente, golpeaban sus abdómenes contra éste, haciendo un sonido de cascabeleo que yo no oía por hallarme demasiado lejos. Luego, con sus débiles trinos de reclamo, ambos pájaros se alejaron volando, dejándome perplejo, como siempre me ocurre cuando observo esta curiosa práctica, muy difundida entre pájaros, llamada “hormiguar”. A despecho de muchas explicaciones más o menos ingeniosas, no estamos seguros todavía de por qué los pájaros se comportan con las hormigas, o ciertos sustitutos de ellas, de esta curiosa manera.

He encontrado huevos de la Tangara Moteada desde Abril hasta Junio, pero sobre todo en Mayo. La época de reproducción es evidentemente mucho más larga que ésta, porque durante varios años he visto padres alimentando volantones en Octubre y aun a principios de Noviembre. La docena de nidos que encontré estaban en árboles y arbustos desde un metro veinte centímetros hasta quince metros por encima del suelo, pero sólo dos de ellos a menos de tres metros. Aunque los pocos nidos que vi se hallaban en descampados sombrosos cerca del bosque, sospecho que muchos se construyen en lo alto de árboles selváticos, impidiendo su detección.

Como en todas las especies de *Tangara* sobre las cuales tengo información, el nido de la Tangara Moteada es una compacta copa abierta. Sin embargo, difiere de los que hacen sus tres deudos en este valle por la ausencia de musgo, hepáticas, o diminutos helechos epifíticos, todos vivientes, que dan su color verde a los exteriores de nidos pertenecientes a las especies Dorada y Cabecicastaña. El nido de Tangara Moteada está compuesto de materiales secos tales como los rizados raquises secundarios de las hojas dos

veces compuestas de la Mimosa Trepadora, con una capa intermedia de hojitas o tiras rasgadas de hojas mayores, y un revestimiento de pelo de caballo o de negros filamentos fungosos que se asemejan a éste, llamado algunas veces “pelo de caballo vegetal”. El nido es liado entre sí y sujetado a su sostén con telaraña, y en su fondo tiene usualmente unos cuantos fragmentos de esos líquenes foliáceos grises que crecen sobre la corteza de los árboles.

Ambos sexos de Tangara Moteada cooperan en la construcción del nido, como es usual, aunque no invariable, en el género *Tangara*. Regularmente, arriban juntos con material en sus picos, y cada uno a su vez entra al nido para colocar lo que ha traído, y conformar la estructura. En ocasiones, uno de ellos pasa su contribución al otro que ya está sentado allí. Durante interrupciones del trabajo, el macho suele alimentar a su compañera.

En Mayo, hace varios años, encontré cierta pareja de Tangaras Moteadas construyendo su nido entre tupido follaje, muy afuera en una rama horizontal de Poró Rojo en nuestro jardín. El pie derecho de la hembra, de algún modo había sido lastimado con tanta severidad que se hallaba inutilizado por completo, y ella siempre lo levantaba al posar. Probablemente debido a su impedimento, ella y su compañero trabajaron despacio y construyeron una estructura de profundidad excepcionalmente escasa, que parecía inconclusa cuando recibió huevos al fin del mes. La puesta consistió de dos, cantidad que siempre he encontrado en nidos de ésta y otras especies de *Tangara*. Las cáscaras eran de color blanco mate, fuertemente manchadas con pardo, en especial sobre el extremo más ancho.

No observé incubar a la hembra, pero sin duda efectuó sola su tarea, como en otros nidos de Tangara Moteada que he estudiado, y según ocurre al parecer con toda la familia de los tanágridos. Probablemente, mientras atendía su nido fue alimentada por su compañero; cierto macho de Tangara

Moteada alimentó a su pareja que incubaba, diez veces al día, y otro siete veces al día; pero las hembras necesitaban más comida que esa y tuvieron que buscar el resto. Pocos días después, un huevo desapareció del nido en el árbol de poró, quizás por haber caído de la estructura tan superficial. El otro huevo requirió al menos quince días para reventar, un día o dos más de lo normal. Evidentemente la hembra lisiada, incapaz de forrajear con plena eficiencia, prolongó sus ausencias del nido mientras buscaba comida. Una Tangara Moteada sana, deja su nido alrededor de quince veces al día, por intervalos que escasamente exceden los veinte minutos, y mantiene sus huevos cubiertos entre el 75 al 80 por ciento del día.

El pichón era un típico tanágrido recién nacido, de piel rosada sombreada por escaso plumón gris, ojos bien cerrados, y boca que revelaba un interior rojo cuando se alzaba, muy abierta, pidiendo comida. Después de nacido éste, dediqué más tiempo para observar el nido. La pierna derecha de su madre, que no mejoró mientras incubaba, se veía prominentemente hinchada en la articulación del tobillo y retorcida hacia adentro. Por su postura cuando descansaba sobre una ramita, uno difícilmente inferiría que posaba sobre una pata, sosteniendo arriba el miembro inutilizado. Ciertas veces sin embargo, mientras ella permanecía al lado del nido, apoyaba su ala derecha medio desplegada contra el borde para ayudarse a estar de pie. Sus movimientos en el nido con frecuencia parecían un poquito desmañados, sugiriendo su impedimento; no obstante, en conjunto, sus actividades parentales las desarrollaba notablemente bien.

La severidad de tal desventaja en la tangara hembra era más notoria cuando visitaba la repisa de comer, que recientemente recibiera una mano de pintura asfáltica para limpieza y preservación. Si estaba húmeda por las lluvias frecuentes en esa estación, la tabla se ponía tan resbalosa que la tanagra coja hallaba difícil permanecer de pie. Para sostenerse, a veces descansaba sobre toda su pierna sana, bajando también la enferma, cosa que

nunca la vi hacer mientras posaba en una ramita. Con semejante postura contranatural, le era difícil meter el pico en lo sólido de la fruta y arrancar un buen trozo. Mientras intentaba hacer esto, patéticamente resbalaba a su alrededor, y después de lograr algunos bocaditos de banano, volaba alejándose. Otros pájaros, difícilmente se vieron afectados por la lustrosa superficie negra de la tabla. Plantando ambos pies firmemente sobre ésta, removían con facilidad trozos de banano; o bien se paraban sobre la fruta mientras se la comían.

Yo aplaudía el espíritu indomable de la tangara hembra, que atendía fielmente al crío no obstante su severo impedimento. Durante la mañana en que éste cumplía una semana de edad, lo cobijó dos tercios del tiempo con sesiones que duraron casi media hora. Alimentó al pichón sólo dos o tres veces en tres horas y media, mientras su compañero trajo comida doce veces. Cuando él arribaba con un bocado mientras ella se sentaba, solía pasárselo a ella para que lo entregara al pichón, o darle parte de la comida a ella y el resto directamente al pichón. Cierta vez, mientras la hembra estaba dándole al pichón la comida que él le había traído a ella, él se alargó sobre el lomo de ella para alimentar al crío al mismo tiempo —una escena encantadora.

Cuando el pichón creció en edad, se hizo evidente que tenía tres servidores. El auxiliar era una Tangara Moteada en plumaje adulto, que no se diferenciaba del compañero de la hembra coja. A veces los tres llegaban o se alejaban juntos; pero con más frecuencia eran los dos padres quienes venían al nido juntos mientras su asistente voluntario, de sexo desconocido, seguía su propio camino. Durante nueve horas de observación cuando el pichón tenía entre doce a quince días de edad, su padre y el auxiliar lo alimentaron 62 veces en total, mientras la madre lisiada, quien por cierto estaba haciendo su parte, lo alimentó 52 veces. Sin duda, el padre lograba traer comida más a menudo que el auxiliar. Por todo, el pichón fue alimentado 114 veces en nueve horas, a una tasa de 12.7 raciones por hora. La comida fue acarreada

principalmente en la combada garganta del servidor o dentro de su pico, sobresaliendo apenas en parte, tal que resultaba difícil identificarla. Con frecuencia yo distinguía bayas negras, y ciertas veces, rojos y carnosos arilos que revestían las semillas de los cercanos árboles de *Clusia*.

No es inusitado para los padres del género *Tangara* recibir ayuda mientras cuidan sus crías. Para la *Tangara* Capuchidora, el auxiliar puede ser, ya un joven de una nidada anterior nacido en la misma temporada, fácilmente distinguible por su plumaje opaco, ya un pájaro de mayor edad que no se diferencia de los padres. Cierta vez observé cuatro *Tangaras* Cenicientas —verdaderas Cenicientas entre sus brillantes congéneres— atendiendo dos pichones. En Trinidad, a veces cuatro o cinco *Tangaras* Turquesas adultas alimentaron a los jóvenes de una sola camada.

La tangara coja siguió cobijando a su crío en el árbol de poró por las noches hasta que alcanzó la edad de doce días. Durante sus últimas tres noches en el nido, aquél durmió solo, y alzó vuelo a la edad normal de quince días. Poco después de su partida, lo encontré posando en la proximidad sobre un alambre de cerco. Cuando me aproximé al volantón, sus tres asistentes se aventuraron hasta casi ponerse dentro de mi alcance, emitiendo agudas notas. Aunque bien emplumado, el jovenzuelo volaba débilmente, y lo capturé con facilidad en la hierba alta, donde intentaba escapar de mí. Después de examinarlo, lo puse en un arbusto para mayor seguridad.

Durante las dos semanas siguientes, con frecuencia veía a la tangara lisiada llevar bocados de banano del comedor, algunas veces con dos compañeros, quienes también volaban alejándose con los picos llenos. Luego, dieciséis días después de abandonar el nido, noté por primera vez al jovenzuelo en el árbol de Guayaba que sostiene la mesa. Descansaba arriba de la tabla, mientras su madre coja le traía bocados de fruta, que él recibía con decoroso silencio, en vez del importuno clamor de algunos otros pájaros

jóvenes cuyos padres los traen para alimentarlos. Durante un mes entero después de dejar el nido, o hasta que tuvo cuarenta y cinco días de edad, la joven Tangara Moteada fue alimentada por su madre y otros asistentes; pero, pocos días antes de terminar este intervalo, noté que también se ayudaba a sí misma.

Pasada la mitad de Septiembre, busqué en vano a la madre lisiada. Todas las Tangaras Moteadas que ahora venían a la tabla por bananos, hasta cinco juntas a veces, tenían buenas las dos piernas. Yo esperaba que una de ellas fuese la valiente hembra coja, ahora disfrutando del uso de dos pies sanos; pero, en vista de la severidad de su lesión, esto parecía improbable.

Tres años más tarde, noté que cuatro Tangaras Moteadas estaban interesadas en un nido sobre un árbol de Muñeco, visible a través de la ventana de mi estudio. Cuando levanté el espejo para ver los dos huevos, todas las cuatro se acercaron, protestando. Infortunadamente, después de instalar un escondite, para observar el nido desde cierta posición más ventajosa, los pájaros lo abandonaron. Los arbustos circundantes me forzaron a colocar el escondite más cerca de lo deseado por mí, pero nunca imaginé que estos pájaros, generalmente muy confiados, fueran tan susceptibles. Ello ocurrió a mediados de Abril. Durante los meses siguientes, las cuatro tangaras continuaron viniendo juntas al comedor. Luego, cierto día de Agosto, llegaron con dos volantones. Aunque los jóvenes pájaros ya se asistían a sí mismos con las frutas, por lo menos tres de los mayores se dedicaban a alimentarlos.

Estas seis tangaras, con frecuencia estuvieron viniendo juntas a la mesa, inclusive hasta el año siguiente. Jamás advertí ninguna discordia entre ellas; pero, cierta tarde de Enero, en que se hallaban presentes nueve Tangaras Moteadas, las cabezas erguidas y las notas ásperas revelaron antagonismo mutuo. Finalmente, dos se trenzaron en lucha y cayeron al suelo, donde pronto se separaron. Esta riña sin consecuencias fue una de las pocas demos-

tracciones de violencia que he visto protagonizar a las tangaras, quienes se sitúan entre los miembros más pacíficos de la avifauna.

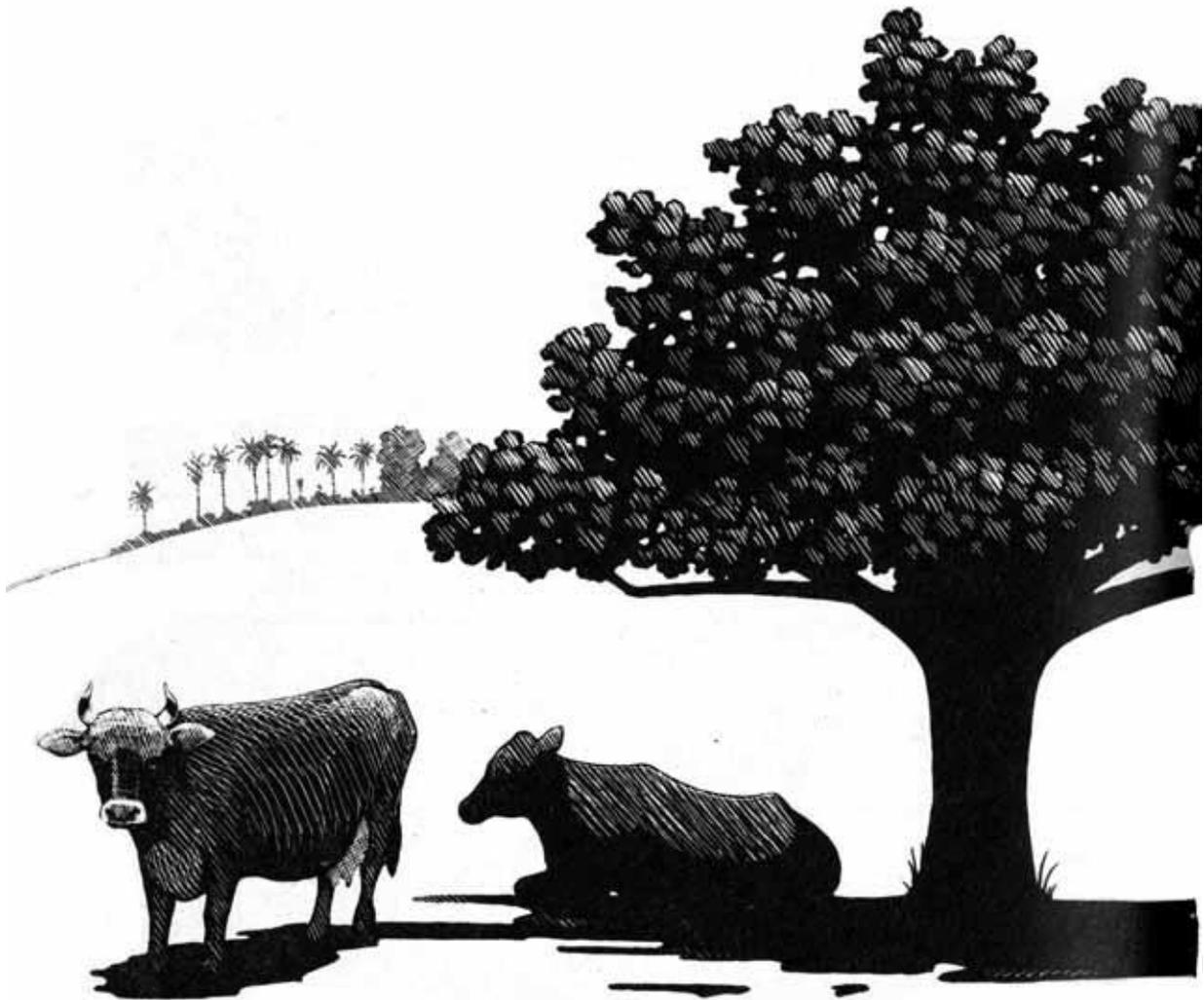
Todavía en Febrero, las seis Tangaras Moteadas venían en bandadas a la mesa del árbol de Guayaba. La estación de apareo se aproximaba, y yo me preguntaba si todas atenderían el mismo nido. Pero, antes de que empezaran a construir, partí hacia las tierras altas para una temporada con diferentes clases de pájaros, y cuando regresé en Julio, las seis ya no nos visitaban en conjunto.

10. *Socios cuadrúpedos*



Hace unos pocos años, el camino que bordea Los Cusingos estaba toscamente balastado con cantos rodados. Ahora el bus de San Isidro pasa tres veces diariamente por nuestra puerta. Los caballos casi han desaparecido de las carreteras y difícilmente se ven en las calles de la ciudad donde faltan lugares para apersogarlos. Si bien, desde la crisis del petróleo, el precio de la gasolina subió a cerca de cincuenta centavos de dólar por litro, el valle se encuentra completamente motorizado.

No era así cuando vine aquí. Aun el más pobre finquero descalzo cabalgaba en su caballo, sin que nunca un vehículo motorizado lo sacara del centro del camino. Muchos de los caballos eran tan pequeños que en otra parte les habrían llamado “ponies”; cuando me montaba en algunos de ellos, mis pies casi tocaban el suelo. Durante mi primer año en el valle, compré un capón bayo para hacer una jira a Cartago y San José, cruzando El Cerro de la Muerte. Habiendo venido por aire, deseaba conocer este trayecto largo y escabroso acerca del cual había oído tanto. Aunque lejos de ser un gigante equino, mi nuevo caballo era tan grande respecto de la mayoría en el valle, que los vecinos se referían a él como El Caballón. Este apelativo, acortado y anglicanizado vino a ser su nombre, Bayón.



Sobre el largo y empinado sendero de trepada hacia El Cerro de la Muerte, en medio de selva virgen hirviendo de moscas negras y moscas venaderas que perseguían sin compasión al pobre animal, Bayón se comportó tan mal que hube de mandarlo de regreso y continué a pie por cuatro días, cargando sobre mis hombros la colcha enrollada, provisiones, y otra impedimenta que él traía.

A despecho de este arranque tan poco promisorio, Bayón y yo finalmente llegamos a ser amigos. Me servía bien en jiras de recolección botánica alrededor del valle, y cinco años después de comprarlo, me cargaba por allí mientras buscaba la finca que vino a ser mi casa y la suya. Aquí tenía pasto succulento, una corriente de agua clara para beber, y árboles sombreros que le proporcionaban un fresco refugio del cálido sol de mediodía. Hasta que los buses desplazaron a los caballos, él fue mi cabalgadura preferida en mis viajes infrecuentes a la ciudad.

Bayón era un caballo de carácter fuerte. Su habilidad para leer el pensamiento de su amo, era asombrosa. Podía acercarse corriendo cuando se le llamaba por su nombre, lamer sal de mi mano, y como regla, permitir que le acariciase o pusiese mis brazos en torno de su cuello estando suelto en el potrero. Incluso, estando echado, me permitía que le diera golpecitos —una demostración inusitada de confianza. Pero, si quería ensillarlo para un paseo, como que adivinaba mi intención, y se mantenía fuera de alcance. Con una sogá escondida en mi bolsillo, podía acercarme despacio a él en la forma más casual como para acariciarle; pero si sospechaba mi motivo, se alejaba. El ardid de más éxito, era hablarles primero a los otros caballos y acercarme gradualmente a él. A diferencia de otros caballos, no había banano, maíz o sal que consiguiera ponerlo al alcance, cuando recelaba que habría de trabajar. Sin embargo, un lazo arrojado flojamente sobre su lomo, podía detener su huida, haciéndolo permanecer quieto y obediente hasta que le echaba un nudo al cuello y le llevaba a ensillar.

Vacas descansando

En abrir puertas, Bayón desplegaba ingenio. Muchas puertas en este valle son hechas con alambre de púas, atado por el lado abierto a un palo que se asegura al poste del cerco, mediante dos aros de alambre. Bayón pronto aprendió a coger la punta del palo entre sus fuertes dientes y halarlo hasta que se aflojaba, y la puerta caía abierta. La única manera de evitar que la abriera de ese modo, era atar el palo al poste de la puerta con una soga. Las de madera eran a menudo más difíciles de abrir; pero yo observaba con asombro cómo él descubría el secreto de cierta palanca que cerraba esa puerta no familiar. Sólo cuando ésta se aseguraba con un candado, me sentía seguro de que Bayón permanecería en el potrero.

El propósito de estas incómodas manipulaciones con las puertas era tener acceso al pasto más sabroso del otro lado del cerco, o, durante una travesía, volver a casa. Cierta vez, mientras visitaba una finca distante, Bayón escapó del potrero y tomó el camino valle arriba. Me habría quedado sin cabalgadura, a cuarenta kilómetros abruptos y montañosos de la casa, si no es que el policía lo viera cuando corría a través del poblado próximo y lo persiguiera en otro caballo, capturando finalmente al fugitivo y procediendo a devolvérmelo, por lo que el hombre recibió justa recompensa. Cuando me casé y traía la novia al hogar, encontramos necesario pasar la noche en San Isidro. Los tres caballos que nos habían mandado de Los Cusingos, fueron soltados en un potrero de puerta débil, de la que yo estaba seguro que Bayón podría abrir, así que por la noche la até bien con un lazo. A la mañana siguiente, el lazo estaba cortado como por un cuchillo, la puerta abierta y los caballos se habían ido. Después de una búsqueda de horas en la vecindad sin encontrar a los tunantes, alquilé dos caballos. De camino a casa, supimos que los tres nos habían precedido pasando al trote hacia la finca. Fue éste un comienzo embarazoso en mi vida de casado.

Las piernas largas y firmes de Bayón servían bien para cruzar muchas corrientes del valle donde no había puentes. Regresando una tarde de San

Isidro, fuimos atrapados por un fuerte aguacero. Llegando a Quebrada Hermosa, a tres kilómetros de la casa, la encontramos crecida de agua oscura e impetuosa, arrastrando troncos y otros objetos flotantes. Varios montados esperaban a que el río bajara. Junto al vado había un puente peatonal estrecho, suspendido por cables, sobre el que los niños cruzaban en su ruta de ida y regreso a la pequeña escuela, techada con paja. Removiendo alforjas, montura, y freno, acarrié todo sobre el puente, mientras Bayón fácilmente cruzaba solo el vado. Luego lo volví a ensillar y me monté, dejando a los otros hombres, con caballos pequeños, en paciente espera de que la corriente bajara.

Bayón no se comportaba siempre igual. La vez siguiente cuando regresaba a casa y encontré la Hermosa inundada, intenté cruzar de la misma manera; pero Bayón se resistió a todos mis esfuerzos de hacerle pasar el vado. Una corriente de montaña crecida es mucho menos peligrosa para un caballo que para un jinete. Si el caballo da un traspies y el hombre pierde su silla, a menudo lo arrastra la corriente y se ahoga; el animal, con cuatro piernas y un centro de gravedad más alto, usualmente manipula para recuperar sus patas y ganar la orilla.

Mientras me hallaba luchando con Bayón, un hombre a quien yo conocía, arribó a caballo balanceándose como si hubiera tomado algunas copas de más; era un finquero que había acumulado suficiente dinero para divertirse, y llenaba sus días ociosos chismorreando en las ventas del lugar y bebiendo licor fuerte. Después de un simple vistazo al torrente de agua, desmontó, cortó un varejón, luego montó de nuevo y arrió su pequeña yegua hacia el arremolinado caudal. Cuando los observé batallando en medio de la corriente con el agua arriba de la cincha de la bestia tambaleándose peligrosamente, me acordé del viejo dicho “Los necios se precipitan...” No obstante, el hombre ganó la orilla opuesta y luego se volteó para verme, mientras yo trataba aún de persuadir a Bayón para que cruzara solo el vado.

Regresando por el puente peatonal, él se me ofreció a montar mi caballo y hacerlo cruzar el río, por un precio más alto del que yo estaba anuente a pagar.

Cuando intenté de nuevo hacer que Bayón entrara al agua, el recalcitrante caballo se corrió a lo largo de la ribera. Entre más pensaba en mi reloj, cartera, correspondencia y compras que llevaba a casa, entre más dudaba en arriesgarme a mojarlos, cabalgando a través de la corriente embravecida, más determinado me sentía a que Bayón obedeciera. La luz del día estaba desvaneciéndose. Cuando el achispado finquero, que continuaba observándome, vino de nuevo a ofrecer sus servicios, redujo sus honorarios a dos colones, por los que condujo a Bayón a través del agua.

Cuando teníamos potrillos, Bayón corría y retozaba con ellos, más de lo que solía su madre, la sosegada Rosilla. Las relaciones de él con ellos eran siempre muy amistosas; toleraba una sorprendente cantidad de juguetones mordiscos en sus piernas a los traviosos jovenzuelos. Aunque su trabajo variaba entre hacer largas travesías con un jinete hasta acarrear sacos de granos y cargas de diferentes enseres domésticos, por lo general era liviano y no para desgastarlo. Siendo ya de veinte años —la edad mediana de un caballo— aún ocasionalmente corría alrededor del potrero como un potrillo. Las primeras gotas de una lluvia que se aproximaba, eran frecuentemente el estímulo que desencadenaba tales explosiones trémendas de energía. Después de una breve enfermedad no diagnosticada, Bayón murió, dieciocho años después de haberlo comprado, cuando tenía aproximadamente veintitrés años de edad. Su desaparición dejó un vacío en la finca.

Después que la Segunda Guerra Mundial arruinó el mercado de especímenes botánicos, hube de pensar en derivar alguna renta de Los Cusingos. Puesto que contaba ya con extensos potreros y me gustaban los caballos, decidí dedicarme a la crianza de ellos para venderlos. Como dije al comienzo del capítulo tres, poco después de adquirir la finca, compré en San José un

garañón bayo joven llamado Cañero, y una yegua ruana a quien nombré Rosilla. Cuando vi a la yegua por primera vez, era una calamidad, llena de garrapatas gordas y de grandes áreas en que todo el pelo había sido restregado. Pero era joven, con buena estampa y paso suave. Creí que con debido cuidado llegaría a ser una buena bestia, y por doscientos colones, me pareció inversión segura.

Conduje estos dos caballos sobre El Cerro de la Muerte, cabalgándolos alternadamente y llegué a la finca en cuatro días. Después de nuestro arribo, fui persuadido por los entendidos de que Cañero no era lo bastante fino para servir como semental, porque su trote era pesado. Los finqueros locales se preocupaban poco acerca del tamaño y el color de un caballo, interesándose más por su paso, prefiriendo una suave andadura. Por consiguiente, vendí a Cañero, obteniendo una pequeña ganancia. A finales, fue adquirido por un hombre que casi lo mataba cabalgándolo excesivamente. Cuando supe esto, decidí no criar caballos para personas que pudieran maltratarlos.

Con azufre, almagre, querosene y grasa de carreta curé la roña de Rosilla. Al cabo de unos pocos meses de buen pasto, llegó a ser una hermosa yegua, por la que recibí varias ofertas, pero no quería venderla. Su principal defecto era una insuperable aversión a los puentes, especialmente los cubiertos. Esto condujo a conflictos de voluntad, algunos de los cuales ella habría ganado, a no ser por la oportuna llegada de algún caminante, que la empujaba por el trasero mientras yo la halaba de la brida por delante. Quizás ella recordara alguna terrible experiencia con uno de los puentes de madera podrida, muy comunes en las áreas rurales alejadas. Su hocico mostraba cicatrices permanentes que, según se me dijo, indicaba que la habían domado con una jáquima equipada con banda de hierro. Aparentemente la mayor parte de su espíritu e inteligencia fue aniquilada en ella siendo una potranca, porque no era ni la mitad de lista que Bayón y sus dos propios potrillos.

Cuando se llamaba a los caballos para darles banano o sal, Rosilla era siempre la última en responder. Iba adonde iban los otros. Nunca aprendió, como Bayón y los potrillos, a meter la cabeza dentro de la ventana del comedor, para pedir tortillas y otras delicadezas de la mesa, cuando yo me sentaba como Robinson Crusoe a comer solitariamente. Casi todas las desgracias que acontecen a los caballos, le ocurrieron a la pobre Rosilla. Fue picada por arañas, chupada por vampiros. Era la más propensa a quedar lisiada y siempre fue la más flaca. Por diez meses le estuve curando una fea llaga supurante en una oreja, que aparentemente resultó del piquete de alguna de las grandes y peludas “arañas pica-caballo”. Finalmente sanó, pero quedó desfigurada en forma permanente, con una oreja caída. No obstante, ella tuvo el mismo cuidado que los otros caballos, y menos trabajo, escasamente alguno mientras estaba preñada o criando un potrillo.

Al año y medio de haberla comprado, Rosilla me dio una potranca, a quien llamé Atalanta, por la doncella calidonia famosa por su velocidad. Desde entonces aprendí que dar a un niño o animal cierto nombre sugestivo de una cualidad que esperamos llegue a poseer eventualmente el recién nacido, es como invitar a la desilusión. Mientras crecía, mi Atalanta desarrolló ciertas buenas cualidades, pero la rapidez no fue una de ellas. Negra al nacer, Lanta —como la llamábamos— vino a ser más clara con el paso de los años. A los cuatro, era lindamente salpicada; a los ocho, totalmente gris clara; en años posteriores, simplemente blanca. Cuando empezó a corretear en el potrero junto con Bayón, a la edad de un mes o dos, la quieta Rosilla solía trotar con ellos, procurando interponer su cuerpo entre el gran caballo y su cría. Pero la participación de Rosilla en el retozo era impulsada por solicitud maternal más que por deseo de jugar; pronto renunciaba a seguir y dejaba a Lanta y Bayón corretear solos.

Como otros potrillos, Lanta tenía una propensión a comer telas, de manera que las prendas de vestir puestas a secar tenían que colgarse fuera de

su alcance. Una vez arruinó un par de pantalones que la esposa de Abel había puesto a secar sobre un cerco. Otro día, puse mi escondite de tela frente a un nido de Saltador Gorgianteado en un potrero montoso. Al llegar en la madrugada siguiente para entrar en él y hacer mi observación matutina, encontré para mi congoja, que el díscolo potrillo había desgarrado el pardo cubículo desde arriba a abajo. El escondite y mi estudio del nido del saltador, se echaron a perder. Cuando maduró, Lanta superó este mal hábito.

Lanta solía lamer sal de mi mano, antes de permitir que se la tocara o capturara. Teniendo alrededor de cinco meses de edad, tontamente quiso pasar a través de un cerco de alambre de púas que tenía una hilera despegada, se enredó en el alambre, y aterrorizada en su esfuerzo por liberarse, se arañó severamente. Esta única lección fue suficiente; nunca más intentó escurrirse por un cerco. Se hizo necesario capturar y amarrar a Lanta, con objeto de curarle sus heridas y éste fue el comienzo de su educación. Por la época en que sanó, había perdido su timidez y ya no se corría cuando yo quería agarrarla. Pero se resistía al intentar halarla con una soga al cuello, y su primera lección consistió en enseñarle a seguir a quien la conducía. Cuando hubo aprendido esto, le puse montura, cuyos estribos al balancearse la asustaban. Pronto, sin embargo, se vino acostumbrando a caminar con montura, y a veces con alforjas de peso adicional. No la montamos hasta que pasó su segundo cumpleaños. Aceptó calmadamente su primer jinete. Luego el entrenamiento consistió en hacer travesías de longitud creciente, con un jinete y en compañía de uno o más caballos de mayor edad, hasta que estuvo preparada para ser cabalgada sola.

He leído de caballos salvajes de las estepas asiáticas que fueron capturados, derribados, ensillados y montados hasta quedar exhaustos, siendo de este modo domados en un solo día. El entrenamiento de Lanta se extendió por varios años, con un mínimo de fuerza y compulsión. Como resultado vino a ser una yegua calma, de temperamento dulce, que solía venir cuando

se la llamaba y no, como Bayón, que huía cuando se le requería para trabajar y no para recibir alimentos. Pero creció muy gorda para ser veloz y heredó de su madre la aversión a cruzar puentes de madera. La mayor parte de nuestros desacuerdos fueron causados por este infortunado rasgo. Lanta vivió hasta los treinta y un años de edad. Durante su último año, se consumió hasta ser una sombra de lo que había sido. Luego cayó, no pudo levantarse de nuevo, y compasivamente se la mató de un tiro —una decisión simple de ejecutar, pero muy dura de hacer.

Cinco años después de haber nacido Lanta, Rosilla parió otra vez. Su nuevo potrillo era bayo y no cambió de color al crecer. Le llamé Rocalpe, un nombre inventado sin antecedentes que pudieran despertar falsas expectativas. Antes que tuviera seis meses de edad, Rocalpe lamía sal de mi mano junto con los caballos mayores, y pronto mostró su espíritu dominante al mordisquearlos suavemente cuando ellos querían aventarlo. Aunque solía comer de mi mano, permanecía demasiado alerta como para capturarlo con los brazos abrazándolo por el pescuezo. Pasaban los meses y él crecía indómito. Podía darle golpecillos cariñosos y agarrarlo de la cola, pero no por el pescuezo, que resultaba necesario para ponerle una soga. Finalmente, fue lazado. Luego, por varias semanas, vagó en el potrero arrastrando una cuerda, con la cual se podía atraparle y traerlo a mano. Cuando llegó a ser menos espantadizo, se acertó la cuerda, hasta colgar sólo treinta centímetros del pescuezo. Pronto consintió en que lo abrazara por el cuello, y se le quitó la cuerda. Enseguida vinieron lecciones para ser conducido y, finalmente para cargar un jinete. Después que se dejó capturar fácilmente, resultó apenas más difícil de entrenar que Lanta.

Cuando maduró, el joven garañón se volvió contra su anterior compañero de juegos Bayón, y trató de alejarlo del potrero y las yeguas, tal que los dos tuvieron que ser apartados. Ahora, a sus treinta años de edad, Rocalpe se agota, como ocurrió con su madre y su media hermana, a despecho del buen

pasto y las raciones extras. Permanece por horas con una mirada tristemente pensativa, como soñando con la exuberante vitalidad, que una vez poseyó y que nunca más tendrá de nuevo.

En este valle, los caballos pasan todo el año en potrero abierto. Los nuestros tienen siempre un cobertizo, abierto a los lados, donde pueden guarecerse de la lluvia, una comodidad de que han carecido algunos caballos de los vecinos. El zacate ha sido siempre su alimento principal, con una ración semanal de sal, y cada día al atardecer un convite especial de bananos o maíz, para variar la monotonía de su dieta. Cuando caen las Guayabas de los árboles esparcidos en los potreros, los caballos las comen con avidez. Las semillas pequeñas y duras, pasan a través de ellos sin digerirse, para germinar y dar comienzo a nuevos árboles. Más limpios que muchos animales, nuestros caballos, excepto en extrema vejez, nunca han ensuciado sus albergues o los alrededores, ni el césped en torno de la casa, el cual mantienen bien recortado, igual que cualquier máquina cortadora de césped. Para descargarse, buscan un trecho de maleza o de zacate grueso, apartado de la hierba más baja y dulce que prefieren como pasto.

Por muchos años, estuve más estrechamente asociado con Bayón que con cualquier otro ser viviente. Viajábamos juntos, caíamos juntos en senderos abruptos y resbalosos, luego nos incorporábamos para continuar la marcha. Confié mi vida a la firmeza de sus patas mientras vadeaba torrentes de montaña inundados, donde la caída de un caballo significa un jinete ahogado. Venía cuando lo llamaba, comía de mi mano y a menudo parecía conocer mis intenciones. Sin embargo, un vasto golfo separaba su mente de la mía. Con frecuencia me interrogaba acerca de lo que pensaba, de lo que sentía, de lo que constituía la índole de su vida interior.

Especulamos acerca de la presencia de seres vivientes en planetas distantes; preguntamos si en alguna parte del sistema solar, o en el universo aún

más amplio, pueden existir seres semejantes a nosotros. Cada mente, de cada ser sensible de cualquier suerte, es en cierto sentido un planeta, siguiendo su distante y solitario curso a través de la vastedad del espacio más allá del alcance de cualquier otro planeta. Nosotros los humanos somos planetas de una clase especial, que enviamos significativas señales a través del vacío interplanetario por medio de palabras habladas o escritas, gestos y expresiones faciales, o el simbolismo de la música y las artes visuales. De esas señales interceptadas, extraemos inferencias acerca de la atmósfera espiritual de aquellos otros planetas que llamamos mentes humanas, pero nunca podemos demostrar que esas inferencias son exactas.

Las mentes de los animales de otras especies son planetas separados de nosotros por distancias mayores que aquéllas que median entre nosotros y otras personas. Las señales que nos llegan desde ellos son menos claras, más difíciles de interpretar. Así como las diferencias en densidad y composición de la atmósfera, intensidad de la radiación solar, fuerza del campo gravitacional, duración del día y del año —así como todas esas diferencias son evidentemente causa de que los seres vivos de otros planetas, si los hay, difieran profundamente de aquéllos de la Tierra, así también la diversa organización corporal de otros animales debe proporcionar a su vida síquica una cualidad distinta de la nuestra.

Bayón y yo diferíamos enormemente, no sólo en herencia e historia personal, sino que examinábamos nuestro contorno con órganos sensoriales que contrastaban en exactitud y en importancia relativa. El olfato le revelaba más cosas a él que a mí. El parecía ver mejor de noche, pero yo distinguía objetos más claramente durante el día. A veces le asustaba una gran hoja de plátano yaciendo a pocos metros adelante en el camino, que alguien había usado como paraguas y luego botado al cesar de llover. Después de olfatear la hoja, hasta se la comía. Mis ojos no me dejaban en duda tanto tiempo acerca del objeto en el camino.

No pretendo saber cuánto piensan los caballos ni estar capacitado para tasar la calidad de sus vidas síquicas. Pero cualquier satisfacción de que sean capaces, cualquier ventaja que puedan lograr en sus vidas, yo desearía facilitárselas. Si sus vidas son más breves y más pobres en profundidad y variedad de sentimientos que la mía —y si, como se alega, mi existencia espiritual continuará en un desconocido más allá, mientras las suyas terminarán con la muerte corporal— entonces parece tanto más urgente que en su trayecto más corto y estrecho, disfruten de cualquier felicidad que sea posible a la naturaleza equina. Deseo para ellos que cuenten con buen alimento, pelaje luciente, y no demasiado trabajo.

Por un tiempo, me pregunté a mí mismo cómo podía justificarme de arrear mis caballos en la vecindad y forzarlos para mí, cuando no mostraban inclinación espontánea de hacerlo. ¿Tenía mi autoridad otro respaldo que no fuera el de la fuerza, inaceptable como válido por la ética? Finalmente se me ocurrió, que mi asociación con los caballos era una simbiosis mutuamente benéfica, de la cual el mundo proporciona muchos ejemplos. Así como los hongos y las algas se combinan para formar líquenes —los cuales, por medio de la cooperación de estas dos formas tan diferentes de vegetación, prosperan sobre áridas rocas y en otros puntos donde no pueden florecer ni las algas ni los hongos solos— así el caballo y el hombre forman una asociación que ayuda a la supervivencia de ambos.

En este valle, antiguamente cubierto de bosque espeso, los caballos no hubieran podido existir sin hombres que les prepararan sus potreros, y conservaran éstos libres de la maleza, rápida en crecer, y de arboledas que sin oposición, pronto ensombrecen el zacate. Este trabajo duro y costoso merece alguna remuneración. Y, mientras nuestros caminos eran demasiados toscos para vehículos de ruedas que no fueran las despaciosas y traqueteantes carretas de bueyes, habríamos encontrado difícil e incómodo vivir aquí sin

caballos que cargaran con nosotros, nuestros abastos, y posesiones. El trabajo que hicieron los caballos para nosotros fue nuestra remuneración por el zacate y la sal y el cuidado que les dimos a ellos; tales cosas eran su recompensa por los servicios que nos prestaron. Mediante mutua cooperación, ambos vivíamos con más comodidad y seguridad de la que, tanto el caballo como el hombre, habríamos obtenido sin ayudarnos el uno al otro.

Fui cuidadoso en no exigir a los caballos una cantidad de trabajo desproporcionada respecto a los beneficios que yo les suplía, porque esto hubiera significado latrocinio y la ley de la fuerza. No deseaba hacerles la vida pesada, por vivir yo con facilidad, pues esto afrentaría a la justicia y al amor. Y puesto que por virtud de mi mayor experiencia e inteligencia, era juez único acerca de la equidad en nuestras transacciones, y ellos no tenían quien los defendiera, me sentía más cómodo cuando les daba a ellos el beneficio de todas las dudas de nuestra situación. ¿Quién, después de todo, puede tasar los valores relativos del trabajo de un hombre y el de un caballo?, ¿quién está para decir cuál esfuerzo, de los dos, clasifica más alto?. Prefería valorar en menos que en más, los beneficios que yo les proporcionaba, tener con ellos un crédito antes bien que una deuda. Y si soy, en algún sentido, más noble que cualquier otra criatura, que sea por lo que doy y no por lo que quito.

Vine a ser propietario de ganado casi por accidente. Abel me pidió comprar una vaca para que sus niños tuvieran leche. Yo no tenía el hábito de beber leche y dudaba en asumir la responsabilidad de criar ganado, porque requiere mucho cuidado. Sin embargo en una soleada mañana de mi primer Octubre en la finca, arribó a mi casa un forastero flaco y entrecano, con un parche blanco sobre un ojo ciego. ¿Quiere comprar una vaca?. La había dejado amarrada a la entrada de la finca y podía venderla barata. Caminé a la puerta con él para verla. La vaca era blanca y negra, con cuernos pequeños y bien formados; había parido su primer ternero, y en pocos meses tendría

otro. No parecía ser de buena raza; pero después de cierto regateo, convenimos en el precio de ciento treinta colones; y me decidí a correr el riesgo de la inversión. Resultó ser una saltadora de cercos, y pronto sospeché que había comprado una caja de dificultades. Por eso la llamé Pandora.

Después de tres meses, Pandora dio a luz una ternera color de cervato a quien nombré Io, que si se escribe Iº significa “primero” en español. Cuando creció, Io se puso tan linda que uno podía imaginarse estar frente a la novilla, custodiada por Argus, en que convirtió Zeus a la doncella, que cautivó su fantasía errante, y despertó los celos de Hera. Por ser el primer nacido de mis animales de finca, llegué a estar muy unido con ella. Pero cuando tenía dieciséis meses de edad, murió miserablemente, de una enfermedad que un veterinario, mediante un diagnóstico a larga distancia, pensó que era septicemia hemorrágica. Fue enterrada donde murió, bajo los palos de Guayaba cerca de la casa.

Seis semanas más tarde, Pandora sucumbió a la misma enfermedad, dejando huérfana a una ternera de cuatro meses de edad. Llamé Polígala a la segunda hija de Pandora, por las plantas de ese género, esperando que el nombre sería prenda segura de ubres repletas y generosas. Escapándose de un encierro, la ternera mamó a su madre pocas horas antes de que ésta muriera. Estábamos seguros de perderla, pero nos sorprendió viviendo hasta llegar a ser madre de varios terneros. Una belleza de color castaño oscuro y blanco al nacer, cambió a negro y blanco cuando creció, y demostró ser una saltadora de cercos como su madre. Finalmente, este último regalo de la caja de Pandora, fue vendido a un vecino, después que su dueño se cansó de sus travesuras de salta-cercos y de curarle las tetas que se rasguñaba al pasar muy a ras sobre el alambre de púas.

Aunque entre Mayo y Agosto o Septiembre no nos faltaban frutas y vegetales, durante los meses finales de la estación lluviosa y la mayor parte

de la estación seca, nuestra dieta llegaba a ser monótona, y vine a depender de la leche para mejorarla. Después de morir Pandora, compré Galactia, una vaca mejor y más cara, quien, junto con sus hijos y nietos reforzaron nuestro pequeño rebaño lechero. Por un tiempo, tuve una pareja de bueyes negros moteados de blanco, Diamante y Carbón, quienes tiraban una carreta y procuraban cierto dinerito a la finca, pero durante un período de problemas laborales, los vendí.

Aquí, en las fincas pequeñas, se acostumbra criar todos los terneros. Las mujeres de la finca son, como regla, responsables de la leche. Yo asignaba esta tarea a mi cocinera, quien siempre se desempeñaba a la manera local, como había aprendido a hacerlo en su casa. El ternero es agarrado en la tarde y atado por la noche bajo techo. A la mañana siguiente, la vaca se trae del potrero, amarrada por los cuernos y se maniatada para evitar una patada. Su ternero se conduce, ansioso y hambriento, permitiéndole chupar unos pocos sorbos de cada teta, “para que baje la leche”. Luego se le ata fuera del alcance del codiciado líquido; entonces la muchacha, inclinándose al lado del costado de la vaca sin usar banquito, limpia las tetas con un trapo húmedo y ordeña con una mano dentro del balde que mantiene con la otra. Después de extraerle el primer flujo de tres de las tetas, se permite al ternero succionar cada una, se repite la limpieza, y la última parte de la leche es puesta en un recipiente separado, porque se considera que tiene una calidad especial y se reserva para mezclarla con el café. Finalmente, se suelta al ternero, para que chupe la teta que le fue reservada y pase la mayor parte del día con su madre, mamando o comiendo hierba según su gusto. En la tarde, es cogido de nuevo y apartado de la vaca hasta la mañana siguiente. Este plan continúa hasta que el ternero se desteta, después de lo cual ha llegado a ser tan grande que, al momento del ordeño, empella a la madre con rudo vigor. La leche se hierve pronto, para conservarla sin refrigeración por lo menos durante el día.

Los hindúes llaman a la vaca “segunda madre del hombre”, porque nos da leche después que los pechos de nuestra madre humana se han secado. De

aquí, se sigue que los terneros que comparten la leche de la vaca con nosotros son nuestros hermanos y hermanas de leche; ambos somos nutridos de la misma fuente. Por consiguiente, tienen derecho a nuestra protección fraternal, a un trato considerado de nuestra parte. Privar a la vaca de su cría y tomar toda su leche egoístamente para sí, viola esta relación. Pero reclamar parte de la misma, en recompensa por todo el alimento y cuidado que le damos, parece bastante justo, especialmente porque con buen trato, suple más de lo que su ternero necesita para un crecimiento saludable. La vaca reembolsa con leche la atención que le damos, como el caballo lo hace con trabajo —un intercambio mutuamente ventajoso. Hacemos un socio de la vaca y un comensal de su ternero.

Cuando una ternera crece, llega a ser vaca lechera como su madre. Hasta el reciente cambio hacia la motorización, una gran proporción de los terneros en Costa Rica se destinaban a bueyes de tiro, que mantienen con nosotros casi la misma relación que los caballos, pagando con trabajo el alimento recibido. Los bueyes tienen derecho a las satisfacciones que pueden experimentar en el ciclo monótono de su existencia bovina, deglutiendo grandes bocados de hierba serenada cuando nace el sol, luego descansando en la sombra mientras rumian, o permaneciendo sumergidos hasta los tobillos en agua fresca a la orilla del río, para escapar del sol del mediodía. ¿Quién podría regatearles su bien ganado descanso después de haber arrastrado una carreta o un pesado tronco, con sus cuernos fajados a un yugo voluminoso? ¿Quién abreviaría innecesariamente sus horas de reposo?

Cuando compré Los Cusingos, tenía potreros bastante extensos, pero cercados en forma inadecuada, con sólo dos hileras de alambre de púas entre los campos, y ninguno del todo entre los potreros y el bosque. Tal era la práctica usual de la vecindad, donde los finqueros pobres trataban de ahorrar trabajo y dinero mediante pequeñas economías. Los caballos, que pueden detenerse con una sola hilera de alambre, usualmente permanecían fuera del

bosque; pero el ganado estaba de continuo saltando sobre los cercos o vagando a través del bosque, quizás en busca de un plantío de delicioso maíz joven, o tier nos vástagos de arroz en el lado más lejano. Lo más del tiempo los caballos permanecían en el encierro alrededor de la casa, donde mantenían el césped nítidamente podado y raras veces tocaban los arbustos. El ganado come una mayor variedad de plantas; y siempre que una vaca invadía el jardín, se iba directa a mi mejor mata de hibiscos o arrancaba el follaje rojo de la dracaena. Gradualmente, el cercado se mejoró, pero no antes de que el ganado descarriado nos obligara mucho a perseguirlo, a menudo bajo lluvias torrenciales.

El ganado era más susceptible a las enfermedades y los parásitos que los caballos que compartían los potreros con él. Aunque un caballo en buenas condiciones raras veces era atacado por garrapatas, excepto en las orejas, mi ganado periódicamente se hallaba cubierto de ellas y había que bañarlo con insecticida. Los caballos casi nunca eran molestados por Tórsalos —larvas de mosca que se meten bajo la piel de varios animales, inclusive el hombre, y levantan grandes protuberancias. Aunque se recomendaban diversos productos químicos para controlar estas larvas, no hallé nada más efectivo que apretarlas y sacarlas, una por una, con forceps dentados especiales, a través del agujero de la piel mediante el cual respiran, y al madurar escapan hacia el suelo para convertirse en ninfas. Cada larva, blanca y gorda, está cubierta de extremo a extremo, con hileras transversales de pequeñas y afiladas espinas negras, curvadas hacia afuera, que hacen difícil y dolorosa su extracción.

En ciertas épocas, la remoción de Tórsalos era una tarea quincenal. A veces un Tórsalo gordo me pegaba en la cara al presionar, o el pus sangui-nolento que reemplazaba a alguno ya muerto bajo la piel del animal, chorreaba la boca o el ojo de un operario desprevenido. Yo a menudo terminaba la tarea de remover veintenas de esta molesta larva, con las manos ensangren-tadas, el rostro salpicado de sangre, y el ánimo descompuesto. El ganado,

sostenido de los cuernos y la nariz por un asistente, luchaba y corcoveaba cuando se extraía cada gruesa larva; pero tan pronto se le soltaba, volvía a su plácida dehesa, aparentemente sin mayor detrimento por la experiencia. Un hecho curioso acerca del Tórsalo es que la mosca no deposita sus huevos directamente sobre el animal huésped, sino sobre otro insecto, tal como un mosquito, del cual pasan las larvas emergentes al mamífero que el insecto portador pica.

Cada orificio en la piel del ganado que no recibía una pronta atención se convertía en un nido de sinuosas larvas de otra clase de mosca, que tenían que arrancarse con pinzas o ser muertas con desinfectantes, o removidas por la combinación de ambos métodos, lo cual resultaba más efectivo. Otra aflicción eran las verrugas; en una vaquilla aparecieran por cienes, hasta que su cuello se cubrió de ellas y sus orejas se colgaron con el peso de grandes excrescencias foliáceas. Al desprenderse una verruga, dejaba un punto desollado donde las moscas depositaban sus huevos y se reproducían las queresas. Por seis meses atendí a la pobre Garza casi a diario, hasta que al fin, la mayoría de los brotes cayeron y se halló limpia de nuevo. Los piquetes de araña hacían que la piel de la lengua de una vaca se desprendiera en gruesas y pálidas escamas. La mastitis atacaba las ubres y secaba las fuentes de leche. Enfermedades más virulentas se llevaban de un solo golpe a una vaca, como sucedió con Pandora e Io. Todas estas dificultades, y más, las experimenté, no en el curso de la extensa práctica de un veterinario, sino en mi propia finca, en pocos años, con vacas que daban leche para dos casas apenas. El ganado parecía haber nacido para sufrir, y su propietario sufría con él. No extraña que periódicamente yo proclamara que vendería a toda la familia de astados —¡Una amenaza que siempre despertaba protestas de quienes perderían la leche!

Por más de doce años, batallé con el ganado, que a menudo parecía dar más problemas que leche. Entonces, cierto día de Marzo, un forastero con

apariencia de próspero llegó a caballo, con un grueso fajo de billetes en su bolsa. Estaba comenzando una finca y quería vacas para reproducción, no para sacrificio. ¿Podía venderle algunas? . Casi a la misma hora, mis vacas, que se habían descarriado, fueron devueltas con una nota de un vecino, pidiendo recompensa por daños ocasionados a su cañal. El forastero no podría haber llegado en momento más oportuno. Le vendí a Galactia, la matriarca del hato, y tres vacas más. No sin congoja, las observé cuando se las llevaban. A despecho de, o más probablemente a causa de todo el fatigoso cuidado que les di, me había encariñado con ellas. Más tarde, vendí las dos restantes vaquillas a unos vecinos. Los pocos terneros nacidos de mis vacas, ya los había vendido a otros vecinos que requerían bueyes. Por varios años, compramos la leche a un finquero que había adquirido una de las vaquillas, luego a otro vecino. Finalmente al faltar esas fuentes, venimos a depender de la leche en polvo traída de lejos. Por algún tiempo, los potreros se veían tristemente desiertos sin las vacas. Con todo, fue una suerte que no las tuviéramos más con nosotros, pues pocos años después de su partida, cuando el río cortó la finca, lo mejor de nuestros potreros vino a quedar de difícil acceso. Y, sin ganado, dispuse de más tiempo para otras cosas.

11. *Gallinas con personalidad*



Quando adquirí Los Cusingos, consideraba la finca como mi corral, y las trescientas especies de pájaros halladas aquí —residentes o migratorias— como los polluelos que había tomado bajo mi protección. Deseaba llegar a ser íntimo de estos habitantes alados de los bosques, matorrales y cursos de agua, para aprender todo lo que pudiera sobre sus vidas. Con tantos pájaros libres en que ocupar mi atención, no tenía tiempo para gallináceas domésticas, traídas por el hombre desde distantes regiones y que sobreviven aquí sólo bajo su cuidado. Con sus instintos y normas de vida deformados por incontables generaciones en condiciones contranaturales, parecen haber descendido del nivel de sus progenitores indómitos. A menudo carecen de la nitidez y la agudeza que dan encanto a las criaturas libres. En pocas palabras, miraba a las gallináceas domésticas como aves inferiores y no deseaba que interfirieran con mis estudios de los pájaros nativos.

Aunque nunca comía pollo u otra carne, en el desayuno disfrutaba de un huevo, que me ayudaba a mantenerme durante la mañana sin sentir hambre. Cuando vine por primera vez a El General, compraba los huevos a razón de veinte por un colón, entonces menos de un centavo por cada uno en moneda de los Estados Unidos. Pero, con la Segunda Guerra Mundial, la

construcción de carreteras locales, y la inflación, el precio subió, de modo que hoy no pueden comprarse dos por un colón. Mucho antes de que los huevos alcanzaran el elevado precio actual, una vecina me ofreció su conjunto de diez gallinas y un gallo por treinta y tres colones, y los compré con el objeto de economizar.

La adquisición de un grupo de gallinas no involucró elaborados preparativos para su acomodación. Se les preparó un dormitorio seguro en un árbol de Guayaba, rodeando su tronco con una banda metálica ancha, obtenida aplanando una lata de queroseno de cinco galones. Esta protección evitaba que zorros pelones, Pizotes y otros cuadrúpedos pudieran escalar el tronco porque el metal duro y resbaladizo no daba soporte a sus pezuñas. Las gallinas subían a reposar en su percha caminando sobre un palo largo inclinado, que se removía del árbol después de acomodarse ellas por la noche. Casi todas las gallinas en la vecindad dormían de esta manera, aparentemente sin menoscabo por las ocasionales lluvias nocturnas.

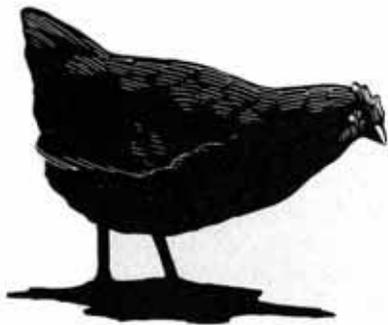
Algunos pocos vecinos proveían a sus gallinas de perchas con techo, lo que parecía una medida más considerada. Después de cierto tiempo les hice una percha para dormir, de esta suerte: un techo de paja en caballete, sostenido sobre dos altos horcones, cada uno con su guarda metálica, y bajo el techo, palos horizontales para que las gallinas posaran encima. Pero ellas preferían las puntas de los árboles, abiertas a las brisas nocturnas, el rocío y las lluvias. Desde el techo de su guarida, volaban hacia los árboles circundantes, abandonando su casita de refugio, la cual entonces se usó para abrigar a los terneros. Años más tarde, hice una clase diferente de guarida, apartada de los árboles, que nuestras gallinas se dignaron ocupar.

En las áreas rurales de Centro América, las gallinas ponen sus huevos en cualquier rincón o esquina de la vivienda de su propietario hacia donde las lleve su fantasía. En un pequeño hotel campestre, de regreso a mi cuarto,

cierta vez encontré un huevo recién puesto sobre mi cama. Otro día, mientras estaba fuera en el bosque recogiendo plantas, una gallina del vecino entró a la solitaria cabaña que entonces ocupaba, para poner su huevo encima de mi secador de plantas, después de escarbar un hueco en los cartones corrugados ablandados por la humedad de las plantas, dañando de este modo un equipo que resulta tanpreciado en lugares remotos. En casa rurales, no es extraño encontrar una gallina quietamente empollando sus huevos en un ángulo de la cocina o una caja debajo de una cama. Para mantener mis gallinas fuera de la casa, les construí cajas de anidar en el amplio corredor trasero y pronto les enseñé a poner allí. Algunas pollas hacían el nido para su primer huevo sobre el suelo entre un parche de malezas o hierbas altas; pero cuando este nido era encontrado y el huevo removido, todas excepto unas pocas gallinas obstinadas aprendieron a usar las cajas.

Aunque cuidaba de mis gallinas muy a la manera de mis vecinos, las mujeres tenían un hábito que yo rehusaba seguir. Con frecuencia arrancaban las plumas de la cola a sus gallinas, que protestaban con graznidos, pensando que tal mutilación hacía a éstas poner más huevos. No he advertido ninguna evidencia en favor de esa creencia. Si la remoción de la cola influencia la producción de huevos, el efecto sería más bien adverso; porque la gallina debe utilizar materiales para formar sus nuevas plumas, que de otro modo vendrían a integrar sus huevos. Además, la práctica es cruel; y destruye la apariencia graciosa de las gallinas, cuyas colas parecen balancear su largo cuello al caminar sobre el suelo con sus cabezas oscilando de atrás para adelante.

Mis aves de corral no eran de casta especial. La variedad criolla, naturalizada por siglos en el país, con poca selección más allá de la ejercida por el contorno natural, es más resistente que la recién importada, que llaman de raza. También son más hábiles para rascarse a sí mismas, y sobreviven con menos alimentación y cuidado. Sin el empeño de los reproductores por



obtener apariencia uniforme, han variado enormemente. Ciertas particularidades como el cuello pelado congénito, que da a las gallinas un repulsivo aspecto de buitre, y el plumaje rizado todo vuelto al contrario, son frecuentes en los grupos locales. Las crestas bandeadas resultan comunes también. Pero la mayor diferenciación está en el color. Mis gallinas variaban de blanco a negro, con incontables colores intermedios, tanto simples como combinados. Las gallinas de un solo color eran anteadas, amarillas, rojas, castañas y grises, en muchos tintes, aunque nunca con tonos puros brillantes, tal como los exhiben otros pájaros. Algunas de las gallinas eran listadas o intrínsecamente dibujadas y salpicadas, lindas como hembras de faisanes. Unos pocos de los gallos vestían con la mayor elegancia, sin dejar dudas en mi mente de que nuestras aves de corral se hallaban bien clasificadas entre la aristocrática familia de los faisanes. Yo las trataba a todas ellas como socios en el empeño de vivir bien, más que como a una maquinaria disponible para producir huevos.

En temperamento las gallinas variaban casi tanto como en apariencia. Antes de llegar a intimar con ellas, no sabía que las gallinas podían tener tanta personalidad. Al descubrirlo, mi respeto por ellas aumentó. Parece un hecho generalmente cierto que entre más estudia uno casi cualquier clase de criaturas vivientes, más razones encuentra para admirarlas y aun amarlas. Entre ellas, algunas de mis gallinas eran agresivas y dominantes, otras plácidas y formales. Ciertas, se comportaban amistosas y confiadas con la gente; otras, nacidas de la misma camada, eran apartadas y resentidas, picoteando la mano que buscaba acariciarlas.

Una de mis favoritas era Cercomacra, llamada así porque me recordaba a la hembra de Hormiguero Negrusco, *Cercomacra tyrannina*. Era una linda gallina, de color cobrizo oscuro en la cabeza y la garganta. Las plumas encima y a los lados de su pescuezo y sobre sus hombros eran dorados, con una marca negra en forma de flecha a lo largo del centro de éstas. Su lomo y

sus alas eran de color gris oscuro en tono general, pero al examinarse atentamente revelaban finas vermiculaciones de pardo y negro con un estrecho margen dorado sobre cada pluma. La parte delantera de su cuello, era de color castaño rojizo oscuro, palideciendo hacia el pecho para volverse rojizo canela.

Cuando se disponía a poner un huevo, *Cercomacra* solía venir, cloqueando suavemente a buscarme en mi estudio. Si me encontraba allí, volaba sobre la mesa cuando yo estaba escribiendo, o sobre el brazo de mi silla si estaba sentado leyendo. Permanecía aquí, emitiendo notas bajas conversacionales, hasta que yo procedía a acariciarla y llevarla a su caja de anidar. Después que se metía, le colgaba un saco al frente, de modo que pusiera su huevo en privado, tal como ella prefería. A veces, podía buscarme mucho antes de estar lista para poner. Entonces rehusaba permanecer en el nido, saltaba fuera y volvía a buscarme de nuevo. Cuando abría su boca y jadeaba, era seguro que su huevo está próximo a emerger, y se sentaba en su caja hasta que salía cacareando, para anunciar que allí lo había dejado.

Otra gallina favorita era *Corvina*, toda negra como un cuervo. Aunque sin ser bonita en plumaje como *Cercomacra*, se ganó nuestro afecto por sus plácidas maneras, y las suaves y bajas notas que emitía cuando la levantábamos. La pequeña *Mab* se hacía querer por su timidez y quieta persistencia al pedir bananos. *Thamnophilus*, totalmente listada de blanco y negro como el batará macho del que se tomó el nombre, tenía una personalidad que se hermanaba con su plumaje sal-y-pimienta. *Calpurnia*, a quien mi esposa británica le dio el nuevo nombre de "Glamour", por sus grandes y soñadores ojos de estrellas de cine, era notable por su apetito. Casi siempre llegaba de primero cuando se daba de comer a las gallinas. Parecía excepcionalmente voraz, pero utilizaba lo que comía para entregarnos los mayores huevos.

Muchos pájaros tienen un horario definido de poner. Nuestros abundantes tangaras y colibríes lo hacen temprano, antes de amanecer o un poco

después, las tangaras con un intervalo de veinticuatro horas entre su primero y su segundo huevos, los colibríes con un intervalo de cuarenta y ocho horas. Algunos de los fringílidos depositan su primer huevo alrededor de la salida del sol y el segundo algo más tarde de la siguiente mañana, con un intervalo de veinticinco o veintiséis horas entre los dos. Los mosqueros y los túrdidos por lo común ponen más tarde, con frecuencia a media mañana, pero la hora es muy variable. Los saltarines y los tijos usualmente depositan sus huevos cerca del mediodía. El Cuyeo o Pocoyo, un ave crepuscular, pone en la tarde.

Cuando Darwin y Bárbara Norby estuvieron estudiando conmigo después de la revolución de 1948, sugerí lo interesante que sería registrar el tiempo en que ponían nuestras gallinas. Bárbara hizo una larga serie de observaciones, que mostraron que los intervalos entre puestas sucesivas variaban con amplitud de gallina a gallina y más estrechamente con la misma gallina. Ejemplares que raras veces ponían en días consecutivos, lo hacían a intervalos de cuarenta y ocho horas, o menos por excepción. Otras, ponían en días consecutivos una serie de huevos, cuya extensión dependía principalmente del intervalo entre puestas. El huevo que iniciaba la serie era por lo común depositado temprano de la mañana, y cada huevo siguiente una hora más tarde, hasta que la puesta ocurría al mediodía o temprano de la tarde. Entonces la gallina solía perder un día y comenzar una nueva serie, por lo general temprano del segundo día.

Se seguía de aquí que, cuanto más corto el intervalo entre puestas, y más se aproximara éste a las veinticuatro horas, la gallina solía poner más huevos sin prolongar su horario de poner después del mediodía y teniendo que omitir un día y comenzar una nueva serie. Así, *Thamnophilus*, cuyo intervalo de puestas variaba entre veinticuatro horas a veinticuatro y media (raramente veintiséis horas), ponía once huevos en igual número de días, estableciendo la mejor marca en el estudio de Bárbara. Otra gallina listada,

cuyo intervalo variaba entre veinticinco a veintiocho horas, podía poner desde dos a cuatro huevos en una serie, luego descansar por dos o tres días. Gallinas de raza altamente seleccionadas para producción de huevos, hacen mucho más que estas dos; una de ellas puso sesenta y nueve en igual número de días.

Ciertas gallinas, nuestras mejores ponedoras, nunca se ponían cluecas. Sin duda sería ventajoso tener sólo de esta clase, si uno utilizara una incubadora mecánica para empollar y criar los polluelos. Una polla escondió sus primeros huevos en el zacate alto, donde no se pudieran encontrar hasta que tuvo una nidada y comenzó a incubarlos. Su ausencia a la hora de comida, nos llevó a buscarla hasta que la descubrimos sentada entre la hierba, y recogimos sus huevos. Después de esto, nunca se puso clueca otra vez, aunque vivió por más de tres años. La mayoría de las gallinas enclocaban después de poner un número variable de huevos, y algunas parecían gastar la mitad de su vida adulta, sentadas como si estuvieran incubando, sin un huevo debajo. La propensión de las gallinas a “incubar” en nidos vacíos es probablemente el resultado de muchas generaciones de domesticación. Tales sentadas inútiles son tan raras entre los pájaros libres, que sólo he encontrado un caso semejante, en una hembra de *Tangara Cabecigrís* que atendía su nido vacío tan asiduamente como si tuviera huevos; y algunos pocos ejemplos de tal comportamiento han sido reportados por otros.

En nuestro vecindario, algunas amas de casa, atan a las gallinas cluecas bajo un arbusto o árbol, con un cordel alrededor de una pata, hasta que la “fiebre” pasa, y ellas vuelven a poner. Un chaparrón acelera la cura. Cierta gente encierra a sus gallinas cluecas en una pequeña cárcel o jaula, que parece ser la manera más amable. Otros las zambullen en el río, un tratamiento drástico. Una inmersión rápida tiene poco efecto, según lo he probado experimentalmente. Al soltarlas, las gallinas se sacudían el agua de su plumaje, luego corrían cloqueando, de regreso a sus cajas de anidar para reasumir su

inútil sentada. Aparentemente sin embargo, si se las mantenía en el agua casi hasta ahogarlas, el susto les quitaba la cloquera.

Muchas veces he notado que al levantar de su nido y colocar sobre el suelo a una gallina clueca, recogía pajas, hojas o plumas con su pico y las levantaba sobre su lomo. Similarmente, cuando una Codorniz Carirroja hembra se alejaba de su nido para iniciar su descanso diario, único y prolongado, recogía hojas del suelo del bosque y las lanzaba para atrás hacia su nido cubierto. Algunas de estas hojas caían sobre el techo de su nido ya de por sí excelentemente oculto. La codorniz pertenece a la rama de los faisanes del Nuevo Mundo, la gallina doméstica a su rama del Viejo Mundo; y estas dos ramas han estado separadas por un largo período. Sin embargo conservan el mismo comportamiento, que en las gallinas domésticas ha llegado a ser inútil. ¡Tan conservadores son los pájaros en sus costumbres!

Una vez dí a incubar dieciséis huevos a la blanca Blanche. Uno de estos huevos aún no había reventado cuando quince polluelos estaban ya secos y listos para salir del nido siguiendo a su madre. Este último huevo se colocó bajo la negra Josepha, que estaba clueca; y por coincidencia, salió de él un pollito negro, después de uno o dos días. Cuando pudo caminar, se le pasó a Blanche, a la cual encerrábamos todos los días en una jaula, a través de cuyos barrotes pudieran pasar los pollitos y corretear sobre la hierba, mientras su madre servía como un centro de atracción que evitaba el vagabundeo de ellos demasiado lejos. Resultó que ahora Josepha reclamaba derecho de propiedad sobre el pollito negro que había empollado. En cualquier oportunidad, se lo llevaba tranquilamente mientras escarbaba para él. No podía distinguir entre sus propios pollitos morenos y otros de la misma tinta, y a menudo tenía tres o cuatro negritos siguiéndola. Pero no quería tener nada que ver con cualquiera de los miembros más claros de la pollada, y los picoteaba alejándolos cada vez que éstos trataban de juntarse con ella y aprovechar los alimentos descubiertos por sus activos pies.

Las gallinas, y los pájaros de muchas otras especies, carecen de una imagen innata sobre los jóvenes recién nacidos de su propia clase. Consecuentemente, pueden aceptar y cuidar los polluelos de otras especies que empoellan bajo ellos. Muchas clases de pajaritos atienden con diligencia pequeños cuclillos y pájaros vaqueros cuyos padres han depositado un huevo dentro de los nidos de aquéllos; y las gallinas domésticas sirven de madres adoptivas a patitos, pavitos y otros polluelos nidífugos que han incubado. Después de algunos días, los padres aprenden a reconocer individualmente los pollitos de su nidada, sean de su propia especie o diferente, y pueden rechazar con picotazos aquellos extraños que intenten unirse a la familia. La parcialidad de Josepha por los pollitos negros, era evidentemente porque le aconteció incubar un pollito de ese matiz, no porque éste fuera su propio color. Puesto que no se dejó con ella al pollito lo suficiente para que viniera a serle familiar como individuo, satisfacía sus impulsos maternos tomando bajo sus alas a todos los pollitos negros de Blanche que respondieran a su cloqueo y la siguieran. Blanche cuidaba con igualdad a todos los pequeños de su nidada, fueran blancos, pardos, o negros.

Como otras especies de faisanes, los gallos domésticos son naturalmente polígamos, y cada uno intenta poseer un harén de varias gallinas. Sin embargo ambos sexos nacen aproximadamente en igual número, creando una situación que lleva a la competencia entre los machos. Muchos pájaros han desarrollado modelos de galanteo complejos y ritualizados, que incluyen reclamos característicos, “bailes”, y cabriolas extrañas, pero excluyen riñas mortales entre machos rivales. El galanteo del Gallo Rojo Selvático de la India, el Sureste de Asia, e Indonesia Occidental (antepasado silvestre de las gallináceas domésticas) es menos complejo que el de muchos otros pájaros, y las peleas entre gallos en sus junglas nativas han sido reportadas por Nicholas E. and Elsie C. Collias ⁽¹⁾ y otros observadores. Sin embargo, las crueles

(1) Nicholas E. Collias and Elsie C. Collias, “A field study of the Red Jungle Fowl in north-central India”, *Condor* 69, (1967): 360—386.

peleas de gallos en que los tahures incitan al uno contra el otro, son producto de la selección del hombre, no de la naturaleza. La penosa contienda que a menudo se levanta entre gallos de raza rivales, conservados para producción de huevos, parece resultar principalmente de las condiciones artificiales en que viven; concentrados en un patio o un gallinero, los machos adultos no pueden separarse como lo harían en la selva. En la India y Tailandia, los gallos jóvenes y los pollos añales del Gallo Rojo Selvático se reúnen con otros de la misma edad y sexo; o siguen a respetuosa distancia a un gallo viejo y sus gallinas hasta madurar lo suficiente como para conquistar hembras. En el Zoológico de San Diego, Allen W. Stokes encontró que las gallinas del Gallo Rojo Selvático que aún no han logrado poner, siguen a los gallos maduros, pero aquéllas con críos son a menudo acompañadas de pollos añales que ayudan a alimentarlos. (2) Si una gallina madre se pierde, un pollo puede hacerse cargo de los pollitos huérfanos.

Después de la revolución de 1948, como si no hubiésemos tenido ya bastantes problemas, una plaga de cólera atacó a las gallinas en todo el vecindario y diezmó muchos grupos. Cuando la enfermedad estaba en su culminación, me procuré vacunas desde San José e inyecté a todos los sobrevivientes. Probablemente debido al tratamiento, mi grupo salió mejor que la mayoría. Después de terminar la plaga, me quedaron diecisiete gallinas y cuatro gallos. El más viejo de los gallos, Memnón, cuya edad andaba alrededor de los seis meses, era un ejemplar grande, negro, con las plumas del cuello lindamente lapizadas en colores de plata y ante. Los otros tres pertenecían a distinta nidada, más jóvenes por algunas semanas. Sandy era también un gallo grande, dorado y amarillo anteado. Tommy lucía lo mismo de grande, pero mucho más veteado; sus partes superiores café dorado y marrón, su pecho negro con grandes puntos blancos, sus alas y cola negra y blanco. Régulus, el más pequeño de los cuatro, tenía color negro, con el

(2) Allen W. Stokes, "Parental and courtship feeding in Red Jungle Fowl", *Auk*, 88 (1971): 21-29.

cuello, la espalda y el pecho tupidamente listados y dibujados de colores argénteos, pardos y otros matices claros.

Siendo el mayor de la bandada, Memnón, al aumentar en edad, se hizo líder. Cuando Régulus creció, tomó el segundo lugar, dominando a Sandy y a Tommy, a despecho de su peso considerablemente menor. Sandy sufría de una leve cojera, que lo ponía en desventaja frente a Régulus, más ligero de pies, pero lograba dominar al apacible Tommy. El orden del liderazgo era pues Memnón, Régulus, Sandy y Tommy; y se mantuvo por varios meses.

Entonces, un día de Agosto, Régulus desafió a Memnón por el primer lugar. Enfrentados en razonable igualdad de condiciones, estuvieron peleando durante un buen rato, hasta que la sangre escurrió de sus crestas y carúnculas desgarradas, y sus hermosos plumajes aparecían todos desgredados y cubiertos de cuajarones. Eran muy obstinados y continuaban persiguiéndose el uno al otro alternadamente, jadeando con fuerza, y tan cansados que difícilmente podían correr más. Cuando el perseguidor daba alcance al fugitivo, los dos volaban el uno contra el otro, golpeándose con las espuelas; o alguno saltaba ágilmente sobre su adversario. Al fin, cansado de verlos pelear, dije a los muchachos empleados que agarraran al que pudieran. Se capturó a Memnón, desgarrado, sangrante, jadeando como un perro cansado y se le confinó por varias horas; mientras tanto, Régulus, a despecho de su aspecto abrumado, se contoneaba en derredor de las gallinas, cantando desafiante. Después de un rato, dejé libre a Memnón; y pronto él y Régulus estaban peleando fieramente de nuevo. Esta vez les permití pelear hasta el final. Memnón conservó la supremacía.

Entonces, durante dos o tres meses de paz relativa, cada gallo se corría de aquéllos que le superaban en rango, así Memnón los perseguía a todos y no huía de ninguno, mientras el pobre Tommy huía de todos y no perseguía a nadie. En Noviembre, Régulus desafió nuevamente a Memnón. Comba-

tieron por varias horas quedando ambos en estado tan lamentable como la última vez; pero de nuevo Memnón conservó la supremacía. Cuando Régulus se hallaba exhausto, desgarrado y jadeante de su prolongado encuentro con Memnón, entonces Tommy y Sandy decidieron que éste era el momento de saldar con él sus viejas cuentas. Tommy batalló un buen rato con Régulus. Era inútil separarlos; ya les persiguiera yo o los muchachos, volvían a encontrarse en otra parte y a reanudar las hostilidades. Por fin, Tommy salió victorioso. Sandy entró en lucha con Régulus separadamente, pero no pudo derrotarlo.

Estos conflictos condujeron a una extraña situación entre los cuatro gallos. Memnón se mantuvo como el amo de todos, Régulus dominaba aún a Sandy, pero a su vez éste era dominado por Tommy, cuya posición relativa con Sandy permaneció sin cambio. Así, Sandy perseguía a Tommy, que perseguía a Régulus, que perseguía a Sandy —un orden circular, aunque nunca vi a los tres corriendo en círculo. Tommy se deleitaba persiguiendo a Régulus, como para cobrarle viejas cuentas, y cantaba jactanciosamente celebrando sus proezas. Sin embargo, su victoria duró poco; después de una semana o más, Régulus lo confrontó de nuevo y comenzó una fiera batalla. Pelearon casi toda la tarde, hasta la noche. Tommy se hallaba demasiado exhausto para trepar al árbol de Guayaba a dormir. Quedó entumecido en el palo por el que las gallinas caminaban hasta las ramas más bajas del árbol. Aquí lo atrapé después que anocheció —entre un aterrado y bronco grito— y lo llevé a la casa para protegerlo hasta el amanecer. Olía a sangre coagulada, su hermoso plumaje hecho una ruina, aunque no peor que el de su rival Régulus. Pocas semanas después, Tommy recuperó su belleza pero no su orgullo, porque de nuevo estaba subordinado a Régulus y era el último de los cuatro.

Finalmente, disgustado con tanta pelea, vendí el beligerante Régulus a un vecino que no tenía gallo para sus gallinas. Algunos días después,

Memnón falló en venir a dormir en la noche. No pude encontrar trazas de él en los potreros; posiblemente algún animal lo cazó en el bosque cercano, donde a menudo entraba para escarbar. Quedaron solamente Sandy y Tommy, con catorce gallinas sobrevivientes. Sandy aún dominaba a Tommy. Con frecuencia daban comienzo a una riña; pero después de volar el uno contra el otro varias veces, de pronto descubrían que tenían hambre, y con cierto aire embarazado comenzaban diligentemente a buscar comida sobre el suelo donde se encontraban separados a pocos decímetros de distancia. Así terminaba la pelea antes de haber comenzado en forma. Tanto Sandy como Tommy comían de mi mano, aunque lo más pugnaces gallos negros, Memnón y Régulus, nunca lo hicieron.

Después de casi un año de liderazgo, el moderado Sandy, de quien me había encariñado, no vino a dormir una noche, y jamás volvimos a verlo. Esto dejó a Tommy, quién había sido el menos agresivo de los gallos, como el único e indisputable líder de la bandada. Pronto crecieron los jóvenes gallos, rivales en potencia; pero nunca contendieron por el señorío de Tommy. En verdad, después de la venta de Régulus y la desaparición de Memnón, pasaron años con muy escasas peleas, a pesar de que a veces se hallaban presentes hasta diez gallos en ciernes. Gradualmente vinieron acostumbrándose a vivir en paz con otros de su propio sexo, como yo deseaba que fuera. Es posible, que con elección cuidadosa, un reproductor pueda desarrollar una raza pacífica y monogámica de pollos.

El rey Tommy vino a ser un gallo impresionante, majestuoso, resplandeciente con su plumaje veteado, y la mayoría de las gallinas lo seguían. Los gallos más jóvenes vacilaban, orillados entre la bandada, o haraganeaban alrededor de la casa, aguardando esperanzados a que les tiraran un bocado, en agudo contraste con el grupo de Tommy, que escarbaba diligentemente buscando su propia comida. Tommy era, en conjunto, un soberano amable. Cuando andaba con sus gallinas, se mostraba usualmente satisfecho si sus

rivales guardaban una respetuosa distancia y no se aproximaban demasiado a su harén —comportamiento que ha sido reportado sobre el Gallo Rojo Selvático. Con las gallinas, Tommy no era agresivo ni dominante sino protector. Los gallos jóvenes, más vehementes al cubrir las gallinas, molestaban a aquellas más tímidas de manera inconveniente para ellas. Al ser perseguidas por los jóvenes demasiado ardientes, corrían a buscar la protección de Tommy. Cuando las gallinas se acercaban al amo, éste agitaba imponente sus alas blanquinegras, con lo cual los gallos subordinados desistían de su persecución. Raramente él cubría a una hembra, a menos que ella lo invitara acuchillándose. De esa forma, servía como policía del grupo.

Entre Admetus y Balder, dos gallos jóvenes empollados por Cercomacra, se suscitó una amistad interesante. Balder era dorado, anaranjado y anteado; se asemejaba mucho a Sandy, quien fue probablemente su padre. Admetus era al comienzo todo barreteado de gris claro y negro. Cuando se aproximaba a la madurez, le aparecieron plumas doradas y anaranjadas en el cuello, lomo y cobertura de las alas, al principio mezclándose con las plumas listadas y finalmente ocultando éstas. Todas sus partes superiores, desde la corona a la rabadilla, estaban revestidas con plumas relucientes; parecía llevar una capa dorada, descubierta al frente para revelar un chaleco barreteado de negro y gris, y pantalones semejantes al chaleco. Era de pecho ancho y corpulento, pomposo como un concejal, y además un verdadero mimado. Siendo el más dócil de todos los gallos, cuando me sentaba en el corredor a destusar el maíz, saltaba sobre mi regazo para servirse él mismo de la canasta.

Mientras Balder y Admetus eran unos prometedores gallos jóvenes iniciando sus primeros cacareos ridículos, Tommy no les permitía acompañar a su bandada. Para consolarse de que los excluyeran del grupo, se hacían compañía entre sí y andaban casi siempre juntos. Al llegar a la madurez, con espuelas bien desarrolladas, conservaron este hábito, pero siendo menos íntimos que cuando jóvenes. A veces, el uno se aproximaba al otro, arras-

trando el ala como enamorando a una gallina; pero por lo general, la demostración era más bien sugerida que plenamente desarrollada, como lo habría sido si se dirigiera a una hembra. Aunque amigos, no parecían iguales. Admetus era más dominante que Balder.

Criar gallinas cerca de un trecho extenso de bosque, a cuya orilla entraban con frecuencia para buscar comida, las exponía a muchos peligros. De las ciento quince cuya duración de vida registré, sólo quince sobrevivieron a un período de siete años. Once de éstas vivieron ocho años; ocho por nueve años o más; pero sólo tres llegaron a su décimo, después del cual murieron por enfermedades propias de la edad. Muchas tuvieron vidas cortas, aun ciertas de aquéllas que sobrevivieron lo suficiente para comenzar a poner cuando tenían seis meses de edad. Unas pocas sucumbieron a las enfermedades; otras, en menor cantidad, a causa de accidentes, tal como volar contra una alambrada de púas. La mayoría, como Cercomacra, Corvina y Calpurnia, simplemente desaparecieron; al amanecer, venían por maíz; en la noche ya no regresaban a dormir. El animal que con más frecuencia descubríamos llevándose una gallina era el Tolomuco, un miembro de la familia de la comadreja, grande y negro, que vive en el bosque. Saliendo repentinamente de entre la arboleda, podía atrapar un pollo, a veces un gallo grande, en el potrero o aun en el jardín cerca de la casa. Informados por los graznidos agónicos de la pobre víctima y el cacareo excitado de sus compañeros, solíamos precipitarnos en su ayuda, ciertas veces a tiempo para rescatarla, talvez con lesiones a las que, eventualmente sucumbiría. Las más de las veces, me tocaba seguir muy adentro del bosque un reguero de plumas, que nunca me llevaban al punto donde el criminal estaba devorando a su víctima.

Otros enemigos de los pollos eran gavilanes, incluyendo al Halcón Collarejo y probablemente zorros pelones, aunque nunca encontramos a uno de estos últimos en *flagrante delicto*. Si hubiésemos conservado las gallinas encerradas en un gallinero, habríamos perdido menos de ellas a causa de

animales merodeadores; pero, por todo lo que he oído, hubieran estado más sujetas a enfermedades. Al precio de su libertad para vagabundear por donde quisieran, y probablemente también de ser tratadas con más desinfectantes y medicinas, nuestras gallinas podrían haber vivido más seguras, pero quizás menos contentas. ¿No sucede lo mismo con nosotros? ¿Podemos aumentar nuestra seguridad, económica y de otra clase, sin coartar nuestra libertad? ¿Podemos esperar un gobierno paternal que cuide de nosotros, no obstante lo desafortunados o inútiles o libertinos que seamos, sin que tarde o temprano descubramos que hemos trocado nuestra libertad por seguridad?

Aún las pocas de nuestras gallinas que murieron apaciblemente de tan viejas, fueron de corta vida en comparación con otros pájaros. Los pelícanos, loros, búhos, águilas y otras grandes aves, han sobrevivido en cautividad hasta medio siglo o más. Los pequeños pájaros canoros tienen una duración potencial de vida más corta, no obstante, un par de pequeñitos Mieleros Patirrojos vivieron por lo menos veinticuatro años en una pajarera, donde recibieron sin duda excelente cuidado. ⁽³⁾ En el monte, al estar expuestos a numerosos peligros, pocos pájaros pequeños se libran de la muerte, en la mitad de ese término. Con ellos, al igual que con nuestras gallinas, la libertad es incompatible con la seguridad.

De haber sido nuestros gallos y gallinas tan extremadamente cautos como es, según se ha reportado, el Gallo Rojo Selvático que vive libre, hubieran caído en menor grado bajo las garras de Tolomucos y otros cuadrúpedos. Lejos de huirles, parecían a menudo sentir curiosidad por ellos, alzando sus pescuezos para mirar y adelantando unos cuantos pasos al acercarse un pequeño animal terrestre. Su impavidez en presencia de mamíferos es comprensible cuando recordamos que por miles de años, las gallináceas domésticas se han criado en estrecha asociación con una variedad de animales caseros y de finca perros, gatos, cerdos, cabros y ganado, de todos los

(3) D.M. Schumacher, "Age of some captive wild birds", *Condor*, 66 (1964): 309.

tamaños y formas y colores. Si no hubieran perdido enteramente su temor innato a los cuadrúpedos en general, vivirían en frenética agitación. Por cierto, la aceptación tranquila de compañeros de cuatro patas, fue evidentemente una parte esencial de su domesticación. Ahora son incapaces de diferenciar entre animales, tales como el perro, entrenados para no hacerles daño, y los peligrosos animales salvajes. Nuestras gallinas todavía emiten notas de alarma cuando sobrevuelan grandes pájaros; pero en esto también no saben distinguir, porque los pájaros que provocan sus gritos son casi siempre palomas, loros y zopilotes inofensivos.

Algunas veces me he preguntado por qué la gallina doméstica nunca, para mi conocimiento, se ha vuelto silvestre en el Nuevo Mundo, donde ha vivido casi por cinco siglos, con frecuencia junto a la selva, en las regiones más variadas, algunas de las cuales no parecen diferir grandemente del habitat de su antecesor, el Gallo Rojo Selvático, en Asia meridional e Indonesia occidental. Las gallinas a menudo ponen sus huevos sobre el suelo entre vegetación densa y oculta, exactamente como lo hacen las hembras del gallo selvático. Las gallinas domésticas duermen en árboles, y no parecen sufrir efectos dañinos por las lluvias tropicales. Aparentemente, no es el habitat, sino la pérdida de su cautela, especialmente en presencia de depredadores mamíferos, junto con la disminución de su capacidad de vuelo y probablemente cierta reducción de la resistencia, lo que impide a ellas sobrevivir en la América tropical y subtropical, sin la protección del hombre.

Cierta vez un vecino me trajo una polla a medio crecer, con una pata quebrada. Al parecer estaba arrancando insectos de la pierna trasera de un caballo y recibió una patada. El hueso estaba tan destrozado que yo dudaba que pegaría; pero hice una tablilla en forma de L y, con la ayuda de mi esposa, ligué la pierna. Después de mantenerla entablillada por una semana o dos, el hueso soldó tan bien bien que la polla llegó a ser una gallina que apenas renqueaba. Los animales pequeños parecen tener menor resistencia a

las enfermedades infecciosas que los grandes pero sus heridas y fracturas pueden curar con velocidad sorprendente.

Los choques emocionales suelen dejar traumas de mayor duración. Cuando Marcus era un gallito a medio crecer, un gavilán lo agarró por la cabeza, pero lo soltó con prontitud al acudir uno de nosotros en su ayuda. Marcus sufrió aparentemente heridas superficiales en la cabeza que pronto sanaron, pero nunca se recuperó del susto. Se volvió excepcionalmente tímido, no sólo ante los gavilanes y otros pájaros grandes sino delante de nosotros que lo atendíamos, y aun de otros pollos. Descendió al nivel más bajo en la escala social, huyendo constantemente de todos los demás, temeroso de andar cerca de ellos, pronto a escaparse al menor movimiento que gallinas o seres humanos dirigieran hacia él. Su desarrollo físico fue retardado; se mantuvo delgaducho y con aspecto de gallo joven hasta mucho después que sus compañeros de nidada llegaron a ser gallos bien desarrollados y maduros. Cantaba mucho menos que los otros. Sólo cuando pasó de un año de edad tuvo por fin las trazas de “crecido”. Debido a que permanecía cerca de la casa mientras los demás gallos vagaban por todas partes con las gallinas, llegó finalmente a ser más confiado con nosotros y solía comer de nuestras manos, como la mayoría de las gallinas y ciertos gallos.

Siendo todavía una polla, Bluebell fue atrapada por un Halcón Collarejo que intentó arrastrarla hacia el bosque. Alertado por sus gritos de agonía, corrí a tiempo para rescatarla. Perdió muchas plumas pero no tuvo lesión visible. Aunque llegó a ser una gallina excepcionalmente grande, fue la última de su nidada en comenzar a poner y nunca lo hizo con regularidad. Iba casi diario a sentarse en la caja-nido pero raras veces dejaba un huevo.

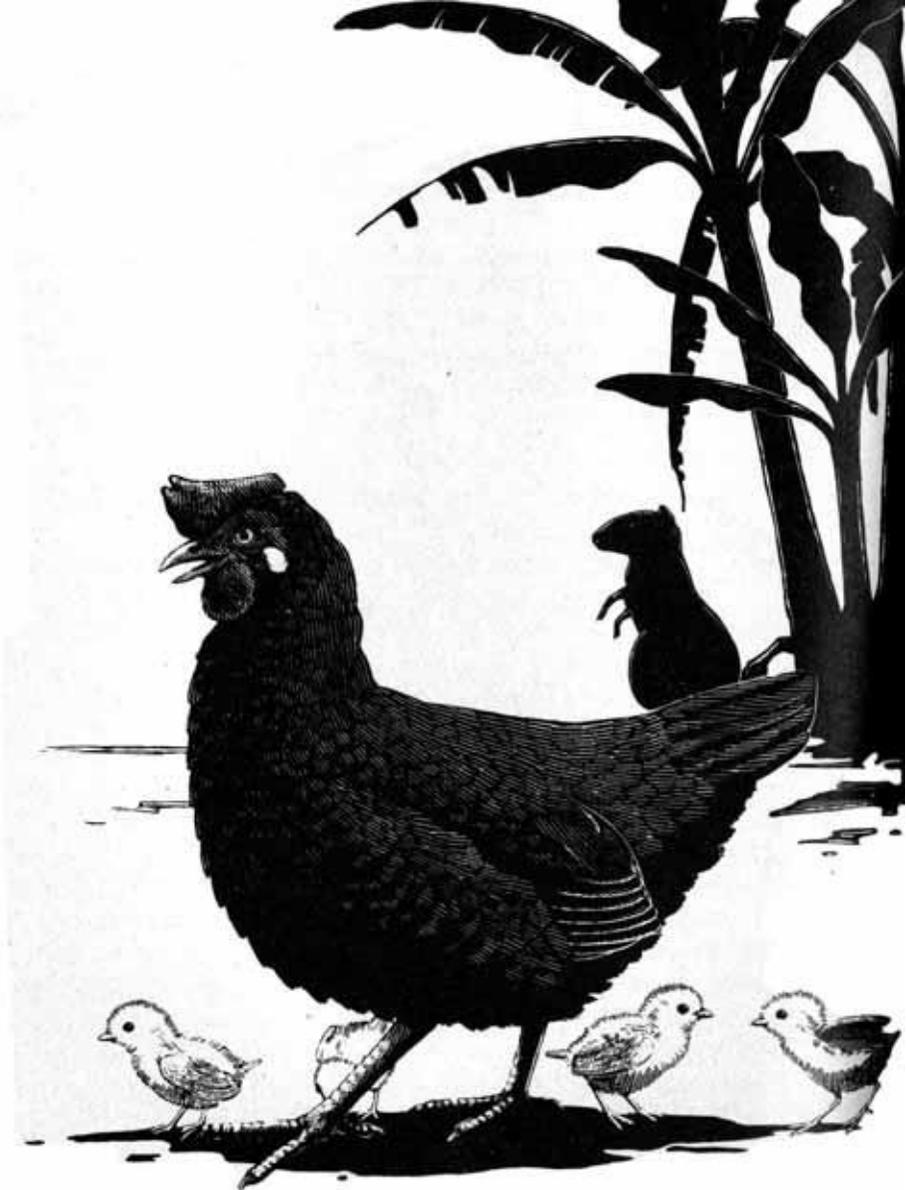
Estas experiencias me han hecho especular acerca de los efectos que ocasiona el atrapar y poner anillos de identificación a los pájaros libres. Ser capturados, especialmente llegar a encontrarse bien enredados en

una malla de hilos casi invisibles, como sucede con frecuencia, y luego cogidos y manipulados por seres humanos, puede resultar no menos aterrador que ser levantado por un rapaz. Algunos pájaros evidentemente se recobran del susto con rapidez; otros pueden sufrir un trauma duradero. Es probable que mientras más inteligentes sean, su comportamiento posterior a la experiencia se vea más afectado. Al igual que nuestras visitas repetidas a los nidos, para saber si culminaron produciendo pichones, pueden influenciar su tasa de éxito, así poner anillos de identificación a los pájaros para estudiar su comportamiento puede más o menos sutilmente alterar ese comportamiento.

12. *Una evaluación*



Nuestros únicos animales dependientes en Los Cusingos han sido caballos, vacas y gallinas. Los pájaros que vienen al comedor no resultan dependientes, porque son muy hábiles para alimentarse a sí mismos sin nuestra ayuda. Ellos disfrutan de las naranjas y los bananos que le ofrecemos; nosotros disfrutamos observándolos y aprendiendo acerca de ellos; y esto parece un intercambio justo. Durante un corto tiempo después de casado, tuvimos con nosotros al perro de mi esposa, para el cual buscamos otra casa después que persiguió y mordió a una vaca. Cuando muchacho, tuve una sucesión de mimados caninos, amados en vida y llorados a su muerte. Al llegar a mayor y tomar más interés por la naturaleza silvestre la compañía de un perro vino a ser intolerable en mis caminatas a través de campos y bosques. Los animales libres que deseaba observar eran perturbados por la presencia de él más que por la mía. Un bárbaro en el bosque, muy difícilmente podía ser refrenado de perseguir a toda pequeña criatura que veía sobre el suelo de éste. El perro, un compañero idóneo del hombre en su ruda etapa de cazador, parece incapaz para acompañarnos en los estadios más elevados de la experiencia humana. Aunque a Maeterlinck le complacía creer que su perro lo miraba como a un dios, yo no me sentiría halagado por la adulación de un animal que no es buen juez del carácter y la conducta humana, excepto de cómo éstos le afectan. Por otro lado, muchos



de los dioses que el hombre ha adorado estaban lejos de poseer caracteres admirables.

Habitar entre animales domésticos contentos, a quienes tratemos como criaturas vivientes sensibles más que como a máquinas impasibles para hacer nuestro trabajo, producir nuestro alimento, o aumentar nuestra riqueza, y que se mezclen apaciblemente con los animales libres que nos rodean, calma y eleva el espíritu. Nos aproximamos, aunque no podamos plenamente alcanzar, a aquella deliciosa armonía con la naturaleza que, en *Sakuntalá*, el poeta Kalidasa retrató en su descripción, sin duda idealizada, de un antiguo eremitorio Hindú. Si vivir en armonía con nuestros semejantes es la meta de la moralidad, alcanzar la armonía con los animales de otras especies es todavía una realización más elevada, la aspiración hacia una ética más doble e inclusiva que las cultivadas de común, sobre todo en Occidente. Para los espíritus verdaderamente generosos, una ética estrechamente ceñida alrededor de la especie humana es todavía una ética tribal, tan sofocante como un calabozo sin ventilación. Deseamos una ética que abarque a todas las criaturas, tal como la que se desarrolló en el antiguo Oriente. Si bien, alcanzar una relación moral con todas las criaturas animadas es un ideal que nunca podremos realizar, y que ciertamente, puede llevarnos a situaciones insostenibles si lo seguimos con demasiada terquedad, el cultivarlo con inteligencia, paciencia y falta de codicia, puede llevarnos más cerca de su logro que si nunca lo intentamos.

Aunque es placentero habitar entre animales domésticos a quienes tratemos como asociados en el esfuerzo de vivir bien y procuremos hacerlos felices, la relación no está desprovista de fallas y peligros. Puesto que, en el mejor de los casos, nos comunicamos muy imperfectamente, no podemos razonar con ellos para resolver los conflictos de voluntad, como lo hacemos algunas veces con asociados humanos. Por el bien de ellos así como del nuestro, a menudo debemos obligarlos a obedecer. Tal ejercicio de poder

llega a ser cada vez más desagradable a medida que nos volvemos más considerados, y puede resultar moralmente corrosivo, como toda autoridad desregulada y todo poder descontrolado. Si tratamos a nuestros animales con indulgencia, pueden volverse fastidiosamente importunos en sus demandas de comida y atención. Cuando están heridos o enfermos, a veces se ponen difíciles hasta la exasperación, obligándonos a hacerlos tragar sus medicinas o utilizar nuestro ingenio para dárselas escondidas en su alimento. Sin comprender nuestras intenciones, persisten en forcejear mientras procuramos curarles de sus heridas, hasta un grado que haría perder la paciencia a un santo, como sucedió con una vaca que pateaba cada vez que yo intentaba sacarle las queresas de una llaga justamente encima de su pie. Si nuestros animales pudieran tan sólo informarnos al momento de sentirse mal, o venir para tratamiento tan luego se cortaran o arañaran a sí mismos, sería mucho más fácil conservarlos bien y sanos.

Luego, está el problema de tener demasiados machos entre el ganado que criamos para leche o entre las gallinas criadas para huevos. Si conservamos a todos los terneros que nacen o a los pollos que revientan, al crecer pelean entre ellos, molestan a las hembras, y por otra parte, consumen más comida de la que podemos suplir. No obstante, destruirlos o venderlos para sacrificio, viola la relación que intentamos establecer con nuestros animales. Con vacas, la dificultad es aguda, porque no continúan dando leche a menos que continúen criando terneros, muchos de los cuales vuelven a nacer del sexo indeseado. Con gallinas el problema puede resolverse si se perfeccionan métodos para determinar el sexo del huevo fresco o ligeramente incubado. Con caballos, por fortuna, la dificultad no suele presentarse, pues ambos sexos son igualmente útiles para cabalgar o arrastrar, su aprovechamiento no depende de su reproducción, y es fácil controlar el número de potrillos que pueden parir. Con ellos es más fácil alcanzar el intercambio recíproco de beneficios (mencionados en el capítulo diez) que constituye el

fundamento de una moralidad sana, más saludable y benéfica a todos los interesados, que la caridad unilateral o la limosna.

Sé que la crianza de animales enmarcada en la justicia, tal como la hemos practicado a pequeña escala en Los Cusingos, sería totalmente inadecuada para suplir la demanda de grandes poblaciones urbanas. Aun los métodos encallecidos de nuestros antecesores, han probado ser inadecuados para satisfacer el mercado, y los animales son criados en forma creciente por métodos que se aproximan, tanto como es posible, a la producción en serie. Los productos químicos y los alimentos desnaturalizados que se usan para hacerlos dar más carne o huevos, plantea un riesgo muy indeterminado respecto a la salud de sus consumidores humanos. Por otra parte la operación de esas fábricas de animales, difícilmente impide la brutalización de aquéllos comprometidos en ella.

En consecuencia, aunque estoy convencido de que, con paciencia y bondad, podemos cultivar una relación mucho más placentera y éticamente aceptable con los animales domésticos que la obtenida de común, estoy seguro de que sería mucho mejor, desde todo punto de vista, si pudiéramos aprender a vivir sin ellos —con excepción posiblemente de los caballos. Esto se vuelve cada vez más factible al mejorar la dietética y el procesamiento de comestibles, y poder prepararse alimentos bien balanceados y apetitosos con sólo vegetales. Si consiguiéramos evitar la dispendiosa conversión de productos vegetales en productos animales para el consumo humano y depender directamente de productores primarios, plantas verdes, para toda nuestra comida, podríamos sustentar una población dada, con una superficie de terreno de la que ahora se utiliza. Además, si mantuviéramos la cantidad de población dentro de límites razonables, conseguiríamos que se conservaran áreas mucho mayores en su estado natural, o se revirtieran al mismo, donde muchas clases de animales llevarían sus vidas sin persecución del hombre, para inmenso beneficio de la belleza, la salubridad y el equilibrio ecológico de nuestro planeta.

Aunque he amado a nuestros animales de finca, y los he tratado tan bondadosamente como pude, a veces les tengo lástima. La domesticación ha distorsionado o roto sus modelos innatos de comportamiento, que son el fundamento de la integridad en un animal, sin darles un sustituto adecuado. Aún después de pasar miles de generaciones en asociación íntima con el hombre, no han logrado adaptarse bien a vivir con nosotros. No han aprendido a refrenarse de comer las cosechas en crecimiento de que depende la prosperidad de un finquero y ultimadamente la suya propia. Con pocas excepciones no realizan espontáneamente el trabajo que constituye una recompensa justa del alimento y cuidado que reciben, viéndonos con frecuencia en la desagradable necesidad de obligarlos a ello. Cuando debemos medicarlos o curarlos, mal interpretan nuestras buenas intenciones; son con frecuencia refractarios como chiquillos, y los mayores de ellos demasiado fuertes al resistirse. Por lo común ignoran nuestras necesidades de limpieza y orden. Los despojamos de sus costumbres ancestrales, sin adaptarlos bien a las nuestras.

Al comparar mis experiencias con animales domésticos y animales libres, encuentro valores más profundos en los últimos. Naturalmente, mis relaciones con los animales dependientes de mí han sido mucho más familiares, incluyendo a menudo el contacto corporal, mientras que sólo raras veces he sido tocado por animales libres, y esto usualmente en una manifestación hostil, como es el caso de pájaros en defensa de sus nidos. Me siento complacido cuando un caballo me hocica el hombro, una gallina salta sobre mis rodillas, o una vaca reclinada en el pasto me permite descansar sobre ella. Tal vez, en lugar de expresar amistad, el caballo o la gallina sólo buscan comida. Sin embargo estos contactos familiares constituyen manifestaciones de confianza, que en el mundo viviente son demasiado raras como para desdeñarse. Si recordamos que la lucha por la comida ha sido la causa principal de enemistad y temor entre los animales, parece propio que los alimen-

tos, espontáneamente dados, pueden ayudar a vencer el temor y establecer mutua confianza.

Aunque los animales libres permanezcan apartados de mí, con paciencia puedo a menudo descubrir los detalles de sus modelos de comportamiento integrados, que por lo general son bellos, y casi siempre ajustados admirablemente a las circunstancias en que ellos viven. (Unos cuantos de esos modelos se delínean en los capítulos seis, nueve, trece, y veinte). A pesar de que tratamos a nuestros animales domésticos por lo común como inferiores dependientes, en presencia de las más pequeñas y débiles criaturas libres, una de las cuales podría encerrar en mi mano y aplastarla, yo siento que me hallo frente a un igual, libre como procuro ser yo, confiado en sí mismo como raras veces un hombre civilizado puede llegar a estar. Nunca necesito imponer mi voluntad a las criaturas libres, como frecuentemente me ocurre con mis animales domésticos. Ellas parecen saber lo que es mejor para sí, mientras yo intento aprender qué es lo mejor para mí. Debo tratarlas con perfecta cortesía, pues los movimientos bruscos y la familiaridad sin freno, pueden ocasionar su huida instantánea. Cuando me relaciono con animales libres, me comporto de buena índole, lo que no siempre es necesario que ocurra con los animales dependientes. La contemplación de criaturas tan adecuadamente equipadas para enfrentar difíciles exigencias de subsistencia, amplía mi concepción de las potencialidades inconmensurables de la vida y acrecenta mi propio respeto como miembro del mundo viviente.